

El Testimonio Viviente

Hugo Magaña

*Me diste el privilegio de juntar pedazos
y me doy cuenta que todos los testimonios,
son parte de un solo paño,
sin costuras y sin remiendos,
al igual que lo fue tu manto...*

® El Testimonio Viviente
Hugo Magaña

Coordinación editorial: *Hugo Magaña*

Edición: *Guillermo Contreras*

Diagramación y Diseño: *Evelyn Reyes*

Impreso en El Salvador

Octubre 2004

Tecnoimpresos, S.A. de C.V.

19 Av. Nte. # 125, San Salvador,

El Salvador, C.A.

Tel.: (503) 275-8861

Fax: (503) 222-0438

E-mail: gcomercial@utec.edu.sv

Dedicatoria

Todas las cosas que escribo, siempre las escribo para mis hijos. En algún momento de sus vidas, se tropezarán con ellas y aprenderán y cambiarán y luego enseñarán. Ese es el ciclo de la madurez y es lo que uno espera dejar como legado a quienes uno tanto ama. Para ellos: Hugo Antonio, Claudia Margarita y Andrés Josué, son estas palabras, pero en el fondo de todo, el mandato para que lean de las experiencias de otros y otras, el crecimiento anticipado de sus vidas.

Y para Claudia, mi esposa, y sus hijos Sameer Radwan, Amir Mohammed y Nadine Suzanne, quienes me han abierto la posibilidad de empezar de nuevo un camino roto con la pérdida de mi amor, Margaret.

Pero, muy en especial, este libro está dedicado como un tributo a la valentía de tantos hombres y mujeres que se ponen en pie todos los días en este país, en los desayunos, almuerzos y cenas, para hablar sin temor de sus vidas pasadas y de los cambios que Dios ha hecho con ellos y ellas.

Contenido

Dedicatoria	3
Contenido	5
Prefacio	7
A manera de Introducción	11
Capítulo I	
“La Salud en las manos de Dios”	21
Capítulo II	
“Sólo la verdad nos hará libres”	35
Capítulo III	
“Vengan, levantémonos y construyamos juntos”	48
Capítulo IV	
“Somos templo y morada de el Espíritu Santo”	62
Capítulo V	
“La fe, la esperanza y el amor”	75
Capítulo VI	
“Esteban, el mártir del perdón”	95

Capítulo VII

“Quitad la piedra” 110

Capítulo VIII

“Y echó dos blancas” 123

Capítulo IX

“El poder de El Espíritu Santo” 140

Capítulo X

Epílogo 164

Prefacio

La estrategia principal de la Fraternidad Internacional de Hombres de Negocios del Evangelio Completo es el testimonio, es decir, la experiencia de la vida del hombre compartiendo su vida pasada, cómo llegó a los pies de Cristo y cuáles son las bendiciones que el Señor ha derramado en su vida, en su familia y en sus negocios.

Siempre que una persona se para al frente para compartir su experiencia de vida, cosas maravillosas pasan en la vida de otros seres humanos.

La Fraternidad Internacional de Hombres de Negocio del Evangelio Completo cuenta con el respaldo de Dios, si no fuera así, lo más probable es que muchos hombres todavía no alcanzarían a comprender el cambio que experimenta un hombre triste transformado en una persona de valor.

Han pasado más de cincuenta años en que un hijo de un emigrante armenio, fue usado por el Señor para poner en práctica la estrategia de acercar a Dios a hombres productivos en eventos laicos alejados de todas las manifestaciones religiosas. En esas reuniones se compartirían testimonios personales, lo que fue dando excelentes resultados en las vidas de las personas.

Esta obra personalmente me ha permitido ver lo maravilloso de esta organización con mayor profundidad. Los testimonios plasmados en ella ratifican que la diferencia entre las iglesias y la fraternidad consiste en que en las primeras nos dicen lo que Dios puede hacer por nosotros, pero en esta organización contamos lo que Dios ya hizo en nuestras vidas.

Los testimonios dejan bien claros los milagros que Dios hace en la vida de la gente, por lo que, estoy seguro que usted al leerlos y escudriñarlos le dejará un mensaje en su corazón que impactará en su vida y en la de los suyos.

Hay dos reflexiones que me gustaría comentar y que están insertas en este libro: la primera, es que, un líder religioso comentaba con el presidente nacional de nuestra organización, Doctor y Licenciado José Mauricio Loucel, que después de El Espíritu Santo el testimonio es el que tiene mas poder para que un hombre pueda experimentar un cambio real en su vida. Por ello, al escribir un libro a base de testimonios reforzaría esta verdad. La otra reflexión tiene mucho que ver con el siguiente texto: "predica, predica, predica, pero si es necesario habla". Estas dos reflexiones se encuentran unidas a este libro y permitieron recoger diversos testimonios de vida que serán para muchos hombres y mujeres, un elemento vital para establecer una relación con Jesucristo.

Quiero terminar esta presentación compartiendo con usted lo que dijo un líder internacional de la fraternidad: “la fraternidad es el lugar más fácil de alcanzar a los hombres más difíciles”.

Y para lograr ese cometido, ha sido impresionante la forma como los testimonios se deslizan en este libro y su lectura me ha hecho comprender que su importancia y su valorización tienen sentido para concluir nuevamente que en la Fraternidad, el testimonio es la estrategia principal de nuestra organización y que detenerlos en una lectura una y otra vez, agudizará más nuestra mente y nuestro encuentro personal con Jesucristo y por consiguiente, cambios empezarán a ocurrir en nuestras vidas y en la de quienes nos rodean.

Por ello, agradecemos a Hugo Magaña haberse tomado el tiempo para dedicarlo a estructurar este libro y servir de esa manera al conjunto de la Fraternidad en el marco de alcanzar a otras personas a través de esta nueva forma de comunicar la esencia de su mensaje.

Mario Juárez
Gerente General
Fraternidad de Hombres de Negocios
del Evangelio Completo, El Salvador.

A manera de Introducción ...

La evidencia que deja Dios en las obras que realiza, deja al descubierto el misterio de la reconciliación en su sentido más integral. En su inmensa misericordia nos ha permitido desarrollar una vida nueva a partir de nuestros repetidos encuentros con Él y nos regaló la gracia de la vida eterna para que tuviéramos vida en abundancia. De esa vida en abundancia que nos envió el Señor en Su Reino, es que compartimos con otras personas nuestro testimonio.

Precisamente, al interior de la Fraternidad de Hombres de Negocios del Evangelio Completo (FIHNEC), la Gran Comisión, es decir, “Id y proclamad el evangelio a todas las naciones... Y me seréis testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra...”, puesta al descubierto por el Espíritu Santo a los discípulos en aquellos momentos de tensión por encontrar el sentido de su trabajo, toma cuerpo a partir del diseño testimonial que tuvo en su visión Demos Shakarian. Su familia había emigrado de Armenia a los Estados Unidos de Norteamérica a principios del siglo pasado. Después de pasar vicisitudes, la familia Shakarian se dedicó

a la agricultura, concretamente al negocio de lecherías, lo cual les hizo progresar en todo sentido. Al salir de su pueblo natal, lo hicieron debido a una visión de persecución a los cristianos del lugar, lo cual se cumplió, eso hizo que la fe de esa familia se fortaleciera y diera como resultado una fidelidad a Dios, en la que se veían en la necesidad de servirle a través de la evangelización.

Por su parte, Demos, como heredero de esa lealtad a Dios, pasó algún tiempo buscando la misión para lo cual Jesús le había llamado y después de servirle en campañas de evangelización, encontró a través de una visión, la urgente necesidad de crear un movimiento que pudiera evangelizar a los hombres de negocios por medio de un evangelio completo, refiriéndose de esa manera, a una forma de integrar el amor de Jesús a través del Espíritu Santo.

Como el mismo lo describe en su libro: “La gente más feliz de la tierra”, el propósito de buscar a personas productivas que no tenían la decisión de asistir a las iglesias y que por ende, no podrían escuchar la Palabra de Dios y a través de ella encontrar la plena felicidad en Cristo Jesús, los desafió a buscar un método evangelizador acorde con los hombres de negocio. Los convocaba a reunirse para compartir alimentos, como una reunión de negocios normal y, de esa manera, en forma de coloquio, compartir lo que Jesucristo había realizado en sus vidas.

De esa forma lograba que el grupo que asistía se mantuviera activo en dos maneras: testificando y a la vez madurando espiritualmente

a través de otros testimonios. La virtud de diseñar algo se pierde cuando ese producto se conforma a partir de lo terrenal. El crecimiento de los grupos en no menos de 150 países y territorios, afirma el soplo del Espíritu Santo actuando a través del crecimiento en cada uno de esos países. Hombres y ahora también, mujeres de negocios, pasan por procesos de diálisis en los que se conforman nuevos integrantes del cuerpo de Cristo, la Iglesia, a partir de recomendar esa nueva asociación como parte de la prolongación de su crecimiento.

Y es que la “pesca” no termina con la conformación de los grupos alrededor de los clubes, centros o restaurantes de comida, el propósito es presentar la oportunidad que esas mismas personas asistan a la congregación de su predilección en donde se adore a Jesucristo y en donde ellos se sientan bien.

En el marco de esa expansión, un poco más de 20 años atrás, llegó este ministerio a nuestro país, el cual se ha desarrollado al punto tal que, existen no menos de 90 grupos en todo el país, el ministerio abarca grupos de mujeres, jóvenes, eventualmente hay reuniones de parejas también. Los encuentros, además de las actividades semanales en torno a comidas, se prolongan a reuniones mensuales de entrenamiento de liderazgo, denominados SAEL, es decir, Seminario Avanzado de Entrenamiento de Líderes, y existen actividades que se enfocan en el desarrollo devocional y litúrgico. Una vez al año, la Fraternidad se reúne para su Convención, que viene a representar el cierre y apertura de un ciclo de trabajo en torno a todas las actividades testimoniales a las que hemos hecho referencia.

Por consiguiente, el presente libro es una simbiosis de testimonios acumulados a lo largo de estos años y un atrevimiento de la interpretación que éstos tienen en el contexto de la Escritura. En medio de ella, se reflexiona sobre la aplicación que esos textos traen a nuestra vida cotidiana. Es decir, que hemos querido mantener vigente el método evangelizador que ocupa la Fraternidad, **el testimonio**, pero, a la vez, hemos querido dosificar información bíblico-teológica, que hace que el testimonio tenga una resonancia del Jesús vivo.

Partimos que la vida es un regalo y que como regalo ésta debe entenderse profundamente a partir de situaciones concretas que nos pasan. En coherencia, la salud es uno de los aspectos que nos recuerdan la fragilidad de nuestra existencia. Recordemos, no importa la edad que tengamos, la diferencia que hace ese roce entre la vida y la muerte, es el que nos lleva a reflexionar profundamente sobre lo que somos. Incluso, no importa si esa salud se refiere a nosotros o toca a algunos de nuestros seres queridos, el estado de la salud nos pone en el limbo de la desesperación si no tenemos claro el rol que jugamos a favor de Nuestro Señor.

Es así que, abrimos nuestros testimonios con el de Toto, que debido a un desorden gástrico, los médicos le auguraban poco tiempo de vida. Posteriormente, enfocamos en un testimonio sobre el sentido de la libertad. En él, Héctor Mayorga nos coloca las diferencias que existen cuando decimos que estamos libres, pero vivimos encarcelados con candados puestos por nosotros mismos al creernos

soberanos de nuestros cuerpos. Al llegar a la cárcel, Héctor acumula la experiencia suficiente como para descifrar el misterio de la libertad que nos viene de Cristo Jesús. Este paso tan importante en nuestra vida, no necesita que lo demos hasta que lleguemos a la pérdida de nuestra libertad física. Para entenderlo en su significado más completo, únicamente necesitamos ubicarnos en la interioridad de Héctor y proyectar nuestra vida en torno a las consecuencias de nuestra cárcel interior a partir de la figura de la cárcel real que conocemos.

Luego nos encontramos con personas que no creen en el poder de Dios y son exitosos en los negocios, y desde allí Dios los llama para su servicio. Es el caso de Mauricio Loucel, quien tiene un encuentro con El Señor en los momentos más álgidos del desarrollo empresarial y que esa preparación lo ha llevado a corresponder a un servicio mucho más efectivo en su liderazgo. Dios no tiene tiempo, ni edad, ni circunstancias específicas para hacerle el llamado a quienes desea que le sirvan en plenitud, aun cuando, como lo confiesa Mauricio, él se declaraba ateo. Algunas veces queremos ver desde las gradas el espectáculo que se lleva a cabo y no queremos mojarnos la camisa con el sudor que trae el trabajo, especialmente porque la comodidad es una panacea que hace suspirar al más desentendido. Mauricio nos pone a reflexionar que el poder y la posición no son todo en la vida, ni lo más importante, por el contrario, muchas veces traen consigo orgullo, soberbia y vanidad. Este testimonio hará reflexionar a muchas personas que sienten que llegaron al pináculo de su vida y supuestamente no quieren nada con El Creador.

Salvador y Jenny García, es un matrimonio acuñado a lo largo de los años y que hoy en día son ejemplo de liderazgo, Salvador se sumergió en el alcohol y junto con él, su esposa. En la actualidad ellos tocan el tema de sus vidas sin ningún tapujo, porque viven vidas nuevas y quieren que aprendamos que no importa en el lugar que estemos o sumergidos en actividades que nos están llevando a la desesperación, Dios se manifiesta con superioridad para derrotar nuestras limitaciones y nos coloca en lugares en donde nuestra mente jamás imaginó. Hoy ellos tienen un trabajo en donde asumen liderazgo, no sólo en los capítulos de hombres y mujeres, sino que, también, son líderes en el terreno de los matrimonios. No dudamos que muchos matrimonios se encontrarán consigo mismos al reflexionar sobre el testimonio de Salvador y Jenny, porque hablarán cara a cara y verán el futuro sin apartarse el uno del otro, en el marco de la pureza a la que se refiere Pablo en Corintios sobre el matrimonio.

Minnie Jiménez, una mujer que a los treinta años quedó viuda producto de un accidente automovilístico, en el cual muere su esposo y ella queda con problemas serios de salud. Este percance incluso le ha llevado a tres operaciones de cirugía estética, que ha hecho más dramática su vida. Asimismo, nos relata el paso por el alcoholismo debido a la frustración de no poder hacer nada ante la muerte de su esposo y a cómo Dios se ha manifestado para cerrar ese ciclo en su vida. Es por demás interesante ahondar en las preguntas que se hace una viuda por aparecer de la noche a la mañana en una situación de la que menos se esperaba. Ello incluye remordimientos y dudas sobre el futuro con sus hijos.

José Antonio Almendariz, nos lleva al tema de los cultos espiritistas y como Dios lo sacó de ellos. Pero el enfoque de este testimonio se orienta a la amargura que siente el ser humano a partir de hechos como la guerra que vivió nuestro país. El Coronel Almendariz, nos arroja los resultados del perdón, misterio que desarrolló el Señor Jesús de una manera admirable desde la cruz del calvario. El odio, el rencor, la falta de misericordia, son atributos de una persona que no vive en paz y que por lo tanto trama todo el día el desquite a su “deshonra”. Eso conlleva el desarrollo de una de las enfermedades más tortuosas y silenciosas para el ser humano. El amor que excede a todo entendimiento a través de la sangre de Jesús, es lo único que puede transformarnos para vivir una vida plena y en abundancia. Antonio nos presenta una de las historias que pueden conmover a este país sumergido en una guerra fratricida por años y que dejó secuelas graves en numerosas familias.

El círculo integral del manejo del creyente no se cierra sin un manejo adecuado de las finanzas. Normalmente creemos que las finanzas son la expresión de habilidades propias y no consecuencia de nuestras decisiones con Cristo. En ese sentido, desprendemos de esto que creemos tan nuestro, es tan difícil, principalmente por las crecientes necesidades económicas a las que nos vamos comprometiendo sin saberlo en este mundo de las luces. Dios no ve, las empresas dueñas de las tarjetas y los bancos si ven. Con Dios nos podemos llevar aunque no paguemos lo que le corresponde, con nuestros acreedores necesitamos una mejor armonía para seguir prestándole. Lo que no sabemos es que la puerta de entrada a unas

finanzas exitosas son las cuentas cabales con Dios y su ministerio de expansión. Darío Orantes nos relata a través de su testimonio los problemas que pasó y las decisiones que tuvo que tomar en medio de este tema, para completar de esa manera el panorama de una vida cristiana en fidelidad.

Edgar Velásquez, un joven empresario, nos sumerge en una de las experiencias más profundas que tiene un ser humano: es ver cara a cara al Señor por medio de El Espíritu Santo. Edgar nos relata que la vida a la que estaba acostumbrado le hacía ver el cristianismo como un fenómeno religioso únicamente, eso le llevaba a dudar en algunos momentos sobre la existencia plena de Dios, es más, se sentía distante de Él. Pero en esos momentos críticos en donde se toman las mejores decisiones de la vida y que Dios está ausente porque dudamos de El, Dios irrumpe con fuerza a partir de hechos que nos duelen. Esto es muy usual en el terreno de los intelectuales, los empresarios y las personas que en lo material se ufanan de tener lo necesario para vivir y desperdician tiempo y dinero por tener el placer del mundo. Dios desaparece de ellos porque la misma mente no es capaz de asumir respuesta sobre preguntas técnicas del desarrollo de la tierra y el universo, o del mismo comportamiento psicológico humano, o las lecturas sociológicas del desarrollo de las sociedades. Edgar, va más allá de ello, El reconoce que fue escogido desde pequeño para el servicio de Dios, pero la vida misma desvanece ese afán... Se vuelve a encontrar con su misión a partir de lo que siempre cuestionó: ser padre. Y a través de la enfermedad y sanidad de su hijo, Edgar encuentra la

felicidad en su sentido pleno. Dios le complace enviándole la felicidad que solo regala el Espíritu Santo.

Finalmente, Jaime Sol, establece la importancia que tiene el hacer una evaluación de nuestra vida de manera transparente, que al final su resultado puede ser: fallas, problemas y limitaciones, que nos han dejado un sentimiento de impotencia para resolver por nosotros mismos esa carga que arrastramos. Luego de ello, la búsqueda sencilla de hablar con Dios a través del silencio y el ferviente deseo que nos perdone por lo que hemos hecho mal. Esa es prácticamente la razón esencial de todos los testimonios, llevar al lector a una declaración de abandonarse a los pies de Cristo y pedir que El se poseione de nuestras vidas. Jaime, con una forma muy especial, nos lleva de la mano por ese camino y nos transmite como el poder de El Espíritu Santo inunda todo nuestro ser en el instante que creemos firmemente en que Dios nos perdona.

El hilo conductor de este libro se establece desde donde Ustedes empezarán a leerlo. Pero este hilo siempre terminará en el capítulo final: el rol del Espíritu Santo en la vida de la Fraternidad. Dios envió en aquel momento de Pentecostés, la misión a aquellos escogidos y a la vez incrédulos de lo que sucedería de allí en adelante. Ellos se recogieron a discernir lo que estaba pasando porque no tenían hacia donde ir. Dios los miraba despacio y dejaba que conversaran sobre su futuro sin saber lo que hablaban... Pero, esa decisión de esperar en el grupo, les valió la oportunidad de

escuchar la guía de El Consolador. Precisamente, este libro persigue llevarnos por el camino de los testimonios como modelo de aprendizaje de todos los estados de nuestra existencia, pero nos llevará a aterrizar en nuestra vida sobre la dependencia que debemos tener de Dios a través del ejemplo de Jesucristo, su Hijo, y con la guía del Espíritu Santo.

CAPITULO I

LA SALUD EN LAS MANOS DE DIOS

A manera de Testimonio:

Rafael Espinoza Peña, es un hombre casado, padre de cuatro hijos, cafetalero de profesión y miembro de la Fraternidad de Hombres de Negocios del Evangelio Completo, desde hace veinte años; su testimonio es de sanidad y restauración de vida, como él lo expresa. “Toto”, como usualmente le conocemos, por muchos años padeció de acidez en el estómago las que eran originadas debido a malos hábitos alimenticios, acidez que jamás trató con un médico y que con el paso del tiempo se tornó agudo y doloroso hasta el punto que muchas veces prefería dejar de comer a causa de las molestias y ello hizo que empezara a perder peso considerablemente, por lo que su esposa hizo una cita para que le practicara una endoscopia.

Refiere que: “ fue el veintidós de febrero de 1999, que Dios tenía designado para mi familia y para mí la prueba de fe más grande que jamás habíamos vivido, mi esposa cuenta que el médico decía una y otra vez “que feo esto, no me gusta lo que veo creo que esta

muy avanzado”, al despertar mi esposa estaba junto a mí y subimos al consultorio del médico y le entregó una carta a mi esposa en la cual daba su diagnóstico: cáncer gástrico, invasivo grado tres, pero quiero decirles que no tuve conocimiento de ese diagnóstico, entre tanto, el médico únicamente me dijo que tenía que regresar el día miércoles para darme los resultados oficiales del examen”.

“Recuerdo que al salir del médico le dije a mi esposa que debía ir a la finca, pues tenía pendiente algunos asuntos, ella se fue a su oficina y lo hizo del conocimiento de nuestros hijos y familiares mas cercanos, todos lloraron y clamaron a Dios por un milagro, en la noche que llegué a casa, encontré que estaban reunidos todos mis hijos y mi hermano Cristo Rolando Zelaya y su familia, quienes desde ese momento se convirtieron en un apoyo muy grande para mi familia; sabía que estaba enfermo pero no que era tan grave, platicamos de la visita del médico, de cómo me sentía y me dijeron que oráramos, hicimos un circulo y me impusieron manos y me ungieron con aceite reprendiendo cualquier espíritu de enfermedad, y a partir de ese momento en mi casa no se paró de orar y clamar al Señor por un milagro”.

“El día miércoles que me tocaba regresar, mi esposa e hijos nos arrodillamos a la orilla de la cama y pedimos que el diagnóstico saliera negativo, cuando llegamos al médico me vio a los ojos y empezó a leerme el resultado de patología, éste confirmaba el primer diagnóstico, tenía cáncer y médicamente mis días estaban contados, nuestra actitud ante la noticia ante todo la mía, jamás fue de reclamo

a Dios, por el contrario siempre dije: “Señor en ti confío!!!”, sabía que Dios iba a sacarme de esto.

Debido a lo avanzado que estaba el cáncer, el doctor recomendó hospitalizarme al día siguiente para que hicieran los exámenes necesarios para someterme a una cirugía en la que me iban a extirpar el estómago. El día sábado cuando me llevaban a la sala de operaciones, me despedí de mi familia y de amigos que estaban presentes y en el trayecto a la sala le dije a Dios: “Señor en tus manos me pongo”, la operación comenzó a las siete treinta de la mañana y duro ocho horas, me extirparon totalmente el estómago, y de ocho ganglios seis estaban tomados por el cáncer, por lo cual teniendo que unir el intestino con el esófago, decidieron dejarme en cuidados intensivos ese día por si surgían complicaciones posteriores a la operación, esa noche sufrí una crisis por el exceso de anestesia, la lengua se inflamó tanto que no me dejaba respirar, sentía que iba a ahogarme, por lo que al verme atado a la cama comencé a hacer muchas fuerzas para incorporarme, lo que posteriormente me llevaría a lo que fue mi segunda operación, pues de la fuerza se soltó probablemente algún punto de la herida.

Tres días después de mi primera operación, en proceso de recuperación empecé a sentirme mareado, sudoroso y tenía problemas para respirar. A tal grado que en tres horas había entrado en estado de shock, debido a un sangramiento interno. Me pusieron cincuenta bolsas de sangre y cuarenta de plasma, bolsas de suero a chorro, la médico de guardia corría de un lado a otro, veía a mi

esposa descontrolada llorando, mi hija pequeña en mi cabecera, la mayor al pie de mi cama llorando y yo pensé que me estaba muriendo, a mi lado estaba uno de mis hijos varones, el que estaba soltero, lo tomé de la mano y le dije que le encargaba a su madre y a sus hermanas, los médicos tuvieron una junta y se dirigieron a mi esposa diciéndole: “su esposo esta muy mal, sus signos vitales son muy bajos, tiene una hemorragia interna, su cuerpo rechaza la sangre que le estamos poniendo es necesario intervenirlo pero primero hay que estabilizarlo por lo que es necesario llamar a un intensivista”.

Cuando el intensivista se presentó, me practicó una evaluación y se dirigió al grupo de médicos y a mi esposa diciendo: “en este momento el paciente no puede ser operado pues sus condiciones de vida son del diez por ciento, se les quedaría en la sala” mi esposa les pidió que la dejaran orar por ellos y ungir sus manos para que el Señor tomara el control de mi vida a través de ellos, mi esposa y yo oramos toda la noche sin cesar, a las cinco de la mañana, el intensivista dijo que estaba listo para la operación y llamaron a los cirujanos y al anestesista; esa mañana entré en sala de operaciones con un diagnóstico reservado y con pocas posibilidades de vida, pero era necesario operar, los médicos cuentan que al abrir se encontraron con que todas las capas estaban llenas de sangre, por lo que era imposible detectar donde se originaba el sangramiento.

Cuando el cirujano decidió cerrar por que creía perdida la batalla, sucedió un milagro: entre tanta sangre, un rayo de luz indicó al

médico que es lo que estaba provocando el sangramiento; entre tanto, en la sala de espera, mi esposa, mis hijos, amigos, vecinos y hermanos de la Fraternidad, oraban sin cesar. Dado que cada minuto parecía eterno, mi esposa me cuenta que cada vez que la puerta de la sala de operaciones se abría, sentía que su corazón se paralizaba, que en cualquier momento podía salir el médico y decir que algo malo estaba pasando”.

En todo este relato, podemos advertir una mezcla de suspenso que no puede describirse completamente tal como sucedió en la realidad. Cada minuto descifra la vida en cada uno de nosotros. El péndulo de la vida se mueve de segundo a segundo. Y Toto lo estaba viviendo por adelantado para mostrarnos su experiencia a cada uno de nosotros.

Completa su relato: “Finalmente salí de mi segunda operación, pero esta vez en un estado más crítico que la primera, inconsciente y conectado a un respirador artificial; me llevaron a cuidados intensivos nuevamente, solo que esta vez me mantuvieron por nueve días completamente sedado, en este lapso, me falló un riñón, los pulmones no querían funcionar por sí solos, debido a que durante toda mi vida abusé del tabaco, además tuve problemas de coagulación y temía que fuera debido a que el cáncer había llegado al hígado.

Al salir de la sala de cuidados intensivos, el reto para los médicos era darme de comer, pues me habían mantenido durante catorce

días con suero y una sustancia amarilla que era mi único alimento. Pasados unos días decidieron alimentarme por la boca para comprobar si la operación había sanado y soportaba el alimento sólido, causando que los alimentos me salieran por los drenos, lo que indicaba que se había formado una fístula provocando que me suspendieran los alimentos por boca. Al pasar los días y yo sin comer, descubrieron que mi abdomen estaba inflamado y que mi temperatura no era normal, por lo que decidieron hacerme un *tac scan*, que indicaba que había una acumulación de sangre en el abdomen, por lo que tendrían que volver a operar.

Esa tarde cuando el cirujano llegó y me dio la noticia de una nueva operación, sólo le contesté alzando mis manos al cielo... “bueno, doctor, después de Dios, me pongo en sus manos...” y fui operado por tercera vez en veinte días. Esta vez los médicos encontraron un tumor alojado cerca del diafragma por lo que temían que el cáncer me había recorrido todo el cuerpo, según cuentan, el tumor era del tamaño de una pelota de tenis.

Del tumor en la última operación, los médicos decidieron no comunicárselo a mi esposa y tampoco a mis hijos, hasta no tener los resultados de la *biopsia*. Eran dos médicos los que tenía de cabecera, el cirujano, el intensivista, y este último siempre repetía a mis hijos: “deben de darle a su papá calidad de vida...”, por supuesto, ellos no entendían que el médico los estaba preparando para darles la noticia por si el tumor salía positivo y que me quedaban de cuatro a seis semanas de vida.

Pero El Señor tenía preparado un milagro más, para que todos los médicos que conocían de mi caso creyeran en Él, pues ellos siempre decían que sólo un milagro podía salvarme. A Dios gracias, la *biopsia* salió negativa y para nosotros que lo supimos después, estábamos seguros que fue un verdadero milagro.

El caminar ha sido duro, recibí quimioterapia y de eso ya han pasado cinco años y medio, y me encuentro recibiendo una vida normal. Como tres veces al día como una persona con estómago, no tengo restricciones en mis alimentos y me siento mejor que antes. Soy un hombre renovado al servicio de El Señor, en mi familia se ha experimentado una unión más grande de la que antes teníamos, y todo esto es por el resultado de que Jesús es el centro de mi vida y el de mi familia, por lo que ahora me declaro libre, sano y salvo para la gloria y honra de nuestro Cristo Jesús”.

Reflexión sobre la Palabra de Dios:

Al tener en cuenta el testimonio de Toto, explícito en forma de milagro en su salud, reflexionamos en torno al umbral que divide a la vida con la muerte y que viene a convertirse en uno de los puntos en donde cualquier ser humano se toma el tiempo para discernir en algún momento de su vida. En ese mismo tono, el tema de la salud nos recuerda la fragilidad que tenemos. Por inmensos ratos nos es muy natural la vida. Desde que nacemos, a no ser por excepciones que se procrean con un problema congénito, el desarrollo de la vida nos llega a parecer tan normal que descuidamos el análisis

del por qué venimos al mundo y cuál debe ser nuestra misión en el mismo. Incluso, cuando se nos quebranta la salud, en pequeñas porciones, nos es muy fácil resolver la situación utilizando medicamentos que han sido probados intensamente y consecuentemente resuelven rápidamente.

El problema viene a convertirse en foco de atención cuando los diagnósticos nos refieren a enfermedades terminales crónicas o degenerativas o que necesiten tratamientos largos y costosos, que por urgencia necesiten una atención en nuestro cerebro desde que nos levantamos hasta que nos acostamos. Es hasta ese momento que la enfermedad no sólo ha roto la función interna de nuestro organismo, en algunas de sus partes, sino que, también, empieza a romper nuestra estructura cerebral, los pensamientos crujen en torno a una revisión de lo actuado y lo que nos queda por hacer. Es ese el momento límite que señala la vida y la muerte. Mucho se ha hablado de ese espacio de tiempo. La misma psicología refiere que la actitud en ese momento del paciente y quienes le rodean, viene a convertirse en herramienta vital para determinar el tiempo de vida. A ese tiempo queremos referirnos.

El libro de Marcos, en el capítulo 5:24-36, expone uno de los eventos de sanidad que Jesús realizó en su ministerio. Una mujer que sufría de flujo de sangre por doce años, que había gastado todos sus ahorros con los médicos, “había sufrido mucho... nada (de lo que le habían hecho) había aprovechado, por el contrario, le iba peor...”. Esa misma mujer no tenía alternativa más que creer

en aquel al que se le había señalado como hacedor de milagros. Esta mujer no sólo tenía la probable anemia, el aspecto físico desmejorado, la palidez de su rostro, la incomodidad de lo fétido o mal olor generado por los restos de sangre, el gasto económico, la incertidumbre sobre el origen del flujo y las consecuencias que éste podría tener, sino que, a la vez, tenía un problema religioso enfrente: no podía adorar a Dios porque se mantenía impura, la sociedad la segregaba y la cultura-religiosa la separaba. Se sentía marginada. Y los médicos ya no podían hacer nada...

Creemos que la afirmación última es lo peor. Usualmente no le tememos a las decisiones de Dios —resulta paradójico—, porque creemos que Dios nos ama y al final puede reconvertir algunas de las cosas que nos pasan. Pero sí le tenemos pavor al diagnóstico médico. Y peor aún, cuando esa sentencia es repetidamente fatalista y nos llena de dudas el futuro.

Al aproximarse de forma silenciosa, “por detrás de la multitud”, la mujer desarrolla una actividad llena de fe y que se concretiza: “tocó su manto”, y a partir de allí deja las cosas en manos de Jesús. Es un acto de fe aprendido. Debe comenzar con cosas pequeñas y crecer con cosas grandes y luego volver a las pequeñas. Porque la salud es un ciclo de la vida y sólo se rompe al llegar a la muerte. Colocar la salud en manos de Nuestro Señor, es un evento de humildad. Y es a partir de esa condición que uno se encuentra con el Señor de la vida. Jesús nos redimió en la cruz del calvario y en ese acto nos regaló la vida eterna. En consecuencia los que creemos

en la vida eterna no le tememos a la muerte física, es más, no hay muerte, hay transición a algo mucho mejor.

Miremos si no tenemos razón al unir salud con salvación al leer la Escritura en el versículo 28: “porque decía: si tocare tan solo su manto, seré salva”. Cuando buscamos la salud en Dios, quien es el creador de la vida y por ende de la salud, buscamos, sin saberlo, la salvación en primera instancia. En consecuencia, para que los demás crean, Dios sana con ese propósito: “Y en seguida la fuente de sangre se secó; y sintió en el cuerpo que estaba sana de aquel azote” (vs.29).

De ahí que Jesús, que tiene bien claro su ministerio, sabe que tiene este evento para mostrar el desarrollo del poder de Dios para que otros crean no sólo en ese tiempo, sino hoy y después... Esto es lo admirable de los eventos de sanidad que Jesús realiza. Quiere que otros entiendan que existe poder sobre la muerte, llámese hoy enfermedad: “...luego Jesús, conociendo en sí mismo el poder que había salido de Él, volviéndose a la multitud, dijo: ¿Quién ha tocado mis vestidos? Sus discípulos le dijeron: Ves que la multitud te aprieta, y dices: ¿Quién me ha tocado?”

Los milagros de salud son para contarlos. Al romper el ciclo normal de la descomposición del cuerpo, un milagro regenera procesos cuando están en franca degeneración. Es como el caso del reloj de Acaz, en el marco del milagro al rey Ezequias, que regresa el tiempo cuando el tiempo sólo va hacia delante. Ese es un milagro

en su composición de tiempo. Ahora bien, no tenemos explicación porque algunos milagros suceden y otros no. ¿Acaso no oramos con la misma fe o actuamos con la misma fe? Para todos, Dios tiene un propósito. Al final todos tenemos que reunirnos con El Creador en algún momento de nuestra vida. Benditos los que se van a gozar anticipadamente de las Bodas del Cordero. Y los que se quedan... tenemos un rol: testificar. Eso fue lo que pasó con esta mujer: “Entonces la mujer, temiendo y temblando, sabiendo lo que en ella había sido hecho, vino y se postró delante de Él, y le dijo toda la verdad” (vs.33).

Y de nuevo, la Palabra de Dios, cortando nuevamente, “como espada de doble filo”, reafirma el sentido de nuestra reflexión: “Y Él le dijo: Hija, tu fe te ha hecho salva; ve en paz, y queda sana de tu azote” (vs.34). Es salva por fe, primero; camina y se va en paz, conforta su alma, en segundo lugar; y, hasta después, le sana de su azote, en las mismas palabras de ella. Y es que Jesús entiende demasiado bien el orden de las prioridades, sabe que la sanidad aún con todo será temporal, pero la salvación será definitiva en la vida de ella y desea con todo su corazón que lo tengan presente en todo momento sus discípulos.

Agregado a ello, resulta interesante el hecho que este milagro se encuentra inscrito en medio de la resurrección de la hija de Jairo. El era uno de los principales de la sinagoga y conocía que Jesús venía de Decápolis, coincidente con su problema, reconocía el poder sanador de Jesús: “...y le rogaba mucho, diciendo: Mi hija está

agonizando; ven y pon las manos sobre ella para que sea salva y vivirá...” (vs.23). Como observan, de nuevo se reitera el hecho de ser salvo y la recuperación de la vida en consecuencia. Sin embargo, lo que nos interesa enfatizar en este relato es el nivel de fe que desarrolla el padre de la niña y cómo a partir de esa fe y en ese momento, Jesús sana que es lo mismo que Jesús resucita: “...vinieron de casa del principal de la sinagoga, diciendo: Tu hija ha muerto; ¿Para qué molestas más al Maestro? Pero Jesús, luego que oyó lo que decía, dijo al principal de la sinagoga: No temas, cree solamente” (vs.35-36).

Jesús deja que las cosas pasen, algunas las detiene, participa en la medida que se le pida. Interviene en los hechos salvíficos o de sanidad, por que ello forma parte de su propósito. Su camino es la redención, el anuncio de las buenas nuevas de salvación; la liberación, en todo sentido, de las ataduras del mal. Y la muerte era una de esas ataduras. Uno de los obstáculos que tenía que pasar para que la gente viera el poder real de Dios: “Y entrando, les dijo: ¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no está muerta, sino duerme” (vs.39). “Y entrando en medio de las burlas... Jesús entró con el padre y la madre de la niña y tomando la mano de la niña, le dijo: Talita cumi; que traducido es: Niña, a ti te digo, levántate” (vs.40-41).

La niña se levantó y caminó al mandato de Jesús. Pero el milagro se había realizado al momento que el padre de ella, Jairo, creyó. Jesús sólo llega a despertarle de su sueño, ya antes se había realizado el milagro. Por lo tanto, Jesús nos resuelve un mismo tema desde

dos ángulos diferentes pero complementarios: el tema de la sanidad, por un lado. Y por el otro lado, nos constata a través de sus hechos, lo que hemos afirmado anteriormente, el tema de la salud, que es el mismo que el de la muerte. Recordemos que las enfermedades no son sino desórdenes del organismo. La muerte física es la consecuencia de esos desórdenes. Morimos porque estamos enfermos y sin cura. Llega un momento que ese mismo desorden paraliza nuestra existencia. Eso pasa con nuestro pecado, paraliza nuestra existencia y estábamos como enfermos sin cura, pero Dios nos amó y su hijo sufrió por nosotros, muerte de cruz, para la salvación total nuestra.

Por ello lo que nos enseña en esencia este milagro es que, Dios ha vencido la muerte. Pablo mismo asevera esto en Corintios: “¿Dónde está, oh muerte tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro tu victoria? (vs.55) Y si ha vencido la muerte que es el último enemigo a vencer (“Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte” vs.26), no sólo en la hija de Jairo o en Lázaro su amigo, sino Él mismo al resucitar después de bajar a los infiernos y colocarse en gloria total, ¿quién detendrá su poder?. Y si ha vencido la muerte que nos aterra por el mismo descontrol de nosotros sobre el futuro después de ella, cómo no tendrá control sobre nuestras enfermedades y nuestra salud.

En consecuencia, el poder de la victoria lo tenemos de nuevo inscrito en la creencia que desarrollemos sobre la vida eterna. No importan las enfermedades, no importan las muertes, lo que importa es la resurrección:

“Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, sino creísteis en vano. Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a la Escrituras; y que apareció a Cefas, y después a los doce... (1ª. Corintios 15:1-6)

Doce eran los años de la mujer con el flujo de sangre que sostuvo la esperanza de curarse de su enfermedad, sino no hubiera ido al encuentro con Jesús. Doce eran los años de la hija de Jairo cuando fue resucitada para asombro de los que se burlaban cuando Jesús llegó a la casa del jefe de la sinagoga. Como doce eran los discípulos que Jesús encontró para delegarles la responsabilidad de predicar el evangelio. Pero los años para encontrarnos verdaderamente con Jesús no los sabemos, sino hasta el día que entendamos de una vez por todas, que el dueño de la vida, el hacedor de milagros de sanidad y el vencedor de la muerte y arquitecto de la resurrección de los muertos, nos está buscando desde hace años para felicidad nuestra.

Toto no sabía lo que su testimonio de poder podría desencadenar en la vida de él y su familia. Dios si lo sabía, probó su actitud de testificar y se gozó en la creencia absoluta que tuvo que saldría con bien. Como Ustedes saben, el tema de su salud fue el método y no el fin.

CAPITULO II

SOLO LA VERDAD NOS HARA LIBRES

A manera de Testimonio:

José Héctor Mayorga; es un profesional de las ciencias agrícolas, con maestría en administración de empresas, actualmente dedicado a la consultoría. Durante su trayectoria profesional ha trabajado en investigación y docencia, ha sido gerente de una empresa de exportación y empresario exportador, lo cual le permitió viajar constantemente a numerosos países. Es padre de 4 hijos, procreados en diferentes matrimonios.

Su testimonio es clave para hacernos entender el significado de la verdadera libertad. Héctor nos dice: Nací en una cuna humilde donde se me inculcaron valores cristianos, los cuales en la medida que fui creciendo en edad fui abandonando hasta llegar al extremo de dudar y negar la existencia de Dios. Nunca entendí que lo que tenía y lo que había llegado a ser era un don de Dios; creí mucho en la capacidad y la intelectualidad que como hombre tenía y en la medida que fui progresando económicamente, me fui creyendo cada vez más autosuficiente, y en el fondo, aunque sin expresarlo

externamente, fui convirtiéndome en un hombre soberbio y engreído.

Nunca dediqué tiempo a mis hijos, ni a mis padres, ni a mi única hermana y creí que todo lo podía obtener con dinero. Me agradaba que me adularan y dijeran que era un hombre inteligente y que me gustaba beber todos los días. Nunca me preocupé de los problemas de mis hijos y nunca fui capaz de decirles te quiero y mucho menos darles un abrazo o un beso.

A pesar de todo esto, Dios en su infinita misericordia, al ver lo equivocada que iba mi vida y al ver que no entendía de su amor, me fue dando señales de su bondad, las cuales tampoco entendí; así, finalmente me apartó para que pudiera reflexionar. En Mayo de 1997, en la cúspide de mi éxito como empresario exportador, en uno de mis embarques encontraron 3 kgs de cocaína. Aunque la droga no era mía y ante un sistema judicial corrupto, donde se busca quien la pague y no quien la debe, fui a parar a la Penitenciaría de Mariona acusado de narcotráfico.

Fue aquí donde después de estar acostumbrado a hospedarme en hoteles de lujo alrededor del mundo vine a ser inquilino de un hotel donde me dieron un espacio de 1.50 metros cuadrados para dormir sobre un colchón de 4 hojas de papel periódico, soportar las picaduras de cucarachas y talepates y estar sometido a la voluntad de seres a quienes antes habría desdeñado y marginado. Hasta entonces en silencio y tragándome mis propias lágrimas

empecé a preguntar a un Dios que estaba escondido en algún rincón de mi duro corazón: ¿ Por qué yo? ¿ No hay otros mas malos que yo? Si mi compadre es mas malo que yo, ¿por qué no está él aquí?. Después de esa primera larga noche de insomnio comencé a adaptarme a mis nuevas amistades: los más famosos delincuentes que antes había visto en los periódicos; y comencé a tratar de aprender de sus malabarismos. ¡Vaya actitud de un hombre ilustrado y progresista!. Solo Dios sabía lo que me tenía preparado.

Allí tuve mi encuentro con Dios y hasta entonces pude reflexionar sobre su existencia real. Ahora considero que la cárcel fue una bendición y que ahí nací de nuevo. Fueron 31 meses en los que 30 de ellos los viví intensamente dedicado a las cosas de Dios. Por primera vez en mi vida me dediqué a trabajar para los demás sin esperar nada a cambio. Aprendí a compartir pobreza, miserias, desprecios, tristezas y alegrías con personas marginadas por la sociedad, que aunque muchos de ellos eran culpables de sus delitos, también son hijos de Dios y merecían al menos un trato digno y recibir el pan de vida que yo también había recibido. Ahí desaparecieron mis amistades y muchos de mis familiares y viví la marginación y el comentario desdeñoso y ponzoñoso de muchos a quienes alguna vez serví. Sin embargo, Dios me premió con nuevas y mejores amistades, inicialmente a través de la FIHNEC y luego en mi Iglesia a la cual llegué por consejos de la Fraternidad. Cuando Dios decidió liberarme lo hizo a su manera: Me condenaron a 10 años de prisión, pero por la nueva legislación tuve derecho a la libertad condicional anticipada. Tuve que cumplir una serie de

condiciones, entre ellas, el ir a firmar mensualmente a una oficina judicial y llamar al Juez todos los fines de mes. Cumplí con todo el pasado mes de Abril de 2004.

Hoy, soy un hombre verdaderamente feliz; a pesar de haber perdido todo lo que materialmente hice en 27 años de trabajo, Dios me ha colmado de muchas bendiciones: Antes tenía casas y cosas pero no tenía un hogar, aún teniendo esposa e hijos; hoy no tengo casas ni cosas pero tengo un hogar feliz, tengo el amor de todos mis hijos, tengo la paz que sobrepasa todo entendimiento, pero sobre todo, he entregado toda mi vida a la voluntad de Dios y he visto y experimentado su misericordia divina. Dios me ha permitido servir en mi Iglesia y ser útil para los demás. Por supuesto que sigo siendo un hombre con muchas imperfecciones y con mucho que mejorar, pero con la ayuda de Dios todos los días voy luchando por ser mejor. Que Dios les bendiga.

Reflexión sobre la Palabra de Dios:

La privación de libertad en cárceles es uno de los recursos que se han utilizado por siglos para reparar daños individuales y colectivos. El ser humano como tal, rechaza la restricción de esa clase de libertad. Para una persona normal, estar preso es un castigo que le daña en su integridad física, moral y espiritual. Por consiguiente, las cárceles están llenas de personas que sueñan con estar fuera algún día. Esa sensación del preso que desea no estarlo, es el reflejo de una de las situaciones regulares por las que pasamos hombres y

mujeres, aunque no estemos presos físicamente. Nos referimos a la relación esclavitud-libertad, aplicada al pecado.

Y a veces esa esclavitud se manifiesta en los resultados del pecado; porque el pecado nos llega a gustar, pero no nos gustan sus resultados, que son divisiones, finanzas quebradas, etcétera. Dios nos ha enseñado a lo largo de la Escritura que el pecado ha sido suficiente para esclavizarnos desde que Adán y Eva empezaron a tomar sus decisiones, alejándose del mandato divino y pensando por ellos mismos. Pero Dios oyó de un obediente Abraham y lo llamó para ser el padre de su pueblo. En todo ese trayecto histórico, el pueblo de Israel no tuvo tan claro la obediencia a Dios regulada por una ley, hasta que se proclamaron los Mandamientos en el tránsito hacia la tierra prometida. Además de regular el comportamiento, Dios inicia un proceso diferente con su pueblo en materia de la administración de la justicia y la regulación de sus leyes. Y percibe que ese pueblo no es capaz de entender siempre por las buenas, por lo que recurre a disciplinarlo a través de otros pueblos o incluso Él mismo directamente, siempre con la idea que no se aparten de lo que Él espera de ellos: servir de bendición como su pueblo escogido.

Es más, esas regulaciones tomaron un cuerpo estatizado con el advenimiento del estado monárquico. Con los reyes desaparece la forma administrativa que Dios había procurado para su pueblo: la sabiduría de los ancianos para resolver los problemas cotidianos. Los reyes suplantaron a los Jueces y con ello el aparato de gobierno

se volvió más complicado. Las instituciones se involucraron más en la política del gobierno y en ese contexto surgen diferentes profetas que tratan de enderezar a base de reprimendas ese abismo que se venía dando con las faltas del pueblo a la misma ley a la que ellos se habían sometido.

En determinados momentos, los profetas, como mensajeros de Dios, confrontaron a esas mismas instituciones que se fueron estacionando en la vida del pueblo y sirviéndose a ellas mismas y no al propósito para las que habían sido creadas. Los sacerdotes fueron uno de ellos. En tiempos de Jesús, la administración del templo era parte de un negocio y había perdido mucho de su cometido inicial. Por eso, Jesús al revisar la condición de su pueblo, encuentra que el nuevo modelo de discipulado a Dios que Él había venido a instaurar, chocaba irremediabilmente con la lectura religiosa de su tiempo.

Por ello, las sinagogas vienen a convertirse en centros de debate, en la calle se confronta la ley farisaica o saducea con el amor predicado por Jesús, en las casas se comentan los milagros y se preparan las grandes concentraciones como en la que se dio El Sermón del Monte. Jesús no se cansa de anunciar a su pueblo las buenas nuevas de salvación y por supuesto, ese nuevo modelo se confronta con la cultura y la religiosidad de la época y no le hacen caso. (cf. "...a lo suyo vino y los suyos no le recibieron" Juan 1:11).

En ese marco es que se da el diálogo que Jesús mantiene con judíos en el capítulo 8 del evangelio de Juan. Después de dar una explicación sobre la procedencia de su mensaje y el atributo celestial con el que hablaba, Jesús logró que algunos entendieran algo de lo que estaba planteando. En suma les planteaba una y otra vez que no esperaran más al Mesías, Él era el Mesías, el que había de venir, el Hijo de Dios, y por tanto, se inauguraba un nuevo orden de cosas:

“Entonces le dijeron: ¿Tú quién eres? Entonces Jesús les dijo: lo que desde el principio os he dicho. Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros; pero el que me envió es verdadero; y yo, lo que he oído de Él, esto hablo al mundo. Pero no entendieron que les hablaba del Padre... Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada” (Juan 8:25-28).

El versículo 30 sentencia: “Hablando Él estas cosas, muchos creyeron en Él”. Jesús hablaba con autoridad, con seguridad y confirmaba lo que decía con sus hechos, por eso sumar gente a su ministerio no le fue ningún problema y evidentemente muchos llegaron a creer en Él y se formaron con sus enseñanzas. Es la misma responsabilidad que tenemos hoy en día. En consecuencia, el tema que nos ocupa es una aproximación al nuevo liderazgo que Jesús tuvo la intención de construir desde la cárcel interior de cada uno, porque en el nuevo mensaje, nadie se salvaba de asumir que

la ley los dejaba en el pecado para siempre y por lo tanto presos en condiciones de esclavos.

Por eso es que Jesús orienta a los judíos que habían creído en Él a tomar nuevas decisiones para afirmar esa creencia y prepararse para los nuevos momentos que vendrían: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (vs.31)

Solo la verdad nos hará libres, es una de las promesas que por la intoxicación del mundo en que vivimos no le ponemos la debida atención. Jesús se presenta como la verdad ante una pregunta de Tomás sobre desconocer a dónde Él iría: “¿Cómo pues podemos saber el camino?, y Jesús se presenta: “Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:5b-6).

Ya Jesús estaba acostumbrado a las preguntas de su pueblo sobre quién era, de dónde venía, hacia dónde iba, en nombre de quién hablaba... Un pueblo estudioso de la Escritura, religioso en todo sentido, hasta en la forma de comer y moderar sus costumbres, no podía pasar desapercibido a un hombre que decía claramente ser el Mesías, el Hijo de Dios, dado que, a ese ser especial es a quien esperaban después de tanto tiempo. Los discípulos entendían, pero luego al confrontarse con estudiosos o sus mismos familiares y amigos entraban en crisis. Pero, Jesús no se cansaba de intensificar su mensaje: actuaba con las multitudes con autoridad y reflexionaba con coherencia entre sus más allegados. Esa unidad de propósito

hacía que los discípulos tuvieran seguridad de lo que estaba pasando: “Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan, y habían seguido a Jesús. Este halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que traducido es el Cristo)” (Juan 1:40-41).

Al presentarse como el Mesías, creó una inestabilidad en el esquema religioso de la época. La estructura religiosa no esperaba al Mesías sin adjetivos de guerrero, que podría quitar el yugo romano, o ligado a una cuna sacerdotal, que hubiese sido enseñado para mantener el estatus religioso, o hijo del rey para darle continuidad a una estructura monárquica al estilo de los grandes como David y Salomón. Todo lo contrario, Jesús entró por un punto diferente: nació en un establo, carpintero de profesión, sabía más de lo que aprendió y tenía una dulzura tal, que no podemos dejar de imaginar su cara llena de humor por el caos que se estaba creando. Pero a la vez, serio en sus propósitos por los que había venido al mundo.

Por eso, los judíos que ya habían creído en Él, no comprenden el tema de la libertad que trae consigo aceptarle. Y defienden que en ningún momento han sido esclavos de nadie, por lo tanto son libres ya. Eso es lo que muchos pensamos hoy en día, nos consideramos libres porque estamos fuera de una cárcel o porque nunca hemos sido vasallos de nadie. Pero nuestro corazón está atado totalmente al dueño de las tinieblas y muchas veces sin saberlo. Y Jesús les respondió y lo hace nuevamente con nosotros de la misma manera:

“De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado. Y el esclavo no se queda en la casa para siempre; el hijo si se queda para siempre. Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (Juan 8:34.36).

En esa misma discusión en el templo, Jesús advierte que quienes no creen en Él, no serán capaces de resolver el tema principal de ya no ser esclavos del pecado por lo que dicta la ley. Por consiguiente vivirán siempre en la privación de su libertad aunque se vean libres. Y quienes no creen en Él, sirven al padre diablo:

“¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi Palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira de lo suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira. Y a mí porque digo la verdad, no me creéis” (Juan 8:43-45).

En esa pelea frontal por la autenticidad del mensaje, los judíos hacían gala de ser descendientes de Abraham, y por tanto, herederos de la promesa de libertad. Pero, Juan el Bautista había preparado el terreno confirmando el anuncio de Jesús, que creer implicaba arrepentirse para poder sentir la plena libertad, de la que Jesús predicaba. Ese es el tono más interesante del mensaje, Jesús seguía

trabajando en un liderazgo y lo buscaba en donde hubiese gente para lanzar su red y pescar. Jesús era un pescador de hombres y mujeres que quisieran servir a su causa. Escrito estaba que Juan le prepararía el camino, no sólo anunciando que Él era el que había de venir, sino también, expresando con claridad los pasos a seguir para una comunión plena con Dios.

“Y decía a las multitudes que salían para ser bautizadas por él: ¡Oh generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre; porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa al fuego” (Lucas 3:7-9).

Dice la Escritura que a esto, la gente preguntaba que tenía que hacer para dar frutos de arrepentimiento y Juan orientaba de compartir lo que tenían: el que tenga dos túnicas, regale una, decía; y luego se refería a los alimentos, el deber de hacer un cobro adecuado, el no hacer extorsión, ni crear calumnias, ser contentos con el salario que recibimos, en suma frutos de arrepentimiento.

En consecuencia, si hemos creído en Jesús como el Señor de nuestras vidas, el paso que sigue es discipularnos, aprender de Él y caminar como Él. Y el primer paso es arrepentirnos de nuestros

pecados y crear las condiciones para no volver a cometerlos, buscando glorificarnos en la comunión con Jesús a través de la santidad. Aquí es donde empieza a darse la verdadera libertad a la que Él hacía referencia en aquel momento en el templo y que hoy nos lo recuerda tan claramente a nosotros que hemos decidido seguirle, porque hemos visto que si nos quedamos fuera nos vamos bajo la potestad del diablo.

Y cada quien debe examinarse sobre cuáles serán los frutos de arrepentimiento que estará obligado a dar, para sellar ese nuevo camino hacia la libertad. Igual que cuando se toma la cena de El Señor, debemos hacernos un examen cuidadoso de nuestras vidas. Cuidado, nuestras obras no nos abren el camino hacia la salvación. Nuestro arrepentimiento sellado con obras que se ven, sellan nuestro compromiso de liderazgo con Jesús, esas decisiones a El le agradan y se complace en darnos nuevas responsabilidades para la expansión de su ministerio.

La cárcel física es muchas veces el mejor espacio de reflexión para la toma de decisiones personales correctas. La libertad que el mundo da es también muchas veces el mejor espacio para mantenernos en la esclavitud del pecado y la muerte eterna. Solo la vida en Cristo nos puede permitir examinar nuestra vida y la de quienes nos rodean desde la perspectiva de la libertad, que nos ofrece en grandes proporciones los frutos del Espíritu: paz, gozo, paciencia, benignidad, templanza... Y solo viviendo para El,

encontraremos que el diablo está encarcelado definitivamente y aunque quiera tocarnos, la distancia entre la armadura que da El Señor es lo suficientemente larga para vivir con gozo hasta la eternidad.

CAPITULO III

VENGAN, LEVANTEMONOS Y CONSTRUYAMOS JUNTOS

A manera de Testimonio:

Mauricio Loucel nos relata: “Nací en una familia modesta, burguesa diría yo, aunque no estaba rodeado de lujo, pero no carecía de nada. Mi padre tenía una buena biblioteca, lo cual me permitía devorar libros. A los dieciséis años comencé a hacer poemas, y el primero de ellos fue “El Cisne”, una copia del estilo de los poemas de Rubén Darío. Mi paso a través de los años fue caminar por una culturización que se manifestaba en soberbia. Como el conocimiento fue canalizado de forma diferente, eso me causó un desorden emocional. Cuando entré a la facultad de Derecho de la Universidad de El Salvador, me dediqué a parrandear, andar de fiesta en fiesta. Sólo me acordaba cuando entraba y no cuando salía. Un día, se prohibió en la Universidad la bebida, y era cuando más borrachos habían. Por todo ello, dejé los estudios de derecho para dedicarme a la bohemia.

Esa vida me llevó a circunstancias especiales, a mi degradación como ser humano. En la medida que nos volvemos pecaminosos, nos vamos carcomiendo.

Llegué a usar las balas contra un médico. Estuve preso por borracho. En cierta ocasión, después de una noche de borracheras, no tenía para pagar el taxi que había utilizado hasta la madrugada del día siguiente, en ese caso, le pedí que me llevara a la policía y allí mismo le dije que no tenía con que pagarle, por lo que me podía dejar preso.

Un día mi mamá me dijo que yo necesitaba ir a la procesión del silencio. Era una tradición en San Salvador, que esa procesión hacía un recorrido de la iglesia Concepción a la iglesia El Calvario y que en la misma, además de ir en silencio, solamente asistían hombres. En ella iba, con un espíritu de obligación más que de penitencia, cuando pasamos frente al bar “El Faro”, allí estaban muchos de mis amigos y al verme pasar empezaron a bromear conmigo: —hipócrita, me decían, mirá, que ricos están los mangos verdes, que era el acompañamiento natural con la bebida alcohólica—. En medio de sus sátiras, yo observé que una de las personas que estaban en la procesión, no tenían una vela consigo, por lo que me le acerqué, le entregué la mía y de forma inmediata me fui de nuevo con mis amigos al bar.

En su momento me defendí de la vida, refugiándome en la lectura. Eso desarrolló en mí, un alto grado de soberbia sobre todo en lo intelectual. Ese seudo conocimiento me permitió entrar en otra esfera de la sociedad, porque me iba bien en el trabajo. Pero al final seguía mi vida pecaminosa.

Mi papá me sacó de la casa, producto de haber llegado a las cinco de la mañana y haberle querido engañar reflejando que acababa de salir de mi cuarto en ese momento y eso bastó para que siguiera mi vida desenfrenada y actuando de manera más loca. En medio de eso me casé, considerando que el casamiento me iba a estabilizar, pero mis pensamientos eran otros, yo pensaba y decía que la casada era ella y no yo. Para tomar un ejemplo, el día que regresé de mi luna de miel, me fui de parranda a un burdel y regresé hasta el siguiente día a las tres de la mañana. Todos estos hechos hicieron que sintiera los efectos de una vida desordenada y nacieron dos hijos de este matrimonio.

Las discusiones, los problemas, los gritos, por supuesto que empezaron a surgir. El silencio era la muestra palpable del antagonismo existente. No nos hablábamos con mi esposa. Como consecuencia, se dio el divorcio, porque ya no había nada.

Empecé a asumir en empresas de seguros. Yo tenía una especie de doble vida. En el día era una cosa en la empresa y por la noche asumía una vida licenciosa. Era tanta la preparación que le daba al estilo de vida que tenía que, fui el primero que trajo un carro polarizado a este país. Incluso llegaron a hacerme bromas, en el sentido que eran bien negros los vidrios y que cómo hacía para manejar, a lo cual respondía que lo que me importaba es que no se viera nada de fuera hacia adentro. A esta aseveración, queda evidente el manejo que yo hacía.

Con el tiempo, mi trabajo en las compañías de seguros, me llevó a tratar con reaseguradores en Europa. Para mí era muy normal viajar hacia allá por efectos de negocios. Lo cual hacía, entre otras cosas, estimularme en mi orgullo y soberbia. Compraba mis trajes en Londres, en la calle Oxford, las corbatas en Italia y me alojaba en los mejores hoteles.

El Señor sabía donde estaban mis problemas y de hecho comenzó a tratar conmigo en doblegar la vanidad, el orgullo y la soberbia. Mi soledad se volvía cada día más crítica, a pesar de tener lo material, la soledad me estaba matando. No había nadie a quien acudir. Yo había negado a Dios. Incluso en cierto momento alguien me dijo que cómo explicaba el problema de Dios, a lo que respondí: “que lo que no existe no puede ser problema”. Yo era ateo petulante, por soberbia.

En ese contexto fui invitado por un amigo a un SAEL (Seminario Avanzado de Entrenamiento de Líderes) en el Cuco, una playa distante a tres horas de la capital. Llegando al Hotel me encontré que la capacidad del mismo era de 64 y habíamos 144. En consecuencia el primer cuarto que me dieron era para que durmiéramos 6, en un camarote y en la parte de arriba. Posteriormente me llamaron y me dijeron que me llevaban a un cuarto con aire acondicionado, lo primero que pensé fue que por fin reconocieron quien era, pero al llegar, me di cuenta que ya no habían camas y que había que dormir en el suelo. A esas alturas de la noche, lo primero que pensé es qué estoy haciendo en una reunión

en la que no quiero estar y no tengo las comodidades que normalmente tengo, precisamente yo que siempre he acostumbrado dormir con detalles y lujos cuando viajo.

En esa reflexión estaba, cuando una de las personas que estaba en el cuarto me dijo: “Si querés andáte... en tres horas llegás y te recibe lo tibio de tu cama... pero, hace algunos meses estuvo una persona igual que vos y se fue de un SAEL, y a los días, tuvo que dormir como seis meses en la cárcel... pero si querés, andáte...”. Esas palabras me hicieron cambiar el panorama, dado que me estaban aplicando de la misma medicina en donde más duele. De hecho, decidí quedarme.

Al día siguiente, me pareció todo increíble. Empecé a sentir cosas que Dios quiso que yo sintiera. En eso, apareció que había que orar por un enfermo de sida. Pero yo me decía a mi mismo que nunca había orado en mi vida. Sin embargo, en ese momento tenía un deseo vehemente de orar. Esa mente que estaba llena de paja, empezó a cambiar, y a darme un asidero de estabilidad. Estaba experimentando unas cosas nuevas que nunca había experimentado. Y cuando yo quise orar por esa persona, sentí una voz: “Si quieres orar, híncate...” Esto quiere decir: “que tus petulancias y estupideces no valen nada frente a mí”. Estaba dejando todas mis pretensiones egoístas. Me hiqué y me fui adelante.

Luego cuando fuimos a la playa a quemar simbólicamente nuestros pecados, estaba llorando. En El Cuco quedaban enterradas mis

prisiones: el ser sol. Dios me estaba dando la última oportunidad para muchas cosas. De hecho, mi esposa estaba preparándose para irse fuera del país, porque mi segundo matrimonio estaba también rompiéndose. Había comprado un pasaje para irse de mí. Yo conseguí un teléfono y llorando le llamé y le dije: “mi amor, por favor perdóname”. Y le dije que me disculpara porque estaba llorando, a lo que ella me respondió enfáticamente: “Nunca antes te he sentido tan hombre como en este momento...”

Mi vida cambió desde ese momento. Me siento feliz. Me encanta trabajar para El Señor. Desde entonces, todo ha sido bendición. Tengo seis hijos y no dos. Amo profundamente a mi esposa. Ella es mi novia y es mi amante. Cristo Jesús, aquel ser del que yo renegaba, es la parte esencial y fundamental de mi vida”.

Reflexión sobre la Palabra de Dios:

En la Biblia, la revelación sobre el sentido del liderazgo nos confronta a todos por igual. En ningún momento hay cualidades o virtudes específicas que no puedan ser aprovechadas para desarrollar el líder que todos tenemos dentro. Tenemos el ejemplo de David, líder insospechado, el más pequeño de los hermanos y el menos preparado para enfrentar la batalla en la que se definía el honor de su pueblo, tanto por el peso de las herramientas que se tenía que colocar para la batalla, como por la confianza que depositaban en él. David venció a Goliat y construyó un liderazgo monárquico que le dio gloria a Israel. A la misma vez, nos

encontramos con personas que han sido buscadas directamente por Dios y que rechazan en primera instancia servirle en tareas de liderazgo. Moisés estaba tranquilo cuidando sus rebaños y con una vida familiar estable al lado de su suegro Jetro. Sin embargo, es llamado para desafiar a un imperio, regresar de nuevo y comenzar una lucha frontal para sacar a su pueblo de esclavitud. Parece fácil... pero, Moisés se enfrentaba a debilidades físicas como el no poder hablar bien, era tartamudo; temía por su vida, porque, por haber asesinado a un egipcio había sido desterrado del mismo lugar al cual Dios le urgía que tenía que volver; no creía totalmente en la capacidad de Dios para derrotar a los egipcios, por ello se acompaña de un báculo, que viene a representar como su amuleto y que, posteriormente, le sirve como la herramienta de trabajo para la producción de las señales. Ese Moisés es llamado a liderazgo. Y que no decir de los profetas, que se esconden.

En suma, el llamado a ser líderes siempre ha estado presente a todos los que le aman. Lo que sucede es que el liderazgo tiene como primer requisito, escuchar la voz de Dios; y, como segundo, actuar a su llamado. Para oír a Dios necesitamos estar despiertos y no necesariamente esperar que Él nos hable primero, a veces hay que tomar la iniciativa como Habacuc: “Sobre mi guarda estaré, y sobre la fortaleza afirmaré el pie, y velaré para ver lo que se me dirá...” A una actitud vigilante Dios responde a cualquier iniciativa de diálogo, eso es como que el agua es transparente: “Y Jehová me respondió, y dijo: Escribe la visión, y declárala en tablas, para que corra el que leyera en ella. Aunque la visión tardará aún por un

tiempo, más se apresura hacia el fin, y no mentirá; aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará. He aquí que aquel cuya alma no es recta se enorgullece; más el justo por su fe vivirá” (Habacuc 2:1.4).

En ese marco, inscribimos a otro igual que sintió su particular llamado. Nehemías era un joven al servicio del rey Artajerjes. Era copero del rey, una profesión por demás de confianza. Entre otras cosas, estaba al cuidado de los alimentos y bebidas, eso incluía probarlas para demostrar que ninguna de ellas estaba envenenada. Como parte del exilio babilónico, Nehemías tenía confianza en que algún día su tierra sería restaurada. Por eso pregunta a sus hermanos e indaga que: “El resto, los que se salvaron de la cautividad, allí en la provincia, están en una situación muy difícil y vergonzosa. El muro de Jerusalén está en ruinas y sus puertas destruidas por el fuego”. Ante esta situación, reflexiona, ora, ayuna y recuerda el pasaje de Deuteronomio 30:1-5, sobre como Dios recoge a su pueblo si se vuelven a Él: “pero si os volvéis a mí y guardáis mis mandamientos y los ponéis por obra, aunque vuestra dispersión sea hasta el extremo de los cielos, de allí os recogeré y os traeré al lugar que escogí para hacer habitar allí mi nombre” (Nehemías 1:8b.9).

Nehemías comenzaba a partir de ese instante un nuevo momento en su vida, su liderazgo lo invitaba a disponerse a cumplir una tarea diferente a la de copero del rey. Sin embargo, en esos momentos se sentía imposibilitado, por lo que se puso triste, y le

dijo al rey: “...¿Cómo no ha de estar triste mi rostro, cuando la ciudad, casa de los sepulcros de mis padres, está desierta, y sus puertas consumidas por el fuego?” (2:3). Y a partir de esos momentos y con el consentimiento del rey, prepara toda su actividad de reconstrucción en tiempos y recursos necesarios para desarrollarlos.

Sin dar a conocer su propósito, inicia un proceso de diagnóstico de Jerusalén y define los principales problemas que tiene para su reconstrucción. De noche examina los puntos débiles, dando tiempo a que la quietud de esos momentos le ponga al descubierto la verdadera realidad de la Jerusalén destruida. De hecho, un verdadero líder le emocionan las cosas que le son encargadas por Dios. En consecuencia, toman con empeño las tareas que van creando la tela a través de unir los hilos de la madeja, uno por uno. No descuidan nada, delegan pero están al tanto de lo que pasa y son celosos en llegar hasta el punto final.

Y ese punto final no es, sin embargo, la conclusión de la obra, incluso un líder puede que no vea terminado el propósito por el que fue levantado por Dios. Es el caso del mismo Moisés que fue llamado por Dios a llevar a su pueblo fuera de cautiverio y se quedó sin ver la tierra prometida, y fue sustituido por Josué y Caleb. De ahí que, el punto final de un líder, es cuando logra entusiasmar a un grupo de personas que se duplican exactamente en él o ella. Es cuando se constituye el equipo de trabajo y las consecuencias de estarse viendo las caras constantemente les hace que el trabajo no

se pare, porque al fin de cuentas, la razón de ser del equipo será la finalización del proyecto.

Eso fue lo que sucedió con Nehemías. Al explicarles el porqué de su presencia, inicia el proceso de formación de liderazgo, con el principio de la unidad y la declaración al trabajo:

“Entonces les declaré como la mano de mi Dios había sido buena conmigo, y asimismo las palabras que el rey me había dicho. Ellos respondieron: —¡Levantémonos y edifiquemos!”

Estos principios de liderazgo a partir de la relectura de los hechos narrados en el libro de Nehemías, están concebidos a partir de una reconstrucción física que es la antesala de la reconstrucción religiosa de la época, dominada por Esdras. En suma, son:

1. Dios nos llama, no importa donde estemos y quienes seamos.
2. Dios aprieta en donde más nos duele para que le escuchemos su llamado.
3. Dios aprovecha lo que somos, no nos rechaza por lo que hicimos o lo que dejamos de hacer.
4. Dios nos prepara en la humillación en los puntos donde nuestra soberbia es más fuerte.
5. Dios ve nuestros ojos y penetra en nuestra mente, la revisa y nos da la aprobación.

6. Dios nos lanza a puestos de liderazgo y no espera que busquemos nosotros el liderazgo.
7. El liderazgo cristiano no es un creyente frente a las masas, es uno con un grupo de dos. Si sabes guiar a las metas y entusiasmar con ellas a una persona tan solo, ella y tú, podrán duplicar ese estado de ánimo.
8. Cualquier liderazgo estará enfocado en la promoción del reino de Dios y su justicia y no en pretensiones personales.

Sin embargo, nuestro Señor Jesucristo va más allá de esos principios de liderazgo, El visualiza al creyente como un servidor y a partir de allí, desarrolla un modelo novedoso:

“El que es el mayor de vosotros sea vuestro siervo, porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido” (Mateo 23:12).

Jesús ubica el servicio como el fruto de una discusión interna de cada persona alrededor de su misión personal. Todo aquel que encuentre su misión, como Nehemías la encontró en la reconstrucción del muro de Jerusalén, encontrará el sentido para servir y no le pesará. Esa es la síntesis del verdadero líder. Al igual que con sus discípulos, Jesús se encuentra hoy en día que los cargos vienen a ser los sinónimos de poder y no de servicio, por lo que Su Palabra se mantiene desafiante, y más expresivas son sus palabras encontradas en el evangelio:

“Hubo también entre ellos una discusión sobre quién de ellos sería el mayor. Pero El les dijo: —Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores; pero no así vosotros, sino que el mayor entre vosotros sea como el más joven, y el que dirige, como el que sirve, pues ¿Cuál es mayor, el que se sienta a la mesa o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Pero yo estoy entre vosotros como el que sirve” (Lucas 22:24-27).

Y en otra ocasión se había ceñido la toalla a la cintura y había comenzado a lavarle los pies a los discípulos, tarea encomendada a la servidumbre y tomada como una obligación que rebajaba al esclavo o siervo que lo hacía. Recordemos las calles de tierra y abundante polvo, o quizá barro, que ensuciaban y molestaban los pies que se lavaban, que se sumaba a los callos y lesiones por la abundancia de piedra. De ahí que, el lavar los pies, contemplaba una acción de limpieza por demás humillante y antihigiénica. Jesús lo hizo con los discípulos, uno a uno, como presagiando la acción de lavar nuestros pecados con su sangre en la cruz del calvario. Porque esa es en el fondo la misión de nuestro servicio, llevar a otras personas al conocimiento de ese sacrificio. Otro sentido de servir no es compatible con el reino de Dios al que nos acercamos con nuestra actividad. Si no, escudriñemos la continuación de la Escritura en el seguimiento del párrafo anterior:

“Y vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas. Yo, pues, os asigno un Reino, como mi Pa-

dre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino y os sentéis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel” (Lucas 28-30).

Es decir, si ahora somos servidores por convicción y nos gusta servir porque es parte de nuestra vocación a la que fuimos llamados, tenemos a futuro una parte en la mesa para que comamos y bebamos en Su mesa, con El, y en Su Reino, porque reconoce que estamos capacitados por las diferentes pruebas en las que hemos pasado. Todos y todas, que hemos sido llamados a servir como un nuevo liderazgo, tenemos que tener claro, que nuestra recompensa no está en esta tierra, nuestros tesoros están en los cielos. Y si somos creyentes de Jesús, Su Palabra es clara y nos ahuyenta cualesquiera motivos para dudar de esa promesa: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Lucas 21:33).

Por eso podemos decir con seguridad y convocar a todos para la tarea del servicio en el reino de Dios: **“Vengan, levantémonos y edifiquemos juntos”**. Esa visión de liderazgo es la misma que tuvo Demos Shakarian, cuando inició el proceso de evangelización a través de la Fraternidad. Diseñó una estrategia, un método basado en inspiración divina, lo probó en medio de las circunstancias difíciles que se le presentaron. Dudó, hizo cambios en la presentación, pero al final, probó que un movimiento de laicos, hombres y mujeres comunes, sin preparación bíblico-teológica, pueden encontrarse con el Señor Jesucristo, para que se convierta en el Señor de sus vidas. Y ese fuego por un nuevo proyecto,

únicamente puede ser asumido, cuando el Espíritu Santo está examinando nuestras verdaderas intenciones y decide sacarlo adelante.

Mauricio Loucel nunca se imaginó que un hombre que se consideraba ateo como él, podría a través de esa presentación evangelizadora, llegar a conocer a Jesús como hoy lo conoce. Eso registra que las implicaciones de un liderazgo acorde a la Escritura, tendrá repercusión en el tiempo y será de hecho envolvente; por lo que no sabremos los resultados que este tenga, aún cuando muramos físicamente. A Él sea la gloria por siempre. Por ello el libro de Apocalipsis habla de los muertos que mueren en El Señor:

“Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en El Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen” (Apocalipsis 14:13).

CAPITULO IV

SOMOS TEMPLO Y MORADA DE EL ESPIRITU SANTO

A manera de Testimonio:

Nos conocimos cuando Jenny tenía 16 años y era la mujer más bonita de su barrio. Cuando jugaba basket-ball en un torneo de la colonia en la que vivíamos, la miré y me enamoré de ella. Yo creo que le parecía un muchacho que le gustaba tener novias y por su lado, ella tenía muchos pretendientes. A pesar de que éramos jóvenes, lo que pretendía era tener sexo de entrada. Pasó bastante tiempo para que fuéramos novios. De hecho tuvo que pasar una reunión con el papá en donde me entregó un examen que certificaba que su hija era virgen y que por ende, cualquier cosa que le pasara yo sería el responsable. Lo acepté y empezamos nuestra vida juntos.

A esa edad yo no tomaba cerveza y tampoco fumaba. Pero Jenny me entrenó muy bien en ello. Sus palabras fueron determinantes para comenzar una nueva aventura: “Si vas a andar conmigo, tenés que entrarle a todo...”. Yo la amaba y la sigo amando con toda mi alma, por lo que empecé a tomar licor, a fumar e inclusive mari-

huana de vez en cuando. Sin embargo, lo que agarré con pasión fue el licor, sin pensar adonde esa decisión me llevaría.

El 10 de diciembre de 1977, contrajimos matrimonio. A esa fecha, Jenny tenía 19 años y yo tenía 21. Fue un día muy especial, con meseros y buena comida. La expresión generalizada de la gente era que parecía primera comunión la boda, por lo jóvenes que estábamos.

Nos quedamos en la casa de sus padres una semana y luego empezamos nuestro hogar. A ese momento ya trabajaba en una empresa como encargado de bodega, la misma en donde ahora soy socio y accionista después de 30 años de trabajo. Eso le dio un marco a nuestros primeros años de casados. Nacieron nuestros hijos. Ella comenzó a trabajar de consejera de belleza y empezaron a venir las bendiciones económicas. Después de tener un cuarto en el que pagábamos cinco dólares, compramos nuestra primera casa: pequeña, pero bonita. Pero empezaron a venir los primeros roces por cosas pequeñas. Compramos nuestro primer vehículo, un escarabajo año 1974. En general, entre el trabajo y la crianza de los niños, nuestra vida iba transcurriendo.

A todo esto, el consumo de bebida alcohólica se había convertido en parte de nuestra vida de pareja y Jenny fumaba habitualmente. Yo me había convertido en un alcohólico violento. Tomaba casi todos los días. Pero, en la empresa, seguía creciendo en cuanto a puestos de trabajo e ingreso: fui vendedor, luego supervisor y

después gerente de ventas. Empecé a ganar mucho dinero y a malgastarlo también. Compré un carro nuevo. De hecho, ya era otro estilo de vida el que tenía, pero seguía con mi alcohol. La mayoría de los amigos con los que bebía eran militares, por lo que no salía del Círculo Militar. Los días viernes comenzábamos y era la de no parar todo el fin de semana.

Empezaron a venir más problemas. Ya peleábamos, incluso con golpes. En una de esas, ella estaba embarazada y perdió el bebé. Le hicieron un legrado y estuvo a punto de morir. Yo ya no podía con mi alcoholismo. Las cosas empezaron a cambiar en la parte económica. Eso se reflejaba incluso en la falta de comida en la casa. Jenny dejó de trabajar para cuidar a las niñas y yo seguía gastándome lo que ganaba en el consumo de alcohol. Mi degradación llegó a tal punto, que me enamoraba de las amigas de mi esposa.

Luego Jenny complementa: “Debido a la situación que empeoró en nuestro matrimonio, tanto física, moral y económica, tocamos a fondo con la crisis, luego en uno de esos momentos de bebida al máximo, al siguiente día, Salvador prometió buscar ayuda profesional, ya que casi todos los días, lo quería matar, yo dormía con unas tijeras bajo la almohada. Además me quería ir para los Estados Unidos y me quería divorciar. Esa era la canción de todos los días, no solo en términos de amenaza, sino que era el desahogo de vivir en una desesperación constante, amargura, deseos de morirme, angustiada y sin esperanza. Debido a esa promesa,

efectivamente, Salvador fue a una terapia gradual con un seguimiento diario de 24 horas, de no tomar. Como al mes se empezaron a ver los cambios, juntos, como pareja, asistíamos a las charlas y con el servicio en el mismo lugar se afirmaron los valores de rehabilitación.

Salimos de nuestra situación económica. Fuimos bendecidos y mejoró nuestro estilo de vida. Cambiamos de casa y todo lo demás. Pero los defectos de carácter de nosotros, seguían aflorando, por lo que, nuestras heridas seguían abiertas. Salvador hablaba de buscar a Dios, pero yo rechazaba todo lo que podía relacionarse con Él. Estaba muy lastimada con la vida y le echaba la culpa a todo el mundo de lo que le pasaba, menos a mí. La palabra Dios era tan lejana, sentía que Dios no se podía fijar en mí y empezamos a buscar lugares para mejorar la pareja, terapia para matrimonios, incluso llegamos a mejorar nuestro estilo económico con casas, viajes, pero existía ese vacío que no me lo llenaba nadie. Comencé a sentir depresión, nostalgias, deseos de llorar, remordimientos y Salvador me decía que tenía una familia y todo lo necesario para ser feliz y que era lo que entonces me pasaba. Pero ese vacío se me acrecentaba, no tenía propósitos en mi vida y lo que giraba alrededor sentía que no me podía llenar

Pero, un día por la noche, tomé una Biblia toda llena de polvo y me fui de noche, sin que nadie se enterara y fui a un lugar donde las personas que me recibieron las veía sonrientes, llenas de esperanza y eso me dio envidia. Esa noche me invitaron a recibir

a Jesús y tomé la decisión de entregarle la vida a Él. Eso fue hace quince años. Esa noche fueron perdonados todos mis pecados y se rompieron todas mis ataduras y por primera vez pude dormir como un bebé. Entró Jesús en mi corazón, me enamoré de Él y jamás estuve sola de allí en adelante, la verdad es que tuve un nuevo nacimiento.

A esas alturas yo había dejado la bebida. Cuando empezaron a nacer mis hijos, dejé inmediatamente el alcohol y se desarrolló en mí una compulsión por comprar; es decir que, desarrollé una nueva adicción. Eso causó que no meditara nada de lo que hacía en términos de compra y eso fue lo que nos llevó a una crisis económica.

Empecé a caminar con Jesús, lo cual no fue fácil. Mi esposo me decía entre bromas y en serio, que yo era “la mujer ogro”. Para ejemplificarles como me veía él, cuando me mandaba flores para mi aniversario de bodas, me ponía en la tarjeta que no sabía si me odiaba o me amaba. El veía en mí una fiera, lo maltrataba verbalmente, lo manipulaba, eso había despertado en él una figura de una fiera, de un tigre que estaba en la posición de lanzarse sobre él. Sin Cristo tenemos una diferente manera de vivir, y yo pensaba que me merecía todo en mi vida, debido a que en mi infancia había tenido escasez de lujos, en consecuencia se creó en mí una necesidad de poseer, por ello, ocupaba las tarjetas de crédito. Llegué a tener 18 tarjetas, las cuales las utilicé hasta toparlas. Compraba desmedidamente y guardaba y guardaba zapatos, perfumes, cremas y todo lo que fuera necesario comprar en mi compulsión por tener.

Tenía ansiedad por poseer y el resultado de mi mala administración fue, que tuve que pagar las consecuencias. Dios perdona, pero las facturas de nuestro pecado se tienen que pagar. Llegamos a deber un poco más de \$50,000.00 y llegaban nuestros acreedores a cobrar, embargándonos y avergonzándonos, y un día oí una voz audible que me decía que me matara: “suicídate”, me decía. Pero una voz, que era la de Dios, me decía que no, que me esperaban mis hijos y mi esposo. Me detuve y regresé a mi casa. Empezamos a afrontar nuestra mala manera de vivir y por lo tanto, empezamos a derribar esos dioses que teníamos de materialismo.

Decidimos con mi esposo vender nuestra casa y todo lo que pudiera amortizar la deuda que teníamos. No era fácil para nuestros hijos, porque en nuestra capacidad les habíamos dado comodidades que ellos habían visto como normales, pero Dios quería organizar nuestra vida y establecer nuestras prioridades, por lo que, eso nos dolió. Tomamos la decisión con dolor, pero a la vez con firmeza de depender de Dios y colocar en sus manos cualquier decisión que tuviera que ver con nuestra familia y con nuestro matrimonio. Y la primera petición fue que Él organizara nuestra vida.

Hoy en día, tenemos un matrimonio estable, vivimos el uno para el otro y pensamos igual, soñamos igual y nos interesa pasar el resto de nuestras vidas en plena armonía. En consecuencia nuestros hijos son una bendición, están fuera de cualquier problema de los que nosotros pasamos, están libres de cualquier atadura. Soraya tiene hoy 24 años, una alumna con medalla de oro en su bachillerato, salió de uno de los mejores colegios del país; por sus calificaciones

excelentes, no tuvo necesidad de someterse a exámenes finales del último año de bachillerato. Hoy está casada con un médico quiropráctico americano y reside en Dallas. Raquel, es aeromoza actualmente y está casada recientemente. Salvador Alexander, igualmente, no hizo exámenes en su bachillerato, trabaja con una multinacional.

Estamos restaurados por el poder de Jesús, somos una familia restaurada. Actualmente le servimos al Señor en la Fraternidad. Hemos entendido que si no dejamos que Dios gobierne nuestras vidas, la consecuencia es un fracaso total en todas las áreas que toca el ser humano. Estamos por cumplir 28 años de casados, estamos en la plenitud de nuestro matrimonio y en la espera de nuestros nietos. Esperamos siempre nuevos milagros en nuestras vidas, ahora que Dios es nuestro Señor. Y ahora entendemos que todo lo que sucedió en nuestras vidas, fue por el propósito de ayudar a otros matrimonios y llevarlos al conocimiento de Jesús. Los errores que cometí como madre, estoy tratando que otras no los cometan, ahora en día. Mi servicio es a través de mi capítulo y a través de mis hijas, y les enseño que solamente sometidas a nuestro Dios, vamos a someternos a nuestros maridos, y en consecuencia vamos a ser mujeres virtuosas, sabias y exitosas”.

Reflexión sobre la Palabra de Dios:

Pablo deslumbra a cualquiera con su alta capacidad de responder a los problemas que se venían dando en las iglesias con las que man-

tiene relación en el primer siglo. De hecho, entendía mejor que nosotros el sentido propicio que desarrolla el matrimonio como núcleo de encuentro del hombre y la mujer destinados a caminar de por vida, formando una familia y aportando con el trabajo y sus valores, al desarrollo de una sociedad. Por ende, las consecuencias de un matrimonio en crisis, colocaba crisis segmentadas al interior de esa iglesia en ciernes. Pablo sabía además, que la comunicación entre dos seres que se atraen, puede generar consecuencias positivas o negativas en la integración de esa familia, por eso escribe:

“Bueno le sería al hombre no tocar mujer. Sin embargo, por causa de las fornicaciones tenga cada uno su propia mujer, y tenga cada una su propio marido. El marido debe cumplir con su mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con su marido... digo, pues, a los solteros y a las viudas, que bueno les sería quedarse como yo; pero si no tienen don de continencia, cásense, pues es mejor casarse que estarse quemando” (1ª Corintios 7:2-3;8-9).

Y si hay alguien que entiende perfectamente el proceso que tiene nuestro cuerpo y su facilidad de intoxicación, es Pablo mismo: “Todas las cosas me son lícitas, pero no todas convienen... Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor y el Señor para el cuerpo... ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? ¡De ninguna manera! ¿O no sabéis que el que se une con una ramera, es un cuerpo con ella? Porque ¿No

dice la Escritura: ‘Los dos serán una sola carne’? Pero el que se une al Señor, un espíritu es con El. Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; pero el que fornicar, contra su propio cuerpo peca. ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual habéis recibido de Dios...?’ (cf. 1ª Corintios 6:12-19). “¿Acaso no sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios está en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él, porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es” (3:16-17).

Normalmente nuestra mente no llega a profundizar en este campo de la manera que Pablo nos expone el compromiso que tenemos sobre nosotros mismos. Y si hacemos un recuento de cómo va introduciéndose en nosotros el pecado, lo primero que salta a nuestros ojos es la manera en que nos estamos asociando y con quien lo estamos haciendo. De nuestros amigos, compañeros y la forma como ellos hablan o difunden las ideas, que son puentes de repetición de otros, es que encontramos el alimento a pecar. Nuestra mente se va llenando de esos pensamientos y nuestra carne reacciona. Y normalmente eso está integrado al tema del sexo. Los medios de comunicación masivos son el instrumento privilegiado para hacer que esa corriente de pecado alimente nuestra concupiscencia.

Entonces, ya el pecado no está sólo afuera, ahora el pecado está en mí, Pablo mismo lo expresa: “lo que hago, no lo entiendo, pues no hago lo que quiero, sino lo que detesto, eso es lo que hago hacer”

(Romanos 7:15). Y como somos una máquina reproductora, inmediatamente nuestra mente empieza a volar por el placer. Y existen normas en esa asociatividad que rigen las relaciones, para el caso: las fiestas no son buenas sin el licor de por medio. El trago social es controlado hasta cierto punto, luego viene la borrachera para sentir que hemos aprovechado el placer al límite y abundan los motivos. Y a veces no conforme con ello se desplazan en nuestro cuerpo, otras drogas y estimulantes que llenan muchas veces el vacío de aceptación de la sociedad. Y llega el pecado a parecernos tan normal porque no dañamos a otras personas, supuestamente, Pero, como sabemos, las cosas nunca terminan allí. Media vez el pecado domina nuestra vida, sin que nos demos cuenta, empezamos a tocar con esa misma sensibilidad a la gente que nos rodea.

Por eso, démonos un momento para recordar nuestro nacimiento, a manera de ilustración. En verdad no tenemos ni el más mínimo detalle de ese instante. Tal vez nos podamos imaginar o recrear algunos aspectos a partir de lo que nos dicen nuestros padres. Pero en verdad no nos acordamos. Y por muchos intentos que hagamos a través de fotografías, nuestra mente es nula en recoger ese evento.

Ahora bien, ¿quién de nosotros duda que ese día ha sido el más importante en cuanto a romper la dependencia y salir de un vientre caliente y además comenzar a respirar con tus pulmones y comer con tu boca y empezar a ocupar todo ese desarrollo que se dio durante nueve meses? Ese día se cortó el cordón umbilical y con

él, se inició un nacimiento. Y si ese acontecimiento lo celebramos año con año con pompa, es porque representa mucho de nuestra estancia en un planeta en el que venimos a aportar, no sólo a arrojar basura o contemplar escenarios que se construyen con la creatividad de los demás. Y si tenemos una mente de lógica, al principio cuidan nuestro cuerpo y luego nos enseñan a cuidarlo por nosotros mismos, desde la ingestión de alimentos adecuados, en el tiempo adecuado y con las herramientas adecuadas, hasta como nos cubrimos, nos movemos o simplemente vigilan el desarrollo de las defensas innatas como los reflejos. Eso sin tocar todos los aspectos que nos preparan psicológicamente para enfrentar la vida: el primer día en el jardín de niños, el consuelo ante el llanto, las reacciones ante nuestras enfermedades, la colocación de las vacunas para protegernos. Todo eso, también lo sentimos y se va convirtiendo en una apropiación y va formando nuestro carácter.

En esa misma línea, el creyente al aceptar el Señorío de Cristo en sus vidas, comienza un nuevo nacimiento. Hay dos pasajes en la Escritura a los que haremos referencia de ese nuevo nacimiento:

Zaqueo era un publicano, recaudador de impuestos para el estado romano y por ende repudiado por su pueblo. Este hombre no sólo cobraba el impuesto sino que, le agregaba otro tanto porque esa era su forma de sobrevivir y por lo tanto era rico. Zaqueo era pequeño, pero era tal su entusiasmo por querer ver a Jesús, que hizo lo necesario para subirse a un árbol de sicómoro y de esa manera tenía un panorama completo sin que nadie le estorbara. Y

esto es cierto, a todos se nos llega el tiempo de subirnos al árbol para divisar a Jesús y en consecuencia El nos llama a bajarnos y querer hospedarse en nuestra casa, tal como lo hizo con Zaqueo. Constantemente Jesús está tocando a nuestra puerta y queriendo cenar con nosotros, pero llega ese momento y fijémonos en la reacción de Zaqueo para ilustrar cómo nos hemos sentido nosotros: “—Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que me hospede en tu casa. Entonces, él descendió aprisa y lo recibió gozoso” (Lucas 19:5).

Y la reacción de arrepentimiento no se deja esperar. Ya hemos insistido en ello en otros capítulos. El arrepentimiento con nuestros hechos, es una forma de alabar a Dios y agradecerle su perdón: “Al ver esto, todos murmuraban, diciendo que había entrado a hospedarse en casa de un hombre pecador. Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: —Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguien, se lo devuelvo cuadruplicado. Jesús le dijo: —Hoy ha venido la salvación a esta casa, por cuanto él también es hijo de Abraham, porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (19:7-10).

Por otro lado, Nicodemo, quien era fariseo y miembro del Sanedrín, llegó donde Jesús de noche, muy probablemente porque estaba ocultando su encuentro, aunque después, producto de esa reunión y aprendizaje, abogó ante las autoridades para que se tratara justamente a Jesús y proveyó las especies para ungir el cuerpo de

él. Pero al igual que Zaqueo, Nicodemo salió a buscar a Jesús e inquirir sobre el real sentido de las cosas que estaba haciendo Jesús: “—Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él. Le respondió Jesús: —“De cierto, de cierto te digo que el que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:2-3).

Resulta impactante la forma como Jesús reacciona a una pregunta que supuestamente no tiene nada que ver con su respuesta. Pero Jesús tiene claro todo, sabe todo lo que va a pasar y trae a cuentas el tema de la conversión desde otro ángulo. Por ello ocupa el nacimiento de una persona, acontecimiento al que todos estamos acostumbrados, para enseñar la importancia que tiene visualizar las implicaciones que se dan al encontrarse con Jesús: “Nicodemo le preguntó: —“¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre y nacer? Respondió Jesús: —De cierto, de cierto te digo que el que no nace de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios. Lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo aquel que nace del Espíritu” (Juan 3:4-8).

Entonces, el nuevo nacimiento es morir en la carne y dejar la libertad para que viva plenamente el Espíritu. Y a eso se refiere la Escritura cuando nos dice Jesús: “Yo he venido para que tengan vida y que

la tengan en abundancia”. Lo que sucede es que creemos que vivir en la carne y en los placeres que da la carne, es tan natural y da la imagen que tenemos vida, pero esa vida es transitoria y corrupta. Y luego, como nos hemos acostumbrado a esos placeres, nos resulta difícil entender que la vida en el Espíritu puede ser mejor que ella. Y aunque parezca contradictorio con el mundo en el que vivimos y en los lugares en donde se deja reinar a satanás, el culto al sexo, al alcohol, a las drogas, a la violencia, al asesinato, al robo, a la vanidad, es la carne por encima del Espíritu. Y las consecuencias para un creyente en ese orden de las cosas, es tristeza, porque no deja vivir al Espíritu que ya está en él. Por eso decimos que tenemos contristado al Espíritu. Ya no somos de satanás, pero hacemos las obras de él.

Jesús nos llama a romper inmediatamente con ese viejo hombre y ponernos en función del nuevo nacimiento. Y es mejor estar convencidos en nuestra mente que los pasos que hagamos tienen sentido, porque eso redundará en la firmeza de las convicciones y por ende, en resultados de victoria. Somos como roca y no como arena del mar, para que Cristo construya su casa.

Y la prueba mayor de que somos del Señor es expresar con todo nuestro corazón que nos salvó de los pecados y nos puso en la vida eterna. Entonces empieza a fluir el Espíritu Santo y hay dones y hay crecimiento: “Por tanto, os hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios dice de Jesús: ‘¡Sea anatema!’”, como tampoco nadie puede exclamar: ‘Jesús es el Señor’, sino por el Espíritu

Santo” (1aCorintios 12:3). Por lo tanto, ese nuevo estado, fortalecido por la oración y la lectura consistente de la Palabra de Dios, hace valorar de manera diferente nuestro cuerpo. No solo por lo que le introducimos, sino que, a la vez, por lo que sale de él, Es en ese momento que podemos comprender el rol del matrimonio como Jesús lo proyectó:

“Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó no lo separe el hombre” (Mateo 19:5-6).

Esa es la declaración más completa que Dios se satisface en la unión conyugal, en donde existe la libertad para conocerse el uno al otro en todo sentido. Además de asociarse correctamente para promover los valores del reino de Dios y transmitir esa misma obediencia a su descendencia. Y de ahí vienen las promesas a la familia. Y ese encuentro entre dos personas hablando continuamente de Dios y el nuevo nacimiento, hace que la vida tenga otro sentido en relación a la carne. Porque esa carne si viene del Espíritu, pero hay que cuidarla, cuidándonos mutuamente, porque somos templo y morada del Espíritu Santo.

Así como normalmente nos alegra celebrar nuestro nacimiento, ese día lo comentamos con nuestra sonrisa y lo difundimos con nuestra mirada; así de esa manera, podemos celebrar el nuevo nacimiento en Cristo Jesús, todos los días de nuestra vida.

Solamente ese sello de compromiso nos puede ayudar a trabajar correctamente las tentaciones y caminar, si acaso no podemos manejar nuestro cuerpo, hacia un estado matrimonial de amor en la pareja y bendecido por Dios.

CAPITULO V

LA FE, LA ESPERANZA Y EL AMOR

A manera de Testimonio:

Mi nombre es Minnie Jiménez. Tengo 37 años. Nací en México y me crié en los Estados Unidos. Tengo tres hijos, la primera de ellos, una linda bebé de 15 años y gemelos de 5, que son mi adoración y después de mi Padre Dios, son el motivo de mantenerme viva. Vengo de una familia muy unida, a mis ocho años mi madre se fue para Estados Unidos y nos dejó a mis tres hermanos y a mí con una tía. Ella se casó después de un año y él nos adoptó. Me desarrollé en un hogar conflictivo, él llegaba al hogar con 4 hijos y mi madre con otros 4, y no nos llevábamos bien, pero sobrevivimos varios años así.

Por las limitaciones económicas dejé la escuela y me puse a trabajar a los 14 años. Hacía trabajos lo más lejos de la casa, eso me ayudaba a estar fuera de un lugar en donde no me sentía querida y no les importaba lo que hacía. Me casé a los 16 años con una persona mayor que yo, pero maravilloso compañero de trabajo, quien con el paso del tiempo se fue ganando mi cariño. Recuerdo que cuando me dijo que era de El Salvador, les juro que jamás había escuchado

hablar de ese país. A ciencia cierta no sabía que existía, sin saber que con los años sería el país de la residencia mía y de mis hijos, país al que llegaría amar tanto.

Yo considero que al principio acepté a este hombre por el deseo de huir de mi casa y por sentir el aprecio de alguien. Empecé a tenerle cariño y con el tiempo se convirtió en la adoración y amor que jamás pude haber tenido por alguien. A los 17 años me casé y me fui de la casa, él tenía 18 años más que yo, casado dos veces y tenía hijos en El Salvador. Nos fuimos a vivir a un apartamento pequeño, pasamos penurias e incomodidades, pero era feliz. El trabajaba de día y yo de noche, y solamente nos veíamos en los días de descanso. Trabajamos duro y sin parar por dos años, luego decidimos poner un negocio pequeño con nuestros ahorros, era un restaurante de comida mexicana, era algo en que los dos teníamos experiencia. A un año, ya habíamos inaugurado un nuevo restaurante, teníamos casa propia, varios empleados que dependían de nosotros y vivíamos el “sueño americano”. En suma éramos un matrimonio feliz, nuestra bebe nació seis años después y nos amábamos.

Como toda su familia, hijos, madre y hermanos vivían en El Salvador, él viajaba dos veces al año a verlos, hasta que un día decidió que quería pasar los últimos años de vida al lado de su madre para hacerla feliz. Como esposa lo apoyé e hicimos planes. Se hicieron los arreglos con la casa, la venta de los negocios y mi corazón se partió en dos: la familia que dejaba y mi esposo y mi hija.

Llegué a vivir a un país que no conocía, en el que me sentía fuera de lugar, extranjera, sin amigos y teniendo de familia únicamente a él y mi hija. No tuve necesidad de trabajar fuera de la casa, me tenía como una reina. Tenía la casa preciosa, carro del año y solo me dedicaba a atenderlos a ellos. Se convirtieron en mi mundo, pero al quedarme sola me vinieron las depresiones y con ellas el sobrepeso, llegué a pesar 290 libras. Aunque él me amaba así. Mi ritmo se rompía únicamente en las navidades, cuando salía a visitar a mi familia por el lapso de un mes. En el año de 1998, salí nuevamente embarazada y nacieron mis gemelitos, niña y niño. Pero ese mismo año murió mi suegra y mi esposo lloró y sufrió mucho, eso hizo que él se acercara a Dios y por eso lo amaba y lo admiraba más todavía. Era el momento propicio de comenzar nuestro regreso a los Estados Unidos y comenzó el proceso de la venta de propiedades.

Por el luto de mi suegra, en la casa no se celebraban las navidades, pero en el 2001 ya había mermado el dolor y él comenzó los preparativos con entusiasmo, incluyendo el regalo para mí, que era mandar a traer a mi madre y hermana para que conocieran su país. Su llegada estaba programada para el 14 de diciembre. Mi esposo estaba feliz, orgulloso porque mi familia vería por primera vez El Salvador. Arregló la casa, colocó el árbol de navidad y se ocupó de todos los detalles que hicieran de la estancia de mi familia, la más placentera.

Un día antes que ellas vinieran, me llamaron y me dijeron que se estaban yendo hacia el aeropuerto y que Dios mediante nos vería-

mos mañana. No sé porqué, pero en medio de un presentimiento, se me ocurrió decirles: “si no llego, me esperan, no se vayan a ir...” y nos reímos simultáneamente.

El 14 a las cinco de la mañana, nos levantamos y dispusimos llevar únicamente a los gemelos y no a la niña, para que el regreso fuese cómodo para mi familia. Todo era felicidad. Hacíamos planes de cómo pasaríamos la navidad. Usualmente nuestro camino regular desde la ciudad de Santa Ana, al occidente del país, la ruta era por la carretera al Puerto de La Libertad, de esa manera evitábamos pasar por San Salvador. Pero por estar esa carretera en reparación, él lo sabía porque había utilizado esa ruta varias veces esa semana, decidimos irnos por San Salvador, ocupando la carretera a Comalapa. Aduciendo que se le iba a ensuciar la camioneta, me informó que nos iríamos por San Salvador. Yo le hice un ademán y le dije: “lo que tú quieras mi amor”. Sin embargo, cuando llegamos al desvío, él tomó la misma carretera al Puerto. Lo inquirí: —¿qué pasó? Y me contestó: —Ya me vine por aquí, me voy a ir con cuidado.

Adelante de Zaragoza, donde comienza un ciclo de curvas, un poco antes de llegar al Puerto, observamos un carril terminado y el otro en estado de terracería. El era una persona muy precavida para manejar y si viajaba con los niños, aún más. No obstante, hizo un giro para pasarle a un camión grande de acarreo de tierra, lo cual hizo por el carril izquierdo. No se que pasó, pero al concluir la maniobra de giro, el carro tomó una velocidad inusitada y sin con-

trol por parte de él. No me acuerdo si gritaba, pero él me llamaba a calmarme. En eso estaba, cuando la camioneta dio un brinco repentino e inmediatamente dio cuatro vueltas: caía sobre las ruedas, daba otra vuelta, caía sobre el techo, daba otra vuelta, hasta que finalmente paró, quedando nuevamente sobre las ruedas. Yo había quedado acostada sobre el asiento donde mi esposo viajaba. La puerta del conductor estaba abierta como si él se hubiera bajado y mi primera impresión fue que había bajado a pedir ayuda. Me incorporé, después de unos segundos en los que perdí el conocimiento, escuché a mis hijos llorar, revisé mis pies que estaban encima del tablero, el parabrisas estaba roto y no podía bajarme. Hasta ese momento no terminaba de comprender lo que había pasado. Me sentía bañada en sangre, pero no sabía nada. Sin meditar mucho, empecé a clamar a Dios que no me dejara morir. Esa frase la repetía constantemente: “no me puedo morir...”.

El carro había quedado frente a la carretera cuando observé que un autobús se paró enfrente de mí, mi reacción fue que iba a tener ayuda. Por el contrario, algunas personas comenzaron a robarse algunas cosas, entre ellas, la cartera de mi esposo. Luego de esa operación, el autobús siguió su marcha y el pánico cundía más en mí al escuchar los gritos de mis hijos y que no podía verlos. Otras personas que supongo vivían cerca del accidente, me ayudaron a sacar los pies del vidrio, a mis hijos los sacaron del carro. Siempre dentro del carro, empecé a preguntar por mi esposo, esa era mi constante en ese momento, a lo que me decían que me calmara y esquivaban la mirada de mí. Me dijo: “tome esta camisa y tápese

por favor”, después comprendí que era porque tenía la cabeza y mi cara destrozada. Pero dolor físico no existía, mi preocupación era mi esposo y que no me fueran a robar a ninguno de mis hijos. Hubo una mujer que se me acercó y me mencionó que vivía cerca de allí y que se llevaba a los niños, me imagino por el grado de destrozos que veía; pero, inmediatamente reaccioné que mis hijos nadie los movía de allí. Y miré como los sentaron en el suelo al lado de la camioneta y ellos miraban, a la vez, asustados hacia la camioneta donde yo estaba. Sin lugar a dudas, el Señor me dio fortaleza, tomé el celular, llamé a una amiga y le di instrucciones para ir al aeropuerto y llevar a mi familia a mi casa y le recomendé no decir nada. Después llamé a la familia de mi esposo y les conté el accidente, me preguntaban por él y no sabía que decir.

Cuando me cansé de esperar sobre su paradero, decidí bajarme del carro y un señor me detuvo. El mismo me dijo que mi esposo estaba muerto bajo el vehículo, fueron las palabras más duras y dolorosas que he escuchado en toda mi vida. Lo que sucedió fue que, al dar la primera vuelta, el vehículo se hizo al lado del conductor compactando el techo y golpeando el cráneo de él, al mismo tiempo se abrió la puerta y como no llevaba cinturón, salió despedido rodando y la camioneta, a la misma vez, dando vueltas detrás de su cuerpo. Por el impacto murió instantáneamente. Al final, la camioneta se detuvo encima de su cuerpo.

Al fin llegó una ambulancia, me dejaron que bajara de la camioneta y caminé hacia ella. En todo ese tiempo mi preocupación era por

mis hijos y mi esposo, jamás me di cuenta de la gravedad de mis heridas. Me llevaron al Hospital “San Rafael”, no había sala para operarme, no habían medicinas para el dolor, solo me dejaron en una esquina. Estando allí, escuché las burlas de los enfermeros, unos a otros se decían: “mirá, ya viste, se le ven todas las muelas” y se reían. Me llevaron a radiografía. Las enfermeras me quitaron las prendas de oro y no me las regresaron. No se cuanto tiempo pasé en esa sala, hasta que sentí que entró mi hermana. Sentí un gran alivio. En ella encontraba terror y dolor, pero no me decía nada. Le entregué a mis hijos y ella me decía que no me iba a morir. Yo bien sabía que mis heridas no me dolían, lo que me dolía hasta el alma era el pensar que lo que más amaba en la vida, se me había muerto y ya no estaba conmigo.

A todo esto no pensaban operarme porque no había sala, por lo que tendríamos que esperar hasta el día siguiente. Cuando aparece un ángel enviado por El Señor. Era un cirujano plástico que jamás pasa por emergencias, él hace su trabajo y se va. Ese día, cambió su rutina y me vio tirada en una camilla. El no podía hacer nada, simplemente les dio órdenes que me pusieran una gasa en la cara para evitar infecciones y se fue. Al llegar a la puerta de salida, vio a mi madre, mi hermana y mi sobrina, abrazadas y llorando. Entonces, les preguntó que si eran mi familia, a lo que ellas asintieron. Les dijo que me sacaran inmediatamente de allí, de lo contrario me iba a morir. Mi mamá le pidió ayuda, y le comentó que no conocían a nadie en el país. El hizo los movimientos para otro hospital y antes de entrar a sala de operaciones, les di las

instrucciones para velar a mi esposo, pedí que llamaran a sus hijos en los Estados Unidos y que mantuvieran su cuerpo por dos noches, por los que tenían que venir.

A la mañana siguiente después de la operación, como pude me levanté y pedí que me sacaran del hospital. El médico me decía que no era prudente, pero yo quería estar con mi esposo. El accedió, no sin antes tener una serie de discusiones y bajo mi propia responsabilidad me dejó salir, con la condición que regresara. En mi mente estaba acompañar a mi amor una noche más, aunque fuese solo su cuerpo.

Bien recuerdo haber salido en silla de ruedas, con la cabeza vendada y la mitad de la cara vendada con drenos, además de una pierna enyesada, los dos brazos enyesados y un dolor, pero un dolor tan grande en mi corazón por la pérdida de mi esposo. Cuando llegué a la funeraria pedí que me acomodaran junto al féretro, no podía tocarlo, ni abrazarlo, parecía como dormido. Le habían puesto la ropa que iba a estrenar esa navidad. Como pude, empecé a reclamar en forma de gritos, lo que había pasado, por qué se había muerto, por qué me había dejado sola. Lo velé toda la noche del sábado y el domingo lo enterré. Me llevaron en silla de ruedas hasta el lugar, yo entré en una pasividad sin regreso, no hablaba, no lloraba, solo veía como enterraban lo más bello de mi vida: los diecinueve años de felicidad, los diecinueve años de matrimonio.

Me fui a mi casa y me encerré. Realmente quería morir y me abandoné en ese estado. No sabía que hacer. Mi mundo se había

acabado. Mi vida no tenía más sentido. Me levantaba por las mañanas y no tenía a quien atender, por lo que me encerraba de nuevo. No dormía, reclamaba todo el tiempo, preguntaba por qué a mí, no comprendía nada de lo que me estaba pasando, el por qué me había dejado sola. El resultado de mi frustración era que solo me quería morir. En mi dolor a cuestas, me iba al cementerio por horas y conversaba con él. A veces lo quería desenterrar para verlo una vez más. Otras le reclamaba el por qué me había dejado sola en tierra extraña. Mi familia regresó a su casa, eso complicó más mi soledad, me refugié en el alcohol, empecé a tomar seguido, muy seguido. Abandoné a mis hijos, esos hijos por los que luché ese día y por los que clamé a Dios. A esos mismos abandoné. La empleada se ocupaba de ellos y salía de mi cuarto cada tres días, preguntaba por ellos y me volvía a encerrar a tomar y ahogar mi dolor. Había ocasiones en que perdía el conocimiento y la empleada me levantaba y me llevaba a la cama. Ella fue cuidadosa, no permitía que mis hijos me vieran así. Pero, un día, mi niña de cinco años entró y me vio tirada, me frotó la cabeza y llorando me dijo: “mami, no quiero que mueras como mi papi”. Me dio vergüenza y dolor —ahora comprendo que no era la niña, si no que, Dios hablándome: Vas a desperdiciar la oportunidad que te di.

Inmediatamente me levanté, doblé mis rodillas y le pedí a ese Dios con el cual me había peleado y del que no me había acordado mientras fui feliz, que me ayudara, que me diera la fortaleza que necesitaba para vivir y sacar a mis hijos adelante. Al siguiente día

ya no tomé. Empecé a cambiar mi vida. Empecé una dieta. Me puse a cuidar a mis hijos e inicié un tratamiento psicológico. En medio de ello, me encontré con un grupo precioso de mujeres de la Fraternidad y acepté el señorío de Cristo en mi vida, como mi único y suficiente salvador. Comprendí que Dios nuestro Señor, siempre tiene un propósito en nuestras vidas y el mío era que sufriera y llorara para que pudiera entender y ayudar a muchas mujeres que también están solas y no han podido entregar su vida a Cristo.

Ahora, tengo una vida activa en mi Capítulo, tengo un grupo de mujeres para estudiar la Biblia, me congrego en la semana y principalmente, me gozo sirviéndole a El Señor donde hay una persona necesitada o enferma a través de la oración. Estoy clara que todo lo que haga es poco para pagarle a mi Dios todas las maravillas que ha hecho en mi vida. El me cambió, me hizo comprender que sin El no somos nada. Me sacó del dolor, de la depresión, del alcoholismo, de la obesidad y de mis temores. Me hizo tener el valor de volver a manejar un vehículo. Me dio la seguridad, me dio amor para los demás y después de varias operaciones de reconstrucción en mi cabeza y rostro, estoy lista, como toda una guerrera, alabando y glorificando el nombre de Dios.

Reflexión sobre la Palabra de Dios:

Pablo escribió a la iglesia de Corinto, uno de los poemas más bellos que existen en el Nuevo Testamento, sobre la prioridad que tiene el amor: "... el amor es sufrido, es benigno, el amor no tiene envidia;

el amor no es jactancioso, no se envanece, no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, sino que se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta... Ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor” (cf. 1ª Corintios 13).

El espacio del amor es tan amplio y no respeta tiempo ni actores. El mandamiento por excelencia es: “amarás al Señor tu Dios, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con toda tu mente, y a tu prójimo, como te amas a ti mismo”. En el amor no existen reservas o se da todo y se gana todo o se limita y se desvanece el encanto. Nuestro Padre conocía de cerca el sentimiento del ser humano en cuanto a que le es muy fácil la práctica de todo lo que riñe con el amor, es el amor al revés. Y en consecuencia sabía que el resultado de esa actividad sería el pecado y automáticamente, el rompimiento de cualquier relación de estabilidad entre el Padre y su creación, que somos nosotros. Por eso nos amó de una de las formas más bellas: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16). Por esa declaración y que es por sí misma providencial para el rescate de nosotros del pecado, Dios confirma que nos ama en forma continua y nos busca y nos halla y nos recoge y nos ama por siempre.

Nótese que los lugares que ocupan la fe y la esperanza en el esquema de la salvación y el proyecto de ser pueblo de Dios, resultan tan

importantes que nos es muy fácil medir el impacto de ellas. De hecho todo el proyecto del Pacto de Dios con Abraham, está estructurado a partir de la fe. El le envió a iniciar un pueblo en una tierra que no conocía y que sería padre de una generación a la que él ni siquiera conocía un hijo y que a la edad que tenía junto a su esposa, tenía razones para dudar de la veracidad ofrecida. Por encima de ello, fe es un don espiritual dado por Dios a todo aquel que busca la salvación en Cristo Jesús. Por medio de la fe es posible conocer el carácter, la voluntad y los propósitos de Dios, según El los ha revelado (Hebreos 11:3).

El desarrollo de la fe se logra mediante la disciplina espiritual diaria; es decir, confiando plenamente en la gracia de Dios en todas las circunstancias de la vida. La fe es fundamental para lograr una experiencia cristiana abundante y rica. Pedro describe exactamente el sentido de la fe, a la semejanza de nuestras conclusiones anteriores:

“Por lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que, sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro (el cual aunque percedero se prueba con fuego), sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo. Vosotros que lo amáis sin haberlo visto, creyendo en El aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso, obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas” (1ª Pedro 1:6-9).

Y que decir de la esperanza, que es la virtud cristiana que opera como recurso mental y espiritual para hacerle frente al futuro. Al estar centrada en Dios, Señor de todas las instancias de la vida y en quien se halla gracia y misericordia, la esperanza le permite al cristiano enfrentar con optimismo y seguridad lo que haya de suceder. La esperanza en Dios mediante Jesucristo adquiere mayor profundidad, fuerza y dirección gracias a la participación del Espíritu Santo. El apóstol Pablo trabaja la esperanza en medio de la vida en el Espíritu:

“La creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza. Por tanto, también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora. Y no solo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo, porque en esperanza fuimos salvos, pero la esperanza que se ve, no es esperanza; ya que lo que alguno ve ¿Para qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos” (Romanos 8:20-25).

Son la fe y la esperanza, pilares indiscutibles del cristianismo en cuanto a su conjunto de dogmas y creencias. Pablo las coloca

integradas al amor, como el tejido inseparable de ese colchón de herramientas básicas del creyente. Pero, privilegia sobre ellas el amor, dado que, está en relación con los mandatos divinos que el amor es la base de cualquier doctrina, incluyendo, por tanto, la fe y la esperanza. Esto no es tan sencillo de entender, porque no estamos acostumbrados a bregar con temas doctrinales en nuestra vida diaria. Simplemente repetimos y repetimos, y por esa repetición asumimos. No obstante, llega el momento que las pruebas aparecen en medio de nuestro quehacer y tenemos que tener bien clara nuestra mente en cuanto a lo básico de nuestra creencia. En esos momentos es que sirve reaccionar serenamente, confiadamente y sin perder la estabilidad. Es en esas fracciones de segundos que lo que hemos leído de la Escritura hace su aparición. Es el tiempo que debemos llamar rápidamente a la humildad y pedir a Dios con todas nuestras fuerzas a que mande sus ángeles y arcángeles a ayudarnos. Es el tiempo que nuestras fuerzas se agotan y se terminó el coraje y valentía humanos y por desgracia aparece normalmente la depresión, el temor y el miedo a lo desconocido. Y ante ello no nos queda más que suplicar: “de igual manera, el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad, pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu intercede por nosotros con gemidos indecibles... Sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Romanos 8:26 y 28).

Toda la Escritura nos previene, orienta y define un mapa por donde caminar exactamente para que nada nos dañe. El mantener una

lectura constante y disciplinada de las Sagradas Escrituras, hace que nuestra mente siempre tenga herramientas de instrucción para enfrentar las tentaciones y pasar las pruebas con un alto grado de aprobación y dejando huellas sanas para compartirlas con gozo con otras personas.

Por otro lado, la oración es una herramienta que Dios la ratificó plenamente en la ejecución de su ministerio. Él personalmente utilizó la oración como manera para comunicarse con El Padre. El día de su captura, Jesús había estado orando en el Monte de Los Olivos, pasando de esa manera en guardia y no en pasividad. La oración es la mejor comunicación para sentar las bases de ese creyente que está lleno de Biblia por dentro y transpira promesas y más promesas, lo mismo que se advierte de errores que no debe cometer, porque sabe lo que se le viene encima.

De hecho, más temprano que tarde, cualquier persona, sea creyente o no, tendrá que enfrentarse con hechos sin previo aviso en los que se pondrá a prueba su temple, pero mayor aun, su relación con Dios y el amor con sus semejantes. Minnie ha sido generosa en detallar las circunstancias por las que pasó. Cualquiera de nosotros podría pensar que ella no estaba preparada para recibir ese impacto. Y nosotros decimos que Dios no se equivoca. Tenemos un Dios que transforma nuestros problemas en aprendizajes y desarrollo de crecimiento, por lo tanto nos deja ganancia en la estabilidad y madura nuestra vida. Nos hace más consistentes y nos llegamos a convertir en árboles grandes y con frutos, lo que redundará en que

nuestro testimonio guía a aquellas personas que están pasando por circunstancias similares.

Pero no podemos pasar por alto el hecho que perder un ser querido y todavía más un esposo o una esposa, dejan huellas imborrables de cosas que se pudieron hacer y no se hicieron, o las que se hicieron mal, en suma, deja remordimientos, algunos pequeños y otros demasiado grandes. Perder a alguien cuando la separación es radicalmente repentina, es todavía más grave. Lo que quedan son los detalles de los días anteriores y mucho más las últimas horas de comunicación. Uno revisa detalle tras detalle y se encuentra con la duda sobre si lo que pasó pudo ser mejor o debió evitarse que pasara. El espectro de las posibilidades no lo deja a uno sobreponerse porque aprende a vivir en el pasado, queriendo revivirlo y de esa manera mantenerse comunicado con el ser que uno ama.

Ese amor que solamente han sentido las personas que han perdido a un ser querido y tan cercano como el esposo y la esposa, que sea de un número de años mayor al que haya pasado con cualquier persona y que esté dispuesto a cambiar su vida por el o la que se fue, ese amor y de ese amor hablamos hoy, es el que más se aproxima al amor ágape de Corintios 13. Y es el amor que ha desarrollado en una plenitud, sin techo, Dios hacia nosotros. No digo que otra gente que no haya tenido experiencias como ésta no logren entender a ciencia cierta este amor o acaso experimentarlo algún día, pero hoy, tendrán que apreciarlo a través de la experiencia de las personas que lo han pasado ya.

Miniiie, viuda, extranjera y madre de tres hijos, supera sus limitaciones porque Dios es amor y a través de la pérdida de su esposo, es que Dios la encuentra definitivamente a ella, para ya no perderla, no sólo por ella, sino por sus hijos, que en definitiva son, el reflejo de un padre que seguirá vivo en la memoria de quienes le aman.

Hay cosas que uno quisiera cambiar de una sola vez. A veces tenemos la intención de retroceder el tiempo con el claro objetivo de saborear algunos de los momentos más felices que tuvimos con quienes amamos. Otras nos llama la atención de que se nos aparezca visiblemente a quien perdimos y amamos, y de esa manera conversar sobre cosas que hoy nos interesa saber, pedirles su opinión o simplemente reír o llorar o mirarse. Pero no podemos. Quedan las fotografías o los videos u otras formas sonoras, pero no llenan la expectativa de cubrir la fantasía de animar un diálogo sobre hechos reales, sobre lo que está pasando con los hijos, los nietos, los amigos o simplemente sobre las plantas que quedaron pequeñas al marcharse. Esto no lo puede entender cualquier persona. Solo los escogidos del dolor y aquellos que desarrollan una empatía tal con la prueba, que lloran con el mismo quejido de llanto amargo.

Para todos ellos y ellas, Jesús se subió a un monte un día y dijo: “bienaventurados los que lloran, porque recibirán consolación...”

CAPITULO VI

ESTEBAN, EL MARTIR DEL PERDON

A manera de Testimonio:

Mi nombre es José Antonio Almendariz Rivas, nací en Ahuachapán el 7 de mayo de 1952, el día del Soldado. Mis padres se separaron cuando yo tenía dos años y me crié con mi abuelo y mis dos tíos. Estuve siete años de acólito en la iglesia El Calvario y a temprana edad quise entrar en el seminario pero no se me permitió porque mis papás no eran casados.

Un día le dije a mi hermano que iba a entrar a la Escuela Militar y él pensó que yo no aguantaría, me dijo: “por que esa es cosa de hombres”. Eso tocó mi orgullo y me fui dos meses al cuartel con él para prepararme. Los “chicharrones” (así llamados a los ejercicios continuos en un cuartel), que me metió en el cuartel nunca me los metieron en el resto de mi vida. Entonces entré a la Escuela Militar y me gradué cuando cumplí veinte años y como antes la mayoría de edad era a los veintiuno, yo no sabía si hacerle caso a mis jefes o a mi mamá.

La primera vez que entré en combate fue en 1976, me tocó sacar mi tropa que estaba enredada, y en lo más duro del combate yo tenía ganas de salir corriendo, porque el que diga que nunca ha sentido miedo es loco o es mentiroso. Pero recordé que tanto mi bisabuelo, el General Rivas, mi abuelo y mi hermano, lucharon como verdaderos hombres; ningún Rivas se había acobardado y yo no iba a ser el primero.

El 25 de enero de 1980, yo estaba en la Guardia Nacional de Chalatenango cuando me avisaron que habían asesinado a mi tío Memo. Le dieron 50 disparos y uno más en la cabeza. En ese momento sentí una revolución y mi vida cambió. Me llené de orgullo, odio y deseos de venganza. Me olvidé de la casa, lo único que me importaba era acabar con el enemigo. Así pasé mucho tiempo.

No quise tener nada que ver con ninguna iglesia, aunque siempre creía en Él. En la búsqueda de Dios anduve con los rosacruces, el gnosticismo, pero ninguna de ellas me alimentaba. Y pasó una cosa curiosa, cuando el demonio le pone el ojo a uno se lo pone bien por eso hay que tener cuidado. En Izalco, el pueblo de mi señora, un médium me vio a la cabeza y me dijo: “tú tienes media unidad no desarrollada con cinco puntos luminosos y tienes que desarrollarla porque si no los espíritus se pueden posesionar de ti”. Eso fue en el año de 1974. En 1987 me fui becado a Brasil y una señora le dijo a mi esposa: “mira ese tu marido tiene media unidad no desarrollada con cinco puntos luminosos”, lo mismo que me

habían dicho antes. En Brasil el espiritismo es una religión abierta donde la gente va como ir al culto o a misa de los domingos. Hablan de que macumba es un árbol donde los esclavos tallaban una cruz porque no les permitían ir a la iglesia, hablan que oshala es Jesús. Entonces, uno cree que está adorando a Jesús y que con los espíritus que ellos invocan, aquellos que en su vida fueron malos, haciendo buenas obras pueden buscar la luminosidad.

Entonces, cuando me dijeron que tenía que bautizarme en el espiritismo, me gustó y para saber si esa era la voluntad de Dios le dije: “Señor, si esto viene de ti, dame una señal”, inmediatamente sentí un olor a jazmín y lo tomé como señal para bautizarme. Cuando regresé a El Salvador me habían dado libros y amuletos, pero las valijas donde venían los libros que tenía que estudiar se perdieron, ninguna llegó.

Con la firma de los Acuerdos de Paz, fui depurado de la Fuerza Armada en el grado de Coronel del Ejército. Entonces, lo primero que pensé es que no había terminado de vengar la muerte de mi tío, ni siquiera había comenzado. Segundo, me quitaron lo que más amaba en mi vida, que era mi carrera en la Fuerza Armada. Cuando eso pasa, familiares, amigos y compañeros se alejaron de mí como si fuera un leproso. Me sentí abandonado y caí en depresión, por lo que pasé tres meses en la cama, lamentándome que para el conflicto no me habían matado. Por qué no morí en combate si mi sueño era morir con el fusil en la mano, era parte de lo que me repetía a mí mismo. Sólo mi esposa, mi hermano y mi otro tío comenzaron a darme ánimos pero yo no escuchaba razones.

Un día regresaba con mi familia desde México y conocimos a una familia que era diferente a la nuestra porque en ellos había respeto y amor. Eso me impactó. Me invitaron a visitar la Fraternidad de Hombres de Negocios del Evangelio Completo. Al fin un día acepté y fui. A ese momento mi odio había crecido, se extendió a todos los salvadoreños que felicitaban al FMLN y a la Fuerza Armada nadie la felicitaba. Yo que estuve dispuesto a morir por esa gente, a dejar a mis hijos sin tata, ve qué bruto yo. Así pensaba. Decidí que a cualquiera que me dijera alguna cosa se la iba a rechazar en su cara y si era necesario a golpes también.

Por lo que, cuando llegué a la Fraternidad llevaba mi armadura de amargura y fue lo primero que me volaron porque me recibieron con una sonrisa sincera. Oí el testimonio de alguien que hablaba de Cristo, él hizo la invitación y yo levanté la mano; el amor de mis hermanos hizo que me quedara y cuando hablaban de Cristo yo sabía que estaban cumpliendo lo que la Palabra decía.

Un día El Señor puso en mi corazón el gozo de pedir perdón, no la obligación, sino el gozo de pedir perdón a todas aquellas personas que había ofendido. En un evento de la Fraternidad yo di un testimonio corto y apareció un comandante de las FPL. Momentos después le hice la última emboscada al FMLN, intercepté a ese comandante y le dije: “te quiero pedir perdón por lo mucho que los odié”, y ahí se me fue el odio completamente, dejé de odiar y comencé a vivir mejor.

Se acabó el problema en el hogar, porque en Cristo nos juntamos. Amando a Cristo comencé a amarla a ella y a mis hijos y ahí cambió mi vida en el hogar; la prueba está que cualquier rato libre que tengo en el trabajo me vengo a mi casa, aquí es mi oasis, mi paraíso y mis ángeles son mi esposa y mis hijos. Lili que padeció una displasia severa, estaba embarazada; el médico dijo que ese era seguro aborto, ese aborto se llama hoy Carla Daniela y tiene 9 años. El Señor nos la mandó para terminar de unir lo poquito que nos faltaba entre mi esposa y yo. Y ese fue otro inicio para mi vida, así es de lindo El Señor.

La situación económica en mi casa no era buena y yo me preguntaba cuál es la ventaja de estar con Dios, si cuando estaba en el mundo aunque sea a beber me invitaban. Pero eso sí, demonio maldito, con vos no regreso, me decía yo mismo. Y luego Dios en su infinita misericordia ha ido organizando mis finanzas. Un día mi tío y un amigo me propuso ir en las siguientes elecciones para diputado, yo pensé que era imposible, sin embargo, oramos al Señor y la respuesta fue sí. Así el Señor me puso como Diputado.

Reflexión sobre la Palabra de Dios:

En las Sagradas Escrituras, el tema del perdón es central en todo sentido. Para el caso, Dios envió a su Hijo Jesucristo para redimirnos del pecado a través de su sacrificio en la cruz del calvario. Dios nos perdonó por todas nuestras faltas y nos colocó en una posición diferente a la que estábamos. Si el tema central de

la doctrina cristiana es colocar orden en la relación de Dios con sus hijos, es parte concluyente de ese amor, la relación entre sus hijos. Ello incluye el perdón.

Saulo de Tarso era un inquieto judío que no consentía la nueva formación de los creyentes en Jesucristo que se venía desarrollando entre judíos y gentiles. Era fariseo celoso y bien preparado que lideraba grupos de choque que perseguían a la “apostasía” de sus creencias. Por esa razón es el principal del grupo que sigue las instrucciones del sumo sacerdote en concluir el castigo del juicio a Esteban. Es de generalizada consideración que el juicio a Esteban y particularmente su defensa, es una de las pruebas concretas de la manifestación plena del Espíritu Santo moviéndose en la iglesia de El Señor. No sólo por el temple que demuestra al enfrentar su muerte, sino que, también, en la articulación que realiza del devenir histórico de su pueblo y el entronque que hace con la figura de Cristo. Eso provoca reacciones de los principales religiosos, es decir, de los entendidos en materia religiosa:

“Esteban, lleno de gracia y de poder, hacía grandes prodigios y señales entre el pueblo. Entonces algunos de la sinagoga llamada “de los libertos”, y los de Cirene, de Alejandría, de Cilicia, y de Asia, se levantaron para discutir con Esteban. Pero no podían resistir la sabiduría y el Espíritu con que hablaba. Entonces sobornaron a unos para que dijeran que lo habían oído hablar palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios. Y alborotaron al pueblo, a los ancianos y a los escribas, y arremetiendo, lo

arrebataron y lo trajeron al Concilio. Pusieron testigos falsos que decían: —Este hombre no cesa de hablar palabras blasfemas contra este lugar santo y contra la Ley. Pues le hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este lugar y cambiará las costumbres que nos transmitió Moisés” (Hechos 6 8-14)

Todo el capítulo siete del Libro de los Hechos es una joya de la conciencia tranquila de un creyente que sabe en quien ha colocado su fe. Una fe que no se rompe con el hilo de los patriarcas, los profetas y los escogidos de Dios para servirle. Es decir, Esteban une ese hilo con un entendimiento pleno del plan de salvación de Dios para su pueblo y en esencia, la labor plena del Espíritu: “Entonces, todos los que estaban sentados en el Concilio, al fijar los ojos en él, vieron su rostro como el rostro de un ángel” (6:14).

De ahí que, al examinar la forma de interpretar su propia defensa, no sólo participa de la apologética como herramienta, sumado a ello, define su postura evangelizadora, partiendo que los hechos que vendrán en días, meses o años, de un modo u otro cambiarán el rumbo de la apropiación que miles o millones de personas hagan del poder de Cristo en sus vidas. Por ello no tiene temor de enfrentar a los que tienen el poder y la decisión de cortar su vida: “ ¡Duros de cerviz! ¡Incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros. ¿A cual de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, a quien vosotros ahora habéis entregado y matado...” (7:51:52).

Precisamente en un capítulo anterior hicimos referencia a que somos templo y morada de El Espíritu Santo. Eso no solo contempla que lo guardamos para definir nuestro sello. Hay otros alcances del poder del Espíritu que muchas veces desconocemos. El dejarnos llevar por su voluntad es una de las experiencias más brillantes en el ser humano, ya que en esa decisión, muchas de las cosas empiezan a pasar sin que uno se de cuenta cómo están pasando. Y muchas veces es una manifestación contraria a la lógica. En esta ocasión Esteban se encontraba en una situación desfavorable en relación a su vida. No creemos que no tuviera razones para seguir viviendo, pero al final pesa más su obediencia al Señor y en lo que ha creído. Olvidándose de todo y lleno de El Espíritu Santo, se manifiesta con poder a las acusaciones, a los testigos falsos y a los argumentos sin peso que sus detractores le imputan. Y contra el Espíritu no hay fuerza. Es una fuerza que sopla de lo alto y se mueve sin que nadie la gobierne. Todo tiene un propósito en la fuerza de El Espíritu, a pesar que las primeras reacciones pueden ser dolorosas, Esteban lleno del Espíritu no siente más que gozo, paz y con paciencia espera el resultado de su decisión de amar a Jesús, y en el otro lado, por el contrario, hay odio, resentimiento, soberbia, orgullo y deseo de concluir por la fuerza el peso de sus argumentos contra un ser humano que sí conocía su destino: “Oyendo estas cosas, se enfurecían en sus corazones y crujían los dientes contra él. Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: “Veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está a la diestra de Dios”. Entonces ellos, gritando, se taparon los oídos y arremetieron a una contra él” (7:54-57).

Esteban visualizaba la gloria de Dios en su martirio. Pero no sabemos a ciencia cierta si entendía perfectamente lo que estaba pasando en ese momento. Si partimos que los efectos de su decisión traían consigo una respuesta violenta del poder religioso, era comprensible que su acción era premeditada en cuanto a su conducta. En suma, él sabía lo que venía por actuar así. Pero no se concentraba en los efectos terrenales de su decisión, por el contrario, si nos fijamos detenidamente, él no permite estacionar su intelecto y sus emociones, más que en la actividad gloriosa de servir a Jesús. Y aunque nos imaginamos que a su lado se encontraban otras personas con quienes había desarrollado una amistad en este nuevo camino de los creyentes del resucitado, no se dirigió en ningún momento a ellos con sus palabras, permitiendo de esa forma que cada persona viviera por sí mismo su testimonio a la manera como cada cual quisiera vivirlo.

Resulta impactante el relato que hace el escritor del libro de los Hechos, que seguramente fue Lucas, el médico, cuando se refiere a que los acusadores no querían ver el final de su juicio con Esteban. La acción de desahogo la desarrollan fuera de la ciudad y lo apedrean. Una y otra vez, piedra sobre piedra, caen sobre el cuerpo de un joven que no pierde su estabilidad, porque la Escritura dice que: “Mientras lo apedreaban, Esteban oraba y decía: “Señor Jesús, recibe mi Espíritu”. Las circunstancias del hecho eran de por sí abominables, habían perdido su causa, aunque habían recurrido a testigos falsos y necesitaron de un juicio amañado en el que perdieron los estribos. Ellos no entendían la razón del

comportamiento de un condenado y esperaban mínimo de él, la solicitud de clemencia y de rechazo a sus argumentos con los que los había derrotado. Sin embargo, Esteban oraba...

Antes que la actividad del martirio tuviese lugar, los hechores le quitaron sus ropas y las pusieron a los pies de un joven que se llamaba Saulo (cf.7:58). Eso nos llama la atención, dado que, podemos inducir que éste poseía alguna autoridad sobre la turba y que se encontraba dominando el ambiente desde el principio que se inicia el juicio. En ese sentido, Saulo protagonizaba uno de los eventos que sin saberlo, cambiarían su propia vida en un ángulo de 180 grados. La responsabilidad de Saulo en la muerte de Esteban, queda sin lugar a dudas tan clara, que la Biblia nos afirma que: “Y Saulo consentía su muerte” (cf.8:1).

Cómo podemos imaginarnos que alguien se encuentre en estado de postración por algo que es correcto ante sus ojos y que además conoce que ante quienes lo están apedreando ha salido aprobado al no poder con sus argumentos y que a pesar de recurrir a testigos falsos, el juicio ha tenido que ser rápido en función que el caso no sea revisado y en consecuencia, liberado de toda culpa. Pues ese era el caso de Esteban. Y sin embargo, perdonó... : “Y puesto de rodillas, clamó a gran voz “Señor, no les tomes en cuenta este pecado” (cf.7:60)

Anteriormente hemos reflexionado sobre el tema de la remisión del pecado cometido y que es propio de Dios perdonar a quienes

se arrepienten: “¿Por qué habla de este modo? Blasfemias dice. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios? Y conociendo luego Jesús en su espíritu que pensaban de esta manera dentro de sí mismos, les preguntó: —¿Por qué pensáis así? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: ‘tus pecados te son perdonados’, o decirle: Levántate, toma tu camilla y anda? Pues para que sepáis que el hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados —dijo al paralítico— A ti te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa. Entonces él se levantó y, tomando su camilla, salió delante de todos, de manera que todos se asombraron y glorificaron a Dios, diciendo: —Nunca hemos visto tal cosa” (Marcos 2:7-12).

Este pasaje prueba el enfoque que tenía Jesús de ministrar perfectamente a quienes le rodeaban sobre el punto exacto de su misión: vino a cumplir que el plan de salvación para la humanidad tuviera en la cruz, la expiación de nuestros pecados y que el cordero que quita el pecado del mundo, era inevitable que pasara por la muerte para darnos la victoria en su resurrección.

Y en ese mismo tono enseñó a orar a sus discípulos: “Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores” (Mateo 6:12). Por lo que resulta muy fácil entender que tenemos un Dios de amor y de perdón, y no uno justiciero y revanchista; de ahí que, Jesús confía a sus discípulos la misión de perdonar: “Entonces Jesús les dijo otra vez; ¡Paz a vosotros! Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y al decir esto, sopló y les dijo: —Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los

pecados, les serán perdonados, y a quienes se los retengáis, les serán retenidos” (Juan 20:21-22). Y el mismo Juan nos refiere a que:”Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos a él mentiroso y su palabra no está en nosotros” (1ª Juan 1:9-10).

De ahí que, el mandato de nuestro Señor Jesucristo sobre las relaciones entre nosotros era compatible con su amor mostrado: “Por tanto, si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; pero si no perdonáis sus ofensas a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas” (Mateo 6:14-15). Y por parábolas enseña que aquel siervo que se le perdonan sus deudas, no quiso perdonar quien le debía y le sentencia: “Entonces su señor, enojado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara todo lo que le debía. Así también mi Padre celestial hará con vosotros, si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas” (Mateo 18:34-35). Y cuántas veces debemos perdonar: “Entonces se le acercó Pedro y le dijo: —Señor ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: —No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete” (Mateo 18:21-22).

Entonces, ese es el marco en el que se inscribe la actitud de Esteban al perdonar a quienes le estaban haciendo daño sin razón. Y esa es

la actitud que asumió el Coronel Almendariz al perdonar a sus eternos enemigos. Por si fuera poco, el Saulo que dominaba el ambiente en el martirio de Esteban, se encontraba entusiasmado de cumplir órdenes que consideraba celestiales. Todos hemos pasado por eso. Sentimos que nuestras acciones obedecen al sentido de justicia y que los demás son culpables por atreverse a obstaculizar los procesos que hemos definido. La Escritura nos enseña que todos somos pecadores y que por ende, todos estamos destituidos del reino de Dios. Y que justo sólo hay uno. Nuestra vinculación pecaminosa nos hace ser activos en la omisión o en la participación activa de actos que afectan a Dios nuestro Señor o a nuestro prójimo, que El lo toma por igual en su mandamiento supremo: “Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo, como a ti mismo. De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas” (Mateo 22:37-40).

A simple vista podemos observar, que el tema del martirio, está vinculado intrínsecamente con el perdón. No puede haber martirio sin perdón. Y el martirio trae como consecuencia evangelización. Martyr es una palabra griega que en su significado original es testigo. De ahí entonces, que Esteban fue un testigo de la fe en Cristo. Y testigo es aquel que decide un juicio con su participación en afirmar o negar ciertos hechos. Así como con Esteban decidieron sobre su vida testigos falsos, también él decide sobre la vida de Saulo, sin que éste se entere que al depositar los vestidos frente a sus pies, lo que se está formando es un juicio sobre su persona.

Dios que es supremo y cambia todas las cosas, decide que Saulo será la pieza clave de su expansión hacia los gentiles, convirtiendo toda esa rabia por los cristianos en una fuerza inusitada por anunciar el evangelio fuera de Jerusalén.

Si nos ponemos a pensar lo maravilloso que viene a resultar vivir en el marco del evangelio, podríamos imaginarnos como cada cosa tiene su lugar en el espectro de las luces que Dios ha colocado en los pasos de nuestra vida. Cada vez que perdonamos amontonamos juicio sobre ese hecho. Y eso es lo que hace Esteban. En consecuencia, Dios llama a Saulo a convertirse en el Pablo apóstol de los gentiles y misionero relevante del plan de Dios en la construcción de las primeras formas de hacer iglesia. Quien se iba a imaginar que por el martirio de Esteban, Dios se fijara en ese hombre de pequeña estatura, que en el camino hacia Damasco y con el objetivo de seguir persiguiendo a los creyentes en Jesús, Dios lo bajara con fuerza y lo dejara ciego por tres días. Saulo era tan conocido por su agresividad, que ni siquiera Ananías, que había sido escogido por Dios para ponerle las manos y que recobrarla la vista, quiere ir a su destino: “El Señor le dijo: —Ve, porque instrumento escogido me es este para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, de reyes y de los hijos de Israel, porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre” (Hechos 9:15-16).

Por ello, no importa quienes hayamos sido o que daño pudimos causar, Dios siempre nos busca para su ministerio. Anselmo, uno

de los padres de la iglesia, afirmaba: “La evangelización trae frutos a cincuenta y el martirio trae frutos a cientos”. Interpretando de esa forma que servir a Dios por medio de la muerte era un privilegio para la expansión de la Buena Nueva. Hoy en día, nuestro martirologio implica las sucesivas muertes que tenemos por las pruebas, ya sean enfermedades, problemas financieros, divisiones familiares o pérdidas de un ser querido, no importa que situaciones pasemos. Si nos tomamos de la mano de Dios y salimos victoriosos o aprendemos de esa particular prueba y alabamos a Dios por ello, estamos viviendo el martirio, estamos siendo testigos y las personas que nos observan, llegan a conocer al Señor por nuestro testimonio. Y todo comienza por el perdón, aceptar que somos perdonados y no vivir en culpabilidad o mortificados por lo que hemos hecho o dejado de hacer. Dios nos ha liberado por su perdón para ser sus testigos, esa es la gran noticia.

CAPITULO VII

QUITAD LA PIEDRA

A manera de Testimonio:

Mi nombre es José Santiago Rivera Lobo, soy empresario. Hace siete años me invitaron a una cena de la Fraternidad, estaba separado de mi esposa, enemigo de mis hijos, con mucho dinero, con tres amantes, pero mi vida no tenía sentido. Había tomado la decisión de matar a mi familia y después matarme yo.

Yo vengo de una familia pobre, nacido en un cantón llamado “El Amate”. A los 21 años ingresé al ejército y allí cambió completamente mi vida, Después de ser un muchacho sano, caí en el alcoholismo y las drogas. En ese momento, me casé, creyendo que era la solución a los problemas que tenía. Los primeros días fueron tranquilos después de la boda. Pero cuando el dinero vino a mi vida, no pude dominar mis instintos; entonces, apareció el ego y la prepotencia y automáticamente iba absorbiendo todo lo que la sociedad me daba: guardaespaldas, radios, carros y mujeres. El dinero me enfermó, ya que no estaba capacitado espiritualmente

para poder administrarlo. Como contraparte, mi familia me era un estorbo y quería llenarles el vacío que tenían, comprándoles todo lo que deseaban.

En mi mente no pasaba el deseo de darles un abrazo o un beso, porque yo nunca lo había recibido. Y la sociedad me había amaestrado para desarrollar orgullo y machismo. A los quince años le regalé a mi hijo un arma, para hacerlo igual a mí. Pero a través de esos actos, lo que sembré en mis hijos fue desconfianza, desprestigio y poder, y eso coseché. A principios de 1996, mi amante se convirtió en una amenaza que podría tomar el lugar de ellos y me enfrentaron a hechos consumados. Les tuve que dar millón y medio de colones y por consiguiente, me fui de mi casa. Desde ese momento, tomé la decisión de tomar venganza. Mi vida era un infierno, no paraba de pensar en la venganza y esa tensión me hizo rebajar 16 libras en el tiempo que luchaba si los mataba o no. Ese año fue terrible, la decisión estaba tomada, diciembre era el mes que iba a consumir lo que mis pensamientos habían tramado con odio.

Pero el 22 de noviembre de 1996, fui invitado a una cena de la Fraternidad y escuché la visión: que habían muchos hombres que podían tener todo, pero que si no tienen a Dios no tienen nada. Ante esto, pude darme cuenta que ese hombre era yo, y esa misma noche sucedió algo sobrenatural, porque sin conocer de Dios, caí como pelota al suelo y comencé a llorar. Cuando llegué a mi casa, estaba una de mis amantes y me preguntó que me pasaba y no

pude decirle nada porque ni yo sabía lo que me estaba pasando. Por supuesto que ahora sí lo sé, porque fue la última vez que ella estuvo en la casa.

Ocho días después fui invitado a un SAEL, en la playa El Cuco. En ese SAEL, recibí a Dios como mi mejor amigo, como mi Padre. Él cambió mi vida, porque pudo perdonarme y a través de ese acto, pude perdonarme yo mismo y perdonar a mis hijos, perdonar a mi padre. Porque a él lo odiaba, ya que nunca había recibido un abrazo o un beso de él. Pero a través de esta experiencia inolvidable, Dios pudo abrirme los ojos y me di cuenta que nadie puede dar lo que no tiene, pero a esas alturas, Santiago ya tenía a Cristo a los 47 años. Debo reconocer que fui un padre cruel con mis hijos y que me merecía lo que ellos pensaban de mí. Pero todo cambió con ellos también. Entonces pude abrazar a mis hijos y besarlos, porque antes no podía, era imposible que llegara a ese acto. Cuando Salí del SAEL, nunca más volví a usar armas. Invité a mi esposa a un restaurante y con una Biblia, a las cinco de la tarde, sin saber leer la Biblia, en lugar de la 12 milímetros a la que estaba acostumbrado, le pedí perdón a mi esposa por primera vez en la vida, por cuanto la maltraté, la golpeé y la hice perder un ojo, la humillé, le puse a mis amantes enfrente, que no le hice a ella. Pero, entonces, le dije, que era un hombre nuevo.

Y aquella mujer que tan mal traté, que la humillé, que le falté el respeto, ahora es mi esposa, mi mejor amiga y es mi amante. A mi esposa la amo mucho, somos una familia unida y bendecida en todo y estamos al servicio de Dios a través de la Fraternidad. Por eso le doy gracias a Dios por esta forma de hacer llegar el evangelio

a hombres brutos que como yo, no pueden entender lo bueno que es ir a una iglesia.

Si tú me hubieras conocido antes, no creerías que es Santiago el que ha relatado su testimonio, porque antes mi fuerza estaba en andar armado hasta los dientes, pero ahora mi arma poderosa es la protección de Dios, nuestro Señor.

Reflexión sobre la Palabra de Dios:

Para Jesús, el núcleo familiar era primordial entenderlo a partir del servicio al reino de Dios. En algún momento de su ministerio, llegaron a llamarlo diciéndole que le buscaba su familia, y la respuesta fue orientada a que su familia son todos aquellos que hacen la voluntad de Su Padre, quien le había enviado. A ese nivel de importancia manejaba Jesús los negocios a los que había venido y no le causaba malestar decirlo. Por supuesto, que en una estructura de familia como la israelita, eso causaba sensaciones encontradas al espíritu con el cual Jesús hablaba. Pero eso lo hacía por el grado de importancia que tenía la familia en el seno de esa sociedad, para el caso, en el Antiguo Testamento, la familia incluía el clan, los hijos, los primos, los abuelos, los sirvientes y los esclavos (Gen.46:8-26).

Después del exilio, y ya en la época del Nuevo Testamento, se redujo al tamaño de la unidad familiar, especialmente porque la gente empezó a vivir en ciudades. Los deberes tradicionales adjudicados al padre eran los de proveedor, maestro, educador y sacerdote, y los de la madre, ama de casa y maestra. Esas

asignaciones eran consideradas de origen divino. De ahí, entonces, que esta forma de responder no era muy congruente con la atención que su familia se merecía: “Mientras Él aún hablaba a la gente, su madre y sus hermanos estaban afuera y le querían hablar. Le dijo uno: —Tu madre y tus hermanos están afuera y te quieren hablar. Respondiendo Él al que le decía esto, dijo: —¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: —Estos son mi madre y mis hermanos, pues todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mateo 12:46-50).

No quiere decir que su madre y sus hermanos no estuviesen comprometidos con el proyecto de expansión de las Buenas Nuevas, lo que pasó fue que Jesús mismo tenía una responsabilidad de maestro en cada una de las acciones que realizaba, por tanto, quería enfatizar lo prioritario que era para Él enseñar las cosas de Su Padre. Jesús no sólo hacía las cosas, sino que, interpretaba los hechos y los insertaba en el conjunto del plan de Dios que Él venía a cumplir.

Es en ese marco, que tenía círculos de confianza a quienes les dedicaba tiempo para transmitirles enseñanza a través de las parábolas, los milagros que realizaba, las discusiones con sectores religiosos o simplemente el diálogo que sostenía con diversas personas en la calle. Para ello llamó de distintas maneras a sus discípulos, que se convirtieron en seguidores a tiempos completos y a ellos se unían mujeres que le servían: “Aconteció después, que

Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios. Lo acompañaban los doce y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, mujer de Chuza, intendente de Herodes, Susana y otras muchas que ayudaban con sus bienes” (Lucas 8:1-3).

En ese ir y venir de su ministerio, Jesús entra en una aldea y como era la característica de su trabajo, fue invitado por una mujer llamada María a entrar a su casa. Ella se sentó a los pies del maestro. Esta es una posición característica del discípulo, evitando de esa forma interrupciones en la enseñanza y una actitud de humildad a lo que se recibe. Eso molestó a su hermana Marta, quién se ocupaba de los quehaceres de la casa. Y le pide a Jesús que su hermana le preste la colaboración. Jesús le responde: “—Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero solo una cosa es necesaria, y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada” (Lucas 10:41).

De nuevo sucede lo mismo que en el pasaje de su madre y sus hermanos. Jesús prioriza su ministerio por encima de lo que parece ser lo correcto en materia de atención. Cualquiera de nosotros pudo incluso tomar la decisión de colocarse a colaborar en los quehaceres de la casa o por lo menos de pedirle a su fiel oyente, María, que se dedicara a resolver el problema que su hermana tenía. Sin embargo, Jesús era motivo de aparente contrariedad. Nos lleva

a través de escenarios en los que interactúa rompiendo toda lógica, porque Él no piensa y no actúa con la lógica del mundo. Siempre tiene presente el propósito de Dios al enviarlo al mundo y para ello reclama de que quienes le van a seguir tengan enfoque, sentido de prioridad y claridad de lo que tienen que hacer en cada momento que estén trabajando para la construcción del reino de Dios. Y esa es “la buena parte” a la que se refiere Jesús: trabajar por aprender y desarrollar la acción en torno al reino de Dios.

Y ese método de encuentro con las personas, ese diálogo continuo, viene a concretizarse en el desarrollo de amistades. Uno de sus grupos de amigos son, según la Escritura, Lázaro y sus hermanas Marta y María, a las que nos hemos referido anteriormente. Y en ese contexto, ellas acuden a Jesús para solicitarle su presencia en Betania, porque Lázaro se encontraba enfermo. Este momento combina la profecía de Jesús con el amor por su familia: “—Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro” (Juan 11:4-5).

Jesús sabía que el desarrollo de la enfermedad de Lázaro, era uno de esos momentos propicios para enseñar el tema de la resurrección, a partir de que este hecho iba a diferenciar la formación del grupo de creyentes que iban a anunciar las Buenas Nuevas de Salvación. De antemano conocía que todo el mundo se daría cuenta que moriría y así pasó, pero todos deberían tener la certeza que derrotaría a la muerte y que viviría un nuevo momento en la relación con sus discípulos.

Esto es muy importante, porque no debe quedarnos ninguna duda que Jesús murió y bajó a los infiernos y de esa manera consumó el proceso de encontrarse con aquellos que según la promesa estarían esperándolo en el centro de la tierra para liberarlos. Juan testifica de manera enfática la muerte de Jesús: “Entonces, los judíos, por cuanto era la preparación de la Pascua, a fin de que los cuerpos no quedaran en la cruz el sábado (pues aquel sábado era de gran solemnidad), rogaron a Pilato que les quebraran las piernas y fueran quitados de allí. Fueron, pues, los soldados y quebraron las piernas al primero y asimismo al otro que había sido crucificado con él. Pero, cuando llegaron a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas. Pero, uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua. Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis, pues estas cosas sucedieron para que cumpliera la Escritura: ‘No será quebrado hueso suyo’. Y también otra Escritura dice: ‘Mirarán al que traspasaron’” (Juan 19: 31-37).

Por eso es que Jesús ve la muerte desde un ángulo diferente al que nosotros regularmente la vemos. Sabe que si aprendemos de ella y conocemos profundamente su significado real, será imposible que pueda detenerse el crecimiento del reino de Dios. Por eso se queda otros dos días antes de llegar a Betania. En ese lapso Él confiesa que Lázaro ya duerme y que va a despertarlo y ellos creían que reposaba del sueño. Sin embargo, Jesús tenía la intención de hacer hablar verdades ocultas a sus discípulos, que solo se dicen

cuando se encuentran llenos del poder de Dios: “Entonces Jesús les dijo claramente: —Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis; pero vamos a él. Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo, a sus discípulos: —Vamos también nosotros, para que muramos con él” (Juan 11: 14-16).

Sin saberlo, Tomás está colocándose en la misma situación de Lázaro, una situación de muerte, en este caso producto del pecado, pero dando respuesta a un punto que ya antes había abordado Jesús enfocando en la promesa de la resurrección de los muertos: “No os asombréis de esto, porque llegará la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida; pero lo que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (Juan: 5: 25-26).

A los cuatro días que Lázaro había muerto, aparece Jesús. En medio de la confusión por su llegada, Marta confirma el sentido de la obediencia en la fe del Hijo de Dios: “—Señor si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará. Jesús le dijo: —Tu hermano resucitará. Marta le dijo: —Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día final. Le dijo Jesús: —Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto? Le dijo: —Si, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo” (Juan 11: 21-27).

Y en un corto lapso se destaca la esencia de esa relación entre la muerte y la resurrección y aparece en firme la vida eterna, como el evento más maravilloso de la vida cristiana. A la vez, Jesús aparece en gloria descifrando ante los corazones adoloridos por la pérdida de un ser querido, que Él es la puerta de entrada a esa vida eterna. Reafirma el hecho de ser el Mesías, reafirma el poder que tiene al vencer a la muerte y reafirma que su poder es eterno y por lo tanto, tenemos participación en esa vida, sólo si creemos en Él. Pero, si hay algo que termina de anclar las verdades señaladas, es la visión que tiene Marta, al igual que la tuvo Tomás y en otro momento Pedro, al leer los hechos históricos a partir de que Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios. De por sí, ese hecho explica por sí mismo el sentido del evento que tendría lugar inmediatamente con la resurrección de Lázaro.

Mostrado el poder de Jesús en toda su extensión, Jesús llora, este hecho confirma cuanto Jesús ama a Lázaro y pone en evidencia que a pesar que sabe que va a vivir de nuevo, piensa en todo lo que ha pasado esa familia para llegar a encontrar las verdades que le darán un nuevo enfoque al evangelio que comparte. En esas circunstancias, Jesús sabe que los problemas, por muy grandes que éstos sean, tienen la solución a partir de encontrar que somos pecadores y descansar totalmente en Él. Santiago Rivera Lobo, sabía que estaba en el pecado al igual que todos nosotros, pero, un día descansó plenamente en El Señor y llamó a Jesús a quitar la piedra, como también lo hemos hecho todos, a pesar que ya olíamos mal por toda la podredumbre que arrastramos: “Jesús

profundamente conmovido otra vez, vino al sepulcro. Era una cueva y tenía una piedra puesta encima. Dijo Jesús: —Quitad la piedra. Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: —Señor hiede ya, porque lleva cuatro días. Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios? Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: —Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sé que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado. Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: —¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: —Desatadlo y dejadlo ir” (Juan 11: 38-44).

Y de ese mal olor de cuatro días, sale un hombre resucitado con las cicatrices del dolor, pero con la certeza que Dios lo ha pasado a resurrección. El tema de la resurrección volverá a repetirse continuamente en las apariciones que Jesús hace a los discípulos después de muerto. La tumba vacía es un hecho sin precedentes y luego vienen las apariciones en donde muestra sus manos y el costado, para que no existiese ninguna duda que Él era.

Pero, en suma, lo que Jesús estaba preparando con la resurrección, es decir, con el triunfo sobre la muerte, era la llegada del Consolador, El Espíritu Santo, del cual hablaremos después en otro capítulo. En lo que tiene que ver con nuestras familias, Jesús enseña sobre la importancia que tiene priorizar el enfoque sobre el reino de Dios y llama a la unidad familiar y a entender las responsabilidades que tenemos los unos con los otros:

“Someteos unos a otros en el temor de Dios. Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y Él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviera mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuera santa y sin mancha. Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama, pues nadie odió jamás a su propio cuerpo, sino que lo sustenta y lo cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio, pero yo me refiero a Cristo y a la iglesia. Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido. Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre —que es el primer mandamiento con promesa—, para que te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra. Y vosotros padres no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor” (Efesios 5:21 – 6:4).

Esta carta de Pablo a la iglesia en Efeso, explica por sí misma, la visión de familia y la importancia que se le da en el crecimiento de los creyentes. La herencia otorgada a los nuevos apóstoles por el poder del Espíritu Santo, nos da palabra de Dios revelada en función de la importancia que le debemos de dar a la conformación de una nueva familia. Lo que representan las nuevas relaciones, los compromisos y el papel que cumple la familia en la propagación del evangelio. Una familia con propósito, con enfoque en el reino de Dios y con respeto entre sus miembros, da gusto propicio para que Dios las bendiga por siempre.

CAPITULO VIII

Y ECHÓ DOS BLANCAS

A manera de Testimonio:

Mi nombre es Darío Salvador Orantes, de 46 años de edad, casado y padre de tres hermosos hijos y con dos nietos. Por la gracia de Dios puedo considerarme un exitoso empresario, pero algo acerca de mi pasado marcó el rumbo de mi vida hasta el momento que conocí al Señor. Provengo de un hogar muy especial, mi padre conoció a mi madre cuando ella había sufrido dos fracasos, fruto de lo cual habían cuatro hijos. Aunque nunca se casaron mis padres, procrearon cuatro hijos más. Yo soy el tercero de la segunda cosecha. Desde allí puedo ver la mano de Dios y ahora puedo entender lo bendecido que fui al nacer en el seno de ese hogar.

Nos criamos en medio de las comodidades que el esfuerzo y el trabajo tesonero puede conseguir, ya que mi padre y mi madre, a pesar de su poca preparación académica fueron emprendedores. Mi padre incursionó en el campo del transporte de pasajeros a nivel internacional en el año de 1947. Fue entonces que conoció a mi

madre y luego de conformar un hogar decidieron incursionar en el medio industrial y fundaron una pequeña fábrica de dulces cuyo producto era exportado en su gran mayoría hacia Guatemala, en donde se cubría un mercado que generaba ingresos significativos acorde al volumen de ventas que tenía. Esto permitió que se nos brindara a todos los hijos una buena educación. Fue así que fuimos escalando de colegio en colegio y me gradué como bachiller en el año de 1979.

Tres años antes, algo había sucedido en el seno de la familia. Los constantes pleitos que se generaban entre mis padres, a raíz de su alcoholismo desmedido, había traído como consecuencia la separación. Fue algo para lo cual no estábamos ‘preparados y que definitivamente marcó mi vida. Por un lado, lo que significa la disolución familiar, eso me llevó a distribuir el tiempo para poder estar en ambos hogares y lograr cumplir lo que hoy entiendo que la Palabra de Dios demanda: honrar a mis padres (a pesar de). Por otro lado, la fábrica de dulces quebró, a consecuencia de la separación. Los ingresos disminuyeron considerablemente y nuestra situación económica afectó el desarrollo normal de mi juventud. De modo que me veía obligado a trabajar, primero tratando de rescatar la fábrica, ya que estaba la maquinaria y ya conocía el trabajo de la confitería. Eso nos permitió subsistir y cumplir con algunas de las responsabilidades que teníamos. Sin embargo, se acumularon deudas de créditos, impuestos y la situación no era nada alentadora.

Aunado a ello, al poco tiempo de graduarme de bachiller y como todo joven que quiere llegar a ser alguien en la vida, anhelaba coronar una carrera universitaria, pero se me frustró, ya que una enfermedad de mi padre no le permitió seguir trabajando en los viajes a Guatemala. Es de esa manera que incursiono en el área del transporte en un periodo de prueba de “seis meses”, como dijo mi padre. Ese tiempo se volvieron 16 años, en los cuales ingresé a la universidad de la vida, donde uno aprende de las experiencias buenas y malas que la calle te ofrece. A la par de ello inicié algo para lo cual no estaba preparado, y es la empresa del matrimonio. Había conocido una muchacha de 15 años, que no fue difícil conquistar. Más sin embargo me sorprendió la madurez y la entereza con que manejó ella la situación de su embarazo pocos meses después. Como hombre de mundo consideré que la situación tenía una fácil solución de acuerdo con lo que los “amigos” me habían aconsejado.

Ahora entiendo que lo que pretendía hacer en esos momentos era cometer un crimen, al provocar el aborto de una criatura formada por la voluntad de Dios a pesar de nuestro pecado. Recuerdo bien sus palabras, cuando me dijo que nunca me pediría nada, que jamás volvería a saber de ella, pero lo que le pedía no lo podría hacer porque no era correcto. Muy dentro de mí sabía que no estábamos haciendo las cosas bien. Sin embargo, no sé cómo ni de dónde, surgieron palabras de mí que estoy seguro que Dios me impulsó a decirles: “si quiere tener esta criatura yo la voy apoyar”. De esa manera iniciamos una relación que ya corona los 22 años y que

nos ha traído muchas satisfacciones. No siempre ha existido esa felicidad en el seno de la familia. El éxito que como empresario tuve, me hizo creer que tenía derecho a vivir una vida en libertad y en donde podría disfrutar con mis amigos del fruto de mi trabajo, sin descuidar, por supuesto, a mis hijos.

Sin embargo, Dios que es perfecto en todo sentido, provocó una situación que me hizo reflexionar acerca de la vida y de la muerte y del propósito por el cual venimos a este mundo. Ya había iniciado un proceso de divorcio apoyado por dos buenos abogados, con la única intención de obtener mi libertad, proceso contra el cual mi esposa lucharía con todas las armas que una mujer en esa situación puede ocupar, pero una vez que Dios toma el control de tu vida antes que le conozcas de una manera mas personal, no hay nada que le pueda alejar de sus propósitos. El alcoholismo de mi padre provocó que se desarrollara en él una cirrosis hepática, enfermedad que nos consumió moral, física y económicamente a todos.

A pesar de las pocas probabilidades que el médico le había dado, luchamos en la medida que el dinero nos lo permitió. Sin embargo, todos esos esfuerzos no consiguieron el propósito deseado ya que mi padre fallecía un 16 de marzo de 1995, faltaban tres días para que cumpliera 71 años. Irónicamente, aquella mujer de la que pretendía separarme, había ayudado en los cuidados de mi padre en el tiempo de la enfermedad y agonía. En ese marco, me encuentro a mi mismo al frente de una empresa, que si bien es cierto había administrado sólo en un periodo de seis años, en ese

momento me doy cuenta que todas las decisiones que tomé en ese tiempo fueron apoyadas y avaladas por mi padre. Me dio pavor sólo el hecho de pensar que cualquier decisión que tomara en ese momento la responsabilidad recaería sobre mi.

Otra situación me acongojó en ese momento. Algunos de los hermanos que nacieron en la relación de mi padre y mi madre, comienzan a indagar sobre el futuro de la empresa. Es entonces que nos enteramos que, previo al tiempo que administramos la empresa, mi padre había expresado su voluntad en un testamento, mismo que en un par de ocasiones había modificado en sus cláusulas. El último testamento me nombra a mi como heredero universal de todos sus bienes. Aunque me agradó su decisión, tenía temor por todo lo que ello implicaba. Providencialmente soy invitado por enésima vez a la Fraternidad. Desde que comencé a trabajar en 1980 había sido invitado a este tipo de reuniones en Guatemala, ignoraba de que se trataba y el fin que perseguía. Sabía detalles de la organización, veía las oficinas en la ruta que a casi a diario realizábamos en Guatemala, y pensaba dentro de mí que ese era el lugar al cual me estaban invitando.

No me parecía nada atractivo, aunque me propuse un par de ocasiones a asistir, terminaba en otro lugar con los amigos, desaprovechando la oportunidad. Y es en ese momento de la vida, que me entero que soy el dueño de todo y que no tengo el apoyo de mi padre. Un comerciante que conocía, lo encuentro sentado fuera de la terminal de occidente y su primera pregunta fue el por qué

estábamos de duelo. Eso lo habíamos señalado en nuestros buses a través de listones a la usanza de Guatemala. Le comenté que mi padre acababa de morir y luego del pésame, que me pareció hipócrita, sin embargo, sin mediar mas palabra depositó en mí una pequeña tarjeta de invitación a una reunión de la Fraternidad, que crearía un cambio en mí. Le conté de mis experiencias con las invitaciones anteriores, y él se tomó el tiempo para explicarme detalladamente. Me llamó la atención que se compartían experiencias de hombres de negocios y pensé que seguramente las experiencias me ayudarían a no cometer ningún error. Allí tomé la decisión de asistir a la Fraternidad.

Lo que allí sucedió fue un cambio de 180 grados en mi vida. Me sentía tan contento de lo que había descubierto, que regresé a la casa a compartir con mi esposa acerca de la experiencia que acababa de vivir. Al llegar a mi casa, a escasos kilómetros de Apopa, me encuentro con que ella estaba recogiendo a mi hijo en el colegio, por lo que decido continuar para buscarla y al virar en una de las calles a escasos metros del colegio, la encuentro con el niño. Cuando ve el pick-up que se acerca lo primero que se le ocurre es que la voy a atropellar y coloca rápidamente al niño en un lugar seguro, toma al niño y lo protege con su cuerpo porque cree que voy a acribillarla a balazos. Todavía no sale de su sorpresa cuando le comento que vengo de la actividad. Al subirse al vehículo y comentando algunas de las vivencias en la primera visita que hice a la Fraternidad, ignoraba lo que por su mente estaba pasando y no la culpo por pensar de mi de esa manera. Pero esa es, quizá, la mas

franca descripción del Darío Orantes que esa mañana había salido al Camino Real a una reunión. Lo que ella ignoraba es que el Darío Orantes que había regresado a buscarla ya no era el mismo. Pretendí seguir siendo el mismo, mucho tiempo después de esta experiencia. Traté de adecuar a Dios a mi estilo de vida. Me gustó la Fraternidad, porque nadie me exigía que cambiara lo que estaba haciendo en mi vida, por lo que consideré que era el momento de continuar con el proceso de divorcio que por la enfermedad de mi padre se había detenido. Con la diferencia que hoy conociendo a Jesús podría rehacer mi vida “de acuerdo a su voluntad”. Pero su Palabra es diferente en la instrucción de mi vida: “Mis pensamientos no son tus pensamientos y mis caminos no son tus caminos”. Fue así que seis meses después asisto a mi primer SAEL. Es entonces que descubro que no es Dios el que se tiene que adecuar al estilo de vida que llevo, sino que es mi vida la que tiene que adecuarse a lo que Dios dicta en su voluntad expresada en Su Palabra.

Pocos días después, el 6 de octubre, el cumpleaños de mi esposa, ella tiene la oportunidad de acompañarme a una actividad de la Fraternidad. Creo que era una actividad de la Convención y ese día ella decide aceptar a Jesús como Señor de su vida. En uno de los pasillos de ese mismo hotel, adquiero mi primera Biblia y providencialmente Dios nos provee de una congregación a la empezamos a asistir toda la familia en la ciudad de Apopa, donde Dios nos ayuda a crecer y nos da la oportunidad de servir. Misma en la que hemos permanecido desde entonces. Hay muchas cosas que Dios ha hecho por nosotros en estos años: sanidades, milagros

económicos y una gama diversa de acontecimientos que son muy edificantes. Sin embargo, quiero hablar ahora de las finanzas y el negocio.

Al venir a los pies de Jesús, trajo como consecuencia examinar la forma de administración del negocio que mi padre terrenal me había heredado. Una de las primeras cosas que descubrí fue que la empresa no me pertenecía, Dios era el dueño de ella, yo era el administrador. Recordé que años atrás cuando me desempeñaba como motorista y estaba al frente del autobús, las vidas de las personas dependían de mi experiencia y de mi pericia. Y eso afectaba a los pasajeros por las decisiones que tomaba. Lo mismo que ahora en la empresa, yo soy el conductor y las decisiones que tome afectan a un sin número de personas. Otras de las cosas que aprendí, conforme al pasaje de Malaquías 3, es ser fiel con mis diezmos. Y es increíble lo que esta fidelidad puede significar, ya que pude experimentar en carne propia el pasar situaciones difíciles como los terremotos del 2001 que vinieron a abonar a la débil situación económica que afrontábamos. Ahora puedo entender que Dios no desaprovecha ninguna situación para podernos enseñar algo que mas adelante producirá muchos frutos.

Cuando una prueba viene, esta puede convertirse en una bendición o en una maldición, todo depende de la forma que la afrontemos. Dios dice que echemos toda nuestra ansiedad sobre él y que por nada estemos afanosos. Cuando has hecho uso de todas las herramientas que estaba a tu alcance, ya sea asesoría profesional,

créditos bancarios, tácticas de crédito y cuanto consejo que te haya querido dar alguien que haya tenido buenas o malas experiencias. Entonces, hay un momento en el cual te das cuenta que sólo hay dos opciones: renunciar, tirar la toalla, echar todo por la borda, o empezar a confiar en Dios. Y cuando digo confiar no digo que antes de esta situación no dejaba de confiar en Dios y tenía fe, pero hay un momento del ser humano que empiezas a ocupar toda la preeminencia de Dios. Es el momento cuando ya no tienes dinero para echar mano. Reconocí que eran mis decisiones las que habían llevado a ese momento. Dos años muy difíciles, solo viviendo con lo necesario. Donde increíblemente había llegado a la condición de ni tan siquiera comprar un par de zapatos para mí.

Nunca había querido ocuparme de las cosas de Dios, pero ahora siempre había tiempo para la Escuela dominical, predicar, o dar testimonios, Dios estaba al tanto de todo eso. Fue entonces que decido escribir una carta para los empleados donde les pedía perdón por la incertidumbre a la cual los iba a empujar con mi decisión, ya no podría seguirles pagando, no tenía dinero para indemnizarlos, aunque podíamos pagar los créditos y el pago mínimo de las tarjetas, pero ahora estaba entre la espada y la pared. Decía en esa carta que esta empresa era como un barco, herida de muerte y que estaba a punto de sucumbir. Me veía manejando un autobús nuevamente y trataba de defender los créditos, porque la casa estaba hipotecada. Fue en ese momento al renunciar a todo y comenzar a confiar en Dios, que mi vida empieza una nueva dimensión de mi relación con Dios.

Al estilo de Demos durante aquellos catorce meses en que a pesar de todas aquellas circunstancias que tuvo que vivir, su amor por las almas sin Cristo y sin esperanza, lo impulsaron siempre a seguir adelante. Fue precisamente en un evento de mi Capítulo, al escuchar la visión que por tanto tiempo había escuchado, que puse atención en una frase que son las palabras de Dios a Demos sobre los hombres muertos y los hombres vivos. Fue: “Demos, tú estás en el centro de mi voluntad”(cf.”La gente más feliz de la tierra”). Esas palabras esa mañana revolucionaron mi forma de entender la relación que con Dios yo mismo tenía. Medité mucho al respecto ese día, releí unos capítulos del libro “La Gente mas feliz de la tierra”, y me di cuenta que como Demos, yo estaba en el centro de la voluntad de Dios; por lo que, nada, absolutamente nada de lo que me estaba aconteciendo era ajeno al plan de Dios para mi vida. Fue entonces cuando me di cuenta que estaba tratando de hacer las cosas conforme a mi criterio y por primera vez le entregué total y absolutamente el negocio que El había puesto en mis manos.

Hemos podido sobrevivir a todas las crisis. Dios abrió nuevas oportunidades para poder refinanciar los créditos y eso nos hizo tener un respiro y ponernos al día con muchas cosas que teníamos atrasadas. Nos permitió enfocarnos en aquello para lo cual éramos buenos. Decidimos implementar un plan que nos llevaría a vender menos y a ganar más. Pondríamos mayor atención a aquellos clientes que estaban dándonos el 80% de nuestros ingresos. Y depuraríamos aquella larga lista de empresas que nos producían el restante 20%. Esto nos ha permitido mejorar considerablemente nuestra situación a pesar de las condiciones que en nuestro alrededor

se dan. Ahora puedo entender que no es simplemente el hecho de dar y dedicarse al servicio de las cosas de Dios, hay que accionar confiados en El, puestos los ojos en Jesús.

No se si tu situación sea semejante a la mía, pero de una cosa estoy seguro, Jesús es la esperanza real y si le permites hacerle Señor de tu vida, experimentarás una vida de éxito sin precedentes.

Reflexión sobre la Palabra de Dios:

Nos hemos referido a los cambios que se operan en el ser humano a partir de un encuentro personal con Jesucristo. Esos cambios pueden ser radicalmente rápidos o graduales, pueden tocar todas las áreas de la vida o pueden enfocarse a algunas, las más delicadas en ese momento de crisis o las supuestamente más frágiles de resolver. En el entendido que los hombres y mujeres perciben esos cambios como la conformación de un ser humano nuevo y que ese nuevo perfil es recibido con agrado en la nueva asociación de creyentes, es por demás que existen cosas que se irán puliendo en la medida que el cultivo de la vida cristiana se vuelva parte de un estado de búsqueda por alcanzar la estatura del varón perfecto, al estilo de Pablo en la carta a los Filipenses.

Y si fuera de una vida cristiana el manejo de las finanzas es una de las pruebas más difíciles por las que podemos pasar, ese mismo hecho es igual cuando asumimos seguir plenamente al Señor. Este fenómeno se debe a que la mayoría de las veces partimos que los

ingresos financieros se ubican fuera del comportamiento cristiano y no son parte inherente de la fiscalización o normativas de un código de conducta. Expliquemos más este punto. Tenemos temor de pecar contra Dios utilizando nuestro cuerpo a través del adulterio, la fornicación, el robo, la mentira, la violencia, el asesinato, entre otros, pero dedicamos poco tiempo a evaluar como el dinero tiene un lugar especial en muchos de nuestros males: “La raíz de todos los males es el amor al dinero”

El dinero como especie para el intercambio por el trabajo, bienes o servicios, se introdujo en el antiguo cercano oriente en el siglo VII a.C. En las transacciones mercantiles se podía usar oro, plata o cobre. Los judíos conocieron durante su exilio en Babilonia la moneda que tenía grabada la efigie de Darío I, rey de Persia. Ya en tiempos del Nuevo Testamento, circulaban en Palestina monedas de tres fuentes: de Roma, de Antioquia y de Jerusalén. Por ello, esa libre circulación o atesoramiento de la moneda, dio origen a la sentencia que el amor al dinero tenía un sentido provocativo al mal. Ahora bien, el dinero por sí mismo no es malo, lo que mata es cuando la prioridad número uno es el dinero y todo lo que gira alrededor del ser humano es contabilizado por el dinero, es decir, amamos al dinero por encima de todas las cosas. Allí se encuentra la avaricia, la ambición al poder, los lujos que da, la provocación al sexo, la compra de voluntades, el servilismo, y en fin, una serie de articulaciones que dan origen a estampar la moneda en primer lugar que los sentimientos de las personas.

Como hemos analizado, el perfil del siervo de Jesús, que viene a ser la consumación de un verdadero líder empeñado en la misión de servir, toca en primer lugar el tema del dinero. Jesús se refirió al rico insensato en forma de parábola: “La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ‘¿Qué haré, porque no tengo donde guardar mis frutos?’ Y dijo: ‘Esto haré: derribaré mis graneros y los edificaré más grandes, y allí guardaré mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: ‘Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; descansa, come, bebe y regocíjate’. Pero Dios le dijo: ‘Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma, y lo que has guardado, ¿de quién será? Así es el que hace tesoro y no es rico para con Dios’” (Lucas 12:16-21).

Parece mentira, pero es en el tema del dinero en donde realmente se prueba el corazón del creyente. Y es que cada uno de nosotros piensa que el dinero uno lo ha conseguido y está fuera de nuestro cuerpo, al que muchas de las veces hemos consagrado a Dios. Por eso, la Escritura nos llama a que: “ningún siervo puede servir a dos señores, porque odiará al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a la misma vez a Dios y a las riquezas” (Mateo 6:24). Esto es imposible. Y volcamos nuestro entendimiento a resolver ese tema de las prioridades en el marco de nuestra obediencia con el Señor. El reino es primero y el dinero es un instrumento para desarrollar temperamento, agilidad en la administración y cordura en los resultados de multiplicación, y que al final se distribuye de acuerdo al aporte y riesgo que se tuvo. Pero nuestra mirada y nuestro corazón deben estar enfocados

a otras riquezas: “No temáis, manada pequeña, porque vuestro Padre, le ha placido daros el Reino. Vended lo que poseéis y dad limosna; haceos bolsas que no envejeczan, tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no llega ni polilla destruye, porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Lucas 12:32-34).

Por eso Dios nos refiere que la ofrenda y el diezmo son parte inherente a la comprensión del creyente en su responsabilidad por la expansión del reino de Dios. Por eso Malaquías es claro en concentrarse en una promesa: “traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi Casa: Probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, a ver si no os abro las ventanas de los cielos y derramo sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde” (3:10). Pero lo más importante de todo es la promesa de bendición que continúa: “Reprenderé también por vosotros al devorador y no os destruirá el fruto de la tierra, ni vuestra vid será estéril, dice Jehová de los ejércitos. Todas las naciones os dirán bienaventurados, porque seréis tierra deseable, dice Jehová de los ejércitos” (cf.3:10-11)

No podemos robarle a Dios, so pena de enfrentar las consecuencias al estilo de Ananías y Zafira, un matrimonio de la iglesia primitiva que vende su heredad y le quita una parte y la lleva donde los apóstoles: “—Ananías ¿por qué llenó satanás tu corazón para que mintieras al Espíritu Santo y sustrajeras del producto de la venta de la heredad? ... No has mentido a los hombres, sino a Dios. Al

oír Ananías estas palabras, cayó y expiró. Y sobrevino un gran temor sobre todos los que lo oyeron” (Hechos 5:3-5). El relato continúa con la muerte de Zafira en las mismas circunstancias, por mentir a Dios. Y si examinamos bien el texto, este pecado se toma contra el Espíritu Santo. Esto es demasiado fuerte por las implicaciones que tiene.

Pero, por el contrario, aparece una viuda muy pobre que **echó dos blancas**. No logra dar ni el shekel, moneda judía, ni un dracma, moneda griega, o el denario, moneda romana; no, la viuda echó dos blancas: “Levantando los ojos, vio a los ricos que echaban sus ofrendas en el arca de las ofrendas. Vio también a una viuda muy pobre que echaba allí dos blancas. Y dijo: ‘—En verdad os digo que esta viuda pobre echó más que todos, pues todos aquellos echaron para las ofrendas de Dios de lo que les sobra; pero esta, de su pobreza echó todo el sustento que tenía” (Lucas 21:1-4).

Este pasaje prueba el alto contenido del evangelio en cuanto al tema del dinero. Dios no necesita nuestros recursos. El es soberano y Rey de toda la creación para lograr lo que sea necesario para que la expansión de Su reino se de en plenitud. Pero nos da la oportunidad de cubrir nuestra fidelidad. Sabe lo peligroso que puede ser la administración del dinero y por ello crea condiciones para la prueba. Y si existen promesas de bendición en protección desmedida, es sobre aquellos que son fieles en el terreno del dinero.

No nos sintamos mal si hemos fallado en este campo de las finanzas. Usualmente, lo hemos afirmado anteriormente, es un terreno

escabroso. Tiene que ver con la educación desde el hogar, la manera en el que pagamos por él, es decir, el trabajo como empleados o la empresa que tengamos. Nos acomodamos a pensar que es nuestra fuerza de trabajo o creatividad lo que ha hecho posible el resultado. Y por otro lado, pensamos que las prioridades de la vida, especialmente cuando tenemos deudas, no nos dejan alternativas para dejar en uno de los últimos lugares la decisión de los montos de los diezmos y las ofrendas. Al fin y al cabo a Dios no lo vemos, pero al acreedor sí. Esta reflexión nos debe tocar al fondo a todos y todas. Las primeras veces nos será difícil, pero luego, con el correr del tiempo, podremos acordarnos que fue una de las mejores decisiones de nuestra vida.

Existe una empresa que dedicó su actividad financiera a Dios. En un principio necesitó vivir con el 90% de los ingresos y el 10% se lo daba a Dios. Con el correr del tiempo necesitaba menos para vivir, hasta que llegó a desarrollar sus actividades operativas con el 10% de sus ingresos y dedicó el 90% al servicio financiero del Señor. Dios nos ha llamado a los que le seguimos, a honrarle en el manejo correcto de las finanzas. Ya debemos estar cansados de tomar decisiones que nos han llevado a la quiebra, de manera familiar o como empresas. La lectura de estos principios y principalmente, un encuentro con Dios en este terreno, pidiendo perdón por todo lo que le hemos ofendido, nos lleva a colocarnos de manera sincera, honesta y transparente, en un nuevo momento. Iniciemos con las cosas pequeñas. Dios premiará sin duda nuestras reales intenciones. Recordemos que la viuda echó de lo que le

hacía falta, es decir, lo echó todo: su corazón lleno de amor por el Dios en quien confiaba. Y eso a Dios le provocó un deseo envolvente de amor. Recuerda que esas cosas pequeñas han permitido que Dios se sonría y se complazca de algunas de nuestras actitudes. Por consiguiente, Dios te premiará, sólo pide y confía en la promesa.

La norma de pedir y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá, no termina con el resultado de que Dios concluirá con éxito nuestros deseos. Pidamos orden en nuestras finanzas y una nueva aventura de éxito en la misma. Pero dice la Palabra: “Así que todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos, pues esto es la Ley y los Profetas” (Mateo 7:12). Dios está llamando a una generación de hombres y mujeres de negocios que tengan productividad, resultados satisfactorios y ganancias, para que se invierta en el anuncio de las Buenas Nuevas de Salvación. Esa nueva generación puede comenzar de ti y en tu descendencia crear un espíritu renovado de ese ministerio. Solo pide para Dios y Dios no te dejará que te falte nada en todo.

CAPITULO IX

EL PODER DE EL ESPIRITU SANTO

A manera de Testimonio:

A lo largo de este libro, nos hemos enfocado en cada capítulo para abordar un testimonio de fe, diferente a lo que haremos ahora cuando abordemos dos testimonios sobre un mismo enfoque, pero con aproximaciones distintas. Es muy probable que asumamos que todo tiene una explicación, pero no... Sólo Dios en su inmenso poder conoce sus designios y por donde será el camino por el cual nos va llevando. Porque originalmente no fue así pensado. Muy pocas personas saben a lo que me estoy refiriendo y ellos serán los fieles testigos de la libertad que hemos decretado a lo largo de este libro en cuanto a cómo se ha ido compilando. Concretamente, el testimonio de Edgar los va a sumergir en el marco de cómo El Espíritu de Dios actúa en el perdón, visto a través del milagro en su hijo. Y el de Jaime nos prepara para el resultado que todos buscamos cuando queremos que Dios actúe en nuestras vidas completamente; primero, el amor de Jesús cuando nos perdona de nuestras faltas y, luego, como el amor del Espíritu Santo corre por todos los eventos en los que participamos, en el poder de la

restauración de salud, de higiene mental y demonios que han sido derrotados.

Ahora conozcamos de Oscar Edgardo Velásquez Calderón: Me conocen mejor como Edgar Velásquez. Nací en 1973 en San Salvador, El Salvador, hijo de un militar y una ama de casa. Mi infancia fue bastante normal, vivíamos en San Miguel, ciudad al oriente de nuestro país. Al interior de las instalaciones militares se habían construido algunas viviendas para los oficiales que estaban asignados a la tercera brigada de infantería, teníamos muchas cosas materiales y tengo el recuerdo que mi papá su oficina la tenía muy cerca, que hasta nos podíamos ir caminando. Tengo presente que había un parque cerca como bosque y la colonia también así se llamaba “El Bosque”.

Todo transcurría bien hasta que comenzó la guerra en nuestro país. Después de tener a mi padre con nosotros todos los días, pasamos a una etapa donde solo lo veíamos dos o tres veces por año y eso marcó mucho mi vida. Recuerdo las noches en que la guerra se trasladaba a la ciudad y por ende atacaban el cuartel y como nosotros vivíamos dentro del cuartel, por consiguiente, nos atacaban a nosotros también. Para ese entonces solo tenía una hermana menor, Claudia, y recuerdo que nos metíamos debajo de la cama del cuarto de en medio y mi mamá se quedaba cerca de la puerta del cuarto con un arma, mi papá le había dicho que si alguien entraba a la casa durante un ataque, le disparara.

Así no fuimos desarrollando. Existían helicópteros que participaban de la guerra y algunos pilotos eran compañeros y amigos de mi papá, aprovechando esto, lo que hacía era irme con ellos a buscar a mi papá, debido a que, me gustaba volar en los aviones y helicópteros, cuando éstos le llevaban la comida a los soldados que estaban en combate. Esto lo aprovechaba en función de ver a mi papá y algunas veces era mi mamá quien iba en ese recorrido, y cuando llegábamos al lugar, me bajaba y preguntaba por mi papá y me llevaban donde él, y me sentía muy feliz de que estuviera vivo. Cuando venían de combatir nos decían que el convoy iba a entrar al cuartel por la noche, en ese tiempo me iba a la entrada principal y esperaba hasta ver a mi papá, y cuando lo veía me alegraba mucho.

Un día estábamos en clases de natación en el club “Miguelero” con mi hermana cuando vimos pasar el camión de los bomberos, y recuerdo que le comenté a mi hermana que lentos van, más lo que no sabíamos era que iban para mi casa o lo que quedó de ella, un corto circuito hizo que se iniciara un incendio y se nos quemó todo y todo es todo. Trataron de apagar el fuego pero solo se salvaron algunos muebles del comedor, así que nos fuimos para San Salvador, salimos sin nada. Recuerdo que esa noche nos quedamos en la casa de unos amigos de mis padres.

Cuando llegamos a San Salvador, nos cambiamos de casa muchas veces hasta que un día mi padre compró una casa, yo creía que la guerra se había quedado en San Miguel, pero no, comenzó una guerra peor, mis padres se comenzaron a divorciar hasta lograrlo.

Nos fuimos a vivir con mi mamá a otra casa y todas las peleas y gritos volvieron a marcar mi vida, mi carácter. Mi expresión generalizada era que, cuando fuera grande, iba a ser militar para pelear en la guerra desde mi helicóptero, y empecé a recibir clases de karate y a hacer ejercicios e hice un par de cursos de adiestramiento militar, por lo que aprendí a disparar, pero lo mejor, a mi manera de ver las cosas, era que decía que mi carácter era bien fuerte, para ejemplificar esto, cuando nos mataron familiares, no lloré, perdí amigos y tampoco lloré.

Como prolongación de este carácter a los 15 años empecé a tomar cerveza y me involucré en los equipos de basket ball del colegio, entrenábamos y después nos íbamos a tomar con mis amigos. Después del divorcio de mis padres, quedé con resentimiento para con mi papá, porque veía como atendía a otras mujeres en los cuarteles y después como nos trataba a mi madre y mis hermanas, dado que, a esa fecha, ya había nacido Armida Eugenia, la menor. El peleaba mucho con mi mamá, esto era de todos los días y a cada momento, por lo que, muchas veces tenía esa excusa para no llegar temprano a la casa. Ya tenía carro, mi madre me lo había comprado, por lo que tenía rienda suelta para irme a tomar a la playa con mis amigos. Y esto era usual de parte nuestra, aprovechando que nos salíamos del colegio a cada rato.

Aprendí a tomar tequila, ron, vodka, bueno, casi de todo, menos drogas porque mi papá decía que los que consumían drogas eran débiles y que si me agarraba con drogas me iba a ir mal. Eso no

quiere decir, que por el estado de mi conducta, muchas veces me ofrecieron droga en el colegio pero no acepté.

Así nos graduamos con mi hermana Claudia y para ese entonces mi mamá había conocido un hombre y lo llevaba a comer a la casa y nos dijeron que eran novios. Por supuesto que eso no me gustó, pero al fin y al cabo, era la vida de mi mamá, decía yo. Este hombre me abrazaba y eso no me gustaba porque decía en mi interior, que si mi papá no me abrazaba, porque lo hacía él, leyendo esa inquietud, me respondía que nos quería ver como hijos suyos. Un día nos dijeron que nos íbamos a Miami a estudiar: bueno, dije yo, a pasear; y cabal, me encontré con un amigo de colegio allá. Esta nueva situación hizo que me pusiera peor, ya que tomábamos todos los días en discotecas, bares, la playa y donde se pudiera. A los dos años me regresé a El Salvador, a seguir viviendo la vida loca que tenía.

Empecé a estudiar en la universidad y mi mamá me decía que tuviera cuidado con las novias, por el temor que alguna de ellas saliera embarazada. Y justo lo que ella pensaba, como a los cinco años de andar con una de ellas, quedó embarazada.

Yo era muy orgulloso, prepotente, soberbio, mujeriego, gastaba el dinero sin límite, de mal carácter, cervecero, parrandero y bueno, todo lo que viene con eso. En medio de esos problemas de carácter, le hicimos frente al embarazo y me casé con ella. Nació mi hijo y me dije que esta era la oportunidad de vengarme de mi padre,

demostrándole que sería mejor padre que él. Pero, paradójicamente, yo no tenía nada que darle a mi hijo.

Un día fuimos donde el pediatra para un chequeo de rutina y me dijo el doctor: “le vamos a hacer unos exámenes especiales al niño”, a lo cual, le pregunté de inmediato el porqué. Únicamente me dijo que su cabeza estaba creciendo más de lo normal, lo cual era una muy mala señal y mala noticia para mí. Se me empezó a acabar el mundo, además de eso, tenía problemas financieros por mi vida desordenada, problemas laborales por mi carácter, y para colmo, en esa semana me llama mi esposa, con quien peleaba desayuno, almuerzo y cena, un día si un día no. Ella estaba en la oficina y me dijo: “me acaban de asustar”, yo me puse a reír y le dije: “es su conciencia que está muy negra”. No, me dijo, una voz me acaba de decir mi nombre. La casa donde vivimos es muy grande, pero sólo estaba ella, mi hijo y nuestra perrita, y desde ese día empezamos a vivir cosas sobre naturales: tiraban las puertas, golpeaban en las paredes, silbaban, mi hijo se despertaba llorando y con gritos, y en las mañanas encontrábamos huellas de aceite y agua en distintas partes de la casa.

Ya en esos momentos, mi madre y mi segundo papá ya habían llegado a FIHNEC, y me invitaban continuamente. Yo les decía que era bueno, pero no tenía idea para que asistir yo. Sabía de Dios, pero no lo conocía y tampoco me interesaba conocerlo. Eso es lo que pasaba por mi mente para esos días, en cuanto a mi relación con Dios. En eso llega el momento de ir de nuevo al hospital y me dice el doctor que el examen es un TAC cerebral, por lo que tenemos

que anestesiar al niño, eso me dolió profundamente, porque decía si este niño se muere yo también. Le empezaron a hacer el examen y recuerdo que llegamos peleados con Ligia al hospital pero al ver sufrir a Héctor, la abracé y recuerdo que le dije a Dios qué era lo que le había hecho, si yo nunca había hecho nada malo.

Salimos de allí y después me dijo el doctor que el niño tenía principios de hidrocefalia, mi primera respuesta fue que eso no podía ser y él me habló de operar para colocar una válvula. Comencé a sufrir, no sólo por la enfermedad sino también por todo lo demás que estaba pasando.

Un día me dijo mi mamá: “Jesús te puede sanar al niño, vení a la fraternidad y verás que así será”. Fui a un evento de dos días en San Miguel, me recibieron con un abrazo y eso al principio no me gustó. Después me tocó dormir con un señor llamado Humberto Arguello, ni idea de quien era, pero bien buena onda, platicamos mucho acerca de Jesús, personalmente no hablaba mucho, solo preguntaba. Recuerdo que fue en el Hotel Trópico Inn, y para el sábado, finalizando el evento, empezaron a orar y dijeron que los presidentes de la fraternidad en El Salvador y Nicaragua, van a estar orando por cada uno que quiera oración. Así que pasé a pedir por mis problemas. Todos los hombres empezaron a hacer una fila y resulta que el señor Arguello, que era el Presidente de la Fraternidad en Nicaragua, era con quien yo había estado conversando en el cuarto.

Después, me quedé sentado a la par del motorista de mi segundo padre, quien estaba participando también, cuando de repente se escuchó un sonido de alguien que cayó al suelo, y miré. De repente veo a un hombre en el suelo boca arriba, como dormido, ¡hay no! me dije a mi mismo y en mi mente pensé a que me vine a meter. Pero, bueno, ese fue el comienzo, de ahí siguieron muchos los que cayeron ese día. Un hombre que a saber quien era, pasó por enfrente de mi y me dijo que viniera para ponerme aceite porque para él, yo tenía algo especial. Me puso con el dedo pulgar una gota de aceite, después de que todos ya se habían levantado, recuerdo que el señor Humberto me dijo que iba a orar por mí, a lo cual asentí, pensandoirme rápido a la casa de mi abuela ya que ahí estaba mi hijo.

Inmediatamente empezó a orar, yo pensé pararme en forma de L ya que en karate así me habían enseñado y nadie te bota con un gran golpe, teniendo en cuenta la cantidad de hombres que habían caído delante de mis ojos. En eso, durante la oración recuerdo haber sentido un viento que me aspiraba hacia atrás y no me pude detener y cuando desperté yo también había caído al suelo sin que nadie me tocara. Por supuesto que pregunté y me dijeron que el Espíritu Santo me había tocado y eso me gustó. Empecé a asistir a la Fraternidad todas las semanas y como ya había establecido una relación con Jesús, hoy tenía otras cosas y herramientas de cómo enfrentar los problemas, empezamos a pedir la sanidad de Héctor en los papelitos de oración en los eventos y a los días lo llevamos a su segundo examen y no apareció nada. El doctor me dijo que esto era un milagro. No tiene nada, me decía, lo único es

que va a ser un poco cabezón, pero expresándolo en términos jocosos. De allí en adelante, los problemas familiares se fueron solucionando, fui a un SAEL donde me dijeron que tenía que pedir perdón a los que yo había ofendido y a dar perdón a los que me habían ofendido y fue en ese día en que perdoné a mis padres y a todos los demás.

Cuando salí del SAEL, le pedí perdón a mi esposa, a mi hijo, a mi mamá, a mi papá y a mi segundo papá, a mis hermanas, y empecé a vivir cosas sobre naturales en la casa, me enseñaron que con oración todo se soluciona y en el Nombre de Jesús todo se va. Llegaron unos frateros a orar a la casa y quedo totalmente limpia de perturbaciones espirituales, después me enteré por mis vecinos, que habían vivido unas señoras medio brujas antes que nosotros en esa casa, pero no pudieron con el Nombre de Jesús y el poder del Espíritu Santo. Salimos de las deudas financieras poco a poco, y ahora hasta una empresa con mi esposa tenemos. Mis padres y yo somos buenos amigos, platicamos de muchas cosas y sobre todo acerca de Dios. He visto como el Espíritu Santo sana personas en el Nombre de Jesús, y en varias ocasiones he podido escuchar su voz.

Ahora sirvo en la Fraternidad en la sección de jóvenes y es una vida llena de emociones. Ya no tomo, tampoco tengo otras novias, dejé mi orgullo y lo cambié por el amor a Dios, la soberbia la dominamos, y muchos otros cambios en nuestras vidas han ocurrido para el bien de mi hijo, de mi esposa y de la familia en general.

Tenemos mucho que agradecer a Dios por la existencia de una organización como la Fraternidad. Sin excepción, toda mi familia ha pasado por ella y tenemos tantas maravillas que contar, en especial agradecer a Dios, por haberse fijado en nosotros”.

En ese mismo espíritu Jaime Sol nos identifica algunos puntos importantes de lo que ha sido su vida. Jaime es ingeniero industrial, con una Maestría en Administración de Empresas, presidente de una empresa de refrescos, casado y padre de dos hijos: “Jesús era importante para mí... Y es que en mis primeros años de vida, El había entrado de manera estrepitosa a ser parte de la realidad de mi familia. Mis padres habían tenido que enfrentar el hecho de que tenía yo una enfermedad muy seria en mi sistema renal. La orina regresaba desde mi vejiga a los riñones, causando infecciones en todo mi cuerpo. La única alternativa era una operación llamada “reimplante de uretras”, que sería efectuada en el hospital Jackson Memorial de Miami.

Mi padre llegó a entender de que su única opción para evitar que yo fuera sometido a la cirugía era obtener un milagro de Dios, y decidió hacer un “trato” para lograrlo. Le propuso que si yo no era operado, el se uniría a un grupo de su iglesia al cual había sido invitado constante e infructuosamente. Es más, decidió hacer su parte por adelantado. Un tiempo después estaba yo en la sala de operaciones, bajo anestesia y totalmente preparado para ser intervenido. Los procedimientos estaban tan adelantados que ya estaba pintada de antiséptico anaranjado el area que deberían cortar.

Me recuerdo el haber visto al doctor y sus asistentes vestidos de verde antes de perder el conocimiento. Mi padre estaba muy molesto, pues se sentía defraudado, y le reclamó fuértemente a Dios: “Tu no cumpliste tu parte...” Fue ese instante en el que El hizo el milagro que marcaría el camino de mi familia en los años a seguir.

El doctor, frente a todos los asistentes a la cirugía y contra toda lógica y procedimiento médico, detuvo la operación y decidió enviarme inmediatamente a “otro examen”. Ese examen era un pielograma, procedimiento riesgoso en el cual se introducen colorantes a la sangre para tomar radiografías del funcionamiento de los riñones. Me habían hecho ese procedimiento varias veces, y otra vez antes de la operación. Era volverme a tomar la fotografía para ver si seguía siendo el mismo. Sin embargo, ya no era el mismo: el pielograma mostró que mi sistema renal estaba ya en perfecto estado. El cirujano tuvo que recurrir a la única explicación posible: “Llévenselo a casa, no hay nada malo en él, ha sido un milagro”.

Siendo así las cosas, mis padres empezaron a trabajar con entusiasmo en la Iglesia. Yo pude percibir, aún en mi juventud, que Dios era muy importante para ellos; por lo tanto era importante para mí. No estaba muy seguro de muchas cosas con respecto a El, pero estaba convencido de que tenía que ser real. Los años fueron pasando y por mi vida se cruzaron muchas personas, muchas de ellas involucradas en actividades de diversa índole en la Iglesia. Fuí

dándome cuenta de la variedad de opiniones que tenían con respecto a quien era Jesús y cual era su propósito. Para unos era simplemente Dios. Para otros era un revolucionario o un hombre sabio. Para otros inclusive, era un personaje mítico.

Conocí a hombres (y mujeres) que lo seguían; unos por amor, otros por serles útil para sus proyectos e ideologías, otros simplemente porque era la ocupación que habían escogido para sus vidas. Yo sentía en mi corazón que Jesús tenía que ser mucho más grande. Solo había un Jesús, yo realmente no lo conocía y pensaba que era verdaderamente difícil para un hombre llegar a conocerlo. Tendría uno que llegar a un alto estado de santidad ...

Cuantas veces en mis años de escuela, de universidad y de matrimonio busqué su ayuda. Ahora puedo ver como El intervino siempre para guiar mi camino, pero yo no podía verlo ni tocarlo. Cualquiera que me preguntara si creía en Dios, obtenía un “por supuesto” de respuesta. Sin embargo, dentro de mí estaba siempre aquella pequeña duda. De hecho, siendo que yo era bastante regular en el seguimiento de mis obligaciones religiosas (algo desgraciadamente no muy común en los que me rodeaban), y además consideraba que había leído mucho y entendía aún más, me consideraba una pequeña autoridad en lo espiritual. Yo había llegado a una concepción de Dios que para mí era superior a la de los miembros de las diversas confesiones cristianas. En mi opinión las divisiones doctrinales entre los cristianos entraban en el ámbito de la necedad, pues Dios solo había uno. Me creía muy bueno, y

en realidad me comportaba mejor que la mayoría; tenía altas expectativas acerca de mi mismo.

El mundo y su realidad, sin embargo, dejaban sus huellas. Cada vez estaba más conciente de mi fragilidad moral, carnal y espiritual. Había llegado a tener a mis veintiocho años mucho de lo que un hombre podía desear: una buena esposa, dos hijos hermosos, una casa, manejaba una empresa... Debería haberme sentido satisfecho, pero la verdad era que sobre mis hombros sentía el peso no solo de mi vida personal, sino también de la solvencia de mi familia y de mi trabajo. Había cometido errores serios y sabía que cometería más. Lo peor era que, sentía en mi corazón que cada vez más me apartaba de la vida que Dios quería para mí. Me estaba convirtiendo en un experto en racionalizar mis defectos, pero sabía que la pendiente que llevaba mi vida era irremisiblemente hacia abajo.

Un domingo en la noche me encontraba en mi habitación. Ya estábamos en la cama y mi esposa se había dormido. Estaba viendo como era mi costumbre un programa de televisión semanal de un predicador. No era de mi denominación, pero era uno de los momentos que yo le dedicaba a Dios, y a veces escuchaba un buen mensaje. Esa mañana había tenido un tiempo de reflexión en que miré el estado de mi vida. No me sentía bien y sabía que las cosas no iban a cambiar. Me conocía y sabía que dentro de mi no había el deseo ni las fuerzas para trazar un nuevo rumbo. Pensé en que si tuviera la oportunidad de pedirle un milagro al Señor, le pediría que me limpiara mi cerebro: que lavara mi mente de esos recuerdos y experiencias que se habían alojado allí. Deseaba poder volver a

comenzar, pero a mi entender eso no era posible. Me sentí sin esperanzas.

Estaba meditando en esas cosas en mi cama mientras escuchaba al predicador. No le había prestado mucha atención, pero repentinamente dijo algo que me atrajo: “¿Necesitas un milagro esta noche?” Yo dije para mi mismo que necesitaba uno muy grande. En seguida hizo la pregunta que cambió todo: “¿Quieres que Jesús tome control de tu vida?” Una pregunta sencilla para muchos. Para mí, en cambio, era una pregunta portentosa. Yo soy un ingeniero industrial, y mi educación estuvo dirigida a darme las herramientas para establecer el control en aquellas situaciones en que este se perdiera, ya fuera en equipos, organizaciones humanas u otra clase de sistemas. Y, ahora, ese predicador estaba diciéndome que si yo lo deseaba Jesús vendría a mi vida y pondría todo en orden. Eso me parecía increíble; no podía ser tan fácil. Cerré mis ojos y en ese momento las cosas tomaron un rumbo sobrenatural. Las palabras se hacen pequeñas para relatar lo que ocurrió.

Estaba a punto de decir que sí a la pregunta, pero repentinamente me vi a mi mismo en un lugar muy remoto. Estaba en una selva tropical, en una aldea muy pobre y en medio de enfermos; era un misionero. Sabía que para estar allí había tenido que abandonar todo en lo que dependía mi seguridad: mi prestigio, mi dinero, las expectativas de mi familia... Escuché la voz que yo sabía que era de Jesús y que me preguntaba: “¿Hasta aquí me seguirías?” Sabía que me estaba preguntando que si lo dejaría todo por El.

Antes hubiera tenido un momento de duda, pero sentía que El estaba cerca y tuve una gran paz en decir “sí.” La visión se disolvió y Jesús entró a mi habitación. Llegó adonde yo estaba y me abrazó; me envolvió en un amor profundo y sin condiciones. Sentí que caían de mí todas esas manchas y pecados que yo creía que me acompañarían hasta el fin de mi vida; estaba totalmente perdonado y en paz con El. Era como si me estaba lavando con un jabón espiritual.

Me llenó una felicidad incontrolable y tenía deseos de dar de saltos en la cama. En ese momento di un grito dentro de mí: “¡Es cierto!” Al fin estaba seguro que El era real. Sabía que me amaba y que la idea que me había alejado de su amor era una mentira. En ese momento volví a nacer. Nunca he estado solo desde entonces. La paz que me había eludido al fin vino a mi vida. Empecé a buscar todo lo que Jesús tenía para mí. Me encontré con hombres que habían optado por creerle basado en su palabra. Ellos también habían tenido una experiencia similar a la mía y habían decidido ser sus siervos. Abrieron su vida al Espíritu Santo y El había llegado a habitar en ellos, y se manifestaba continuamente. Yo quería vivir en esa dimensión.

Un día tuve que decidir: una mujer se acercó hacia mí y me pidió que orara para que fuera sana de una enfermedad. Busqué alrededor de mí para llamar a alguno con más experiencia y no había nadie. Ella me dijo: “Quiero que usted ore por mí.” Lo único que me recordaba eran las palabras: “Sana en el nombre de Jesús.” Vi como a pesar de mi inseguridad y temor el dolor se fué de ella.

Entendí que no sería por mi fuerza, mi valor o mis conocimientos, sino por la Gracia de su Espíritu Santo.

Ese fue el comienzo de un camino que ya lleva dieciocho años. He visto tantos prodigios que podrían llenar páginas. Los más grandes han sido cuando más débil me he sentido. Enfermedades han sido eliminadas, demonios han sido derrotados. He visto al Señor colocar un cerebro nuevo a un niño y a una mujer postrada y muriendo de la enfermedad de Parkinson levantarse sana de su lecho de hospital. Cánceres han desaparecido y sordos han vuelto a oír.

El milagro más grande, sin embargo, fué el que vino a mí esa noche de domingo. Fué el día en que yo regresé a los brazos de mi Padre, el día en que la sangre de amor de Jesús lavó mi vida de todo pecado y obtuve la paz. Cuando he visto que llega ese momento a otros, sé que estoy presenciando el milagro sublime: nuestro Padre ha recuperado a uno de sus hijos. Yo creía que había un costo impagable para lograr una vida nueva, pero fué tan sencillo... Y si tú tienes el deseo y la necesidad de que Jesús tome control de tu vida, solo tienes que tomar la decisión. Cierra tus ojos y ponte en sus manos, El ya sabe lo que tiene que hacer”.

Reflexión sobre la Palabra de Dios:

Pablo escribe a la iglesia en Corinto transmitiendo ordenadamente los hechos que definen las creencias fundamentales del creyente

en Cristo Jesús, especialmente, porque, para esos momentos, existían una serie de corrientes que desviaban la atención de lo principal: “Primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; y que apareció a Cefas, y después a los doce. Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún y otros ya han muerto. Después apareció a Jacobo y después a todos los apóstoles. Por último, como un abortivo, se me apareció a mí... Pero si se predica que Cristo resucitó de los muertos, ¿Cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación y vana es también nuestra fe” (1a. Corintios 15:3-8; 15:12-14).

Como lo mencionamos anteriormente, la vida de Jesús tuvo como método el enseñar a quienes se iban a quedar trabajando en la construcción del Reino de Dios. Por eso hablaba y luego hacía y más tarde explicaba hasta que todos entendían lo que estaba pasando. Eso le permitía tener seguridad que al irse habría una continuidad en el proyecto que Dios le había encomendado: “Pero os he dicho estas cosas para que, cuando llegue la hora, os acordéis de que ya lo había dicho. Esto no os lo dije al principio, porque yo estaba con vosotros. Pero ahora voy al que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta: ‘¿A dónde vas?’. Antes, porque os he dicho estas cosas, tristeza ha llenado vuestro corazón. Pero yo os

digo la verdad: Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros, pero si me voy, os lo enviaré. Y cuando Él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado” (Juan 16:4-11).

Jesús preparaba desde cualquier ángulo a sus discípulos y a quienes le seguían, especialmente para el tiempo de su muerte y la expectativa en la resurrección. Y ya para este momento el tema del Consolador ligado al triunfo sobre la muerte y a la responsabilidad que éste tiene en la fuerza y el poder para testificar será clave: “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí. Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio” (Juan 15:26-27). Y precisamente, nuestra misión en la Fraternidad, que está enfocada a la evangelización a través del testimonio, tiene fundamento en que Jesús es el centro de nuestras vidas, pero que hablamos por Él y de sus maravillas, sólo porque El Espíritu Santo vive en nuestra forma de crecimiento: “Por tanto, os hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios dice de Jesús: ‘ ¡Sea anatema! ‘, como tampoco nadie puede exclamar: ‘ ¡Jesús es el Señor! ‘, sino por el Espíritu Santo” (1a Corintios 12:3).

Y todo lo que había prometido después de su muerte e inmediatamente cuando resucita, sucede. En un momento se les aparece

y les regala el poder que decreta el nuevo momento de esa comunidad: “Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, llegó Jesús y, puesto en medio, les dijo: —¡Paz a vosotros! Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor. Entonces Jesús les dijo otra vez: --¡Paz a vosotros! Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y al decir esto, sopló y les dijo: —Recibid el Espíritu Santo” (Juan 20:19-22). Después de este hecho, Jesús no paró de aparecerse en reuniones, en los caminos y en las casas, con el único propósito de prepararlos para el poder que vendría de lo alto, precisamente, Lucas lo refleja así: “En mi primer escrito, Teófilo, me referí a todas las cosas que Jesús hizo y enseñó desde el comienzo hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido. A ellos también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios. Y estando juntos les ordenó: —No salgáis de Jerusalén, sino esperad la promesa del Padre, la cual oísteis de mí, porque Juan ciertamente bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo, dentro de no muchos días” (Hechos 1:1-5).

Debido a estas promesas y a la forma insistente en la que Jesús le había dado importancia al papel del Espíritu Santo en la nueva comunidad, ellos empezaron a darle continuidad organizativa al

proyecto y comenzaron a realizar nombramientos y sustituciones, de tal manera que, la espera en Jerusalén les preparaba para el nuevo cometido. De una cosa estaban seguros y era que, el plan de Dios anunciado constantemente por El Maestro y ya sin ninguna duda para ellos, el Hijo de Dios, tendría lugar por medio de ellos mismos y con la ayuda del Espíritu Santo. Y en uno de esos momentos, de repente: “Cuando llegó el día de Pentecostés estaban todos unánimes juntos. De repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablaran” (Hechos 2:-4).

Y entonces, Pedro, por primera vez, hace un vínculo de la experiencia que están teniendo en ese momento con una profecía del Antiguo Testamento, relatada por Joel: “En los postreros días — dice Dios—, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños; y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas, en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán. Y daré prodigios arriba en el cielo y señales abajo en la tierra, sangre, fuego y vapor de humo, el sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre, antes que venga el día del Señor, grande y glorioso. Y todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo” (Hechos 2:16-21). Esto lo hacía, porque frente a él se encontraban gran número de judíos que eran letrados en la Palabra y su vínculo era la Palabra de Dios. Y para los que están leyendo

estas líneas, es obligatorio que leamos todo el capítulo dos del libro de los Hechos, en el que nuevamente Pedro resume la actividad de Jesús y el proyecto de salvación de la humanidad de una manera tal que: “al oír esto, se compungieron de corazón y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: —Hermanos ¿Qué haremos? Pedro les dijo: —Arrepentíos, bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo, porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llame” (Hechos 2:37-39). Si toman en cuenta, es lo mismo que practica Su iglesia después de muchos años. Y el resultado no se dejó esperar: “Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados, y se añadieron aquel día como tres mil personas” (Hechos 2:41).

Con el poder del Espíritu Santo, los creyentes realizan milagros, sanidades, postura para hablar en público y se desarrollaba entre ellos el sentido de comunidad: “La multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma. Ninguno decía ser suyo propio nada de los que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos. Así que no había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el producto de lo vendido y lo ponían a los pies de los apóstoles y se repartía a cada uno según su necesidad” (Hechos 4:32-35).

Posteriormente, esta comunidad se vio atacada y en la persona de uno de los diáconos, se ejemplificó el martirio, como fue el caso de Esteban, al que nos hemos referido en un capítulo anterior. Esteban era el coordinador de la ayuda a los necesitados y estaba lleno del Espíritu Santo. Solamente a partir de ello es que se puede explicar la manera como articuló su defensa basado en la Escritura y de esa manera provocar el enojo de la turba manejada por Saulo. Que ahora convertido por la sangre de Jesús nos dice sus frutos de conversión por el Espíritu de Dios: “Yo soy el más pequeño de los apóstoles, y no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; aunque no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo” (1a Corintios 15: 9-10).

En seguimiento, esa persecución desatada después de la muerte de Esteban y la misma conversión de Pablo, logró que el mundo helenístico conociera del Jesús resucitado. El evangelio se propagó y el Espíritu Santo llenó de fuerza y vigor a los santos que se apropiaron del mensaje y lo llevaban adonde fuesen y lo conversaban con quien estuviera enfrente. Esa pasión determinó que la iglesia de El Señor constituyese diferentes ministerios para la edificación del cuerpo de Cristo, lo que hacía que la evangelización se probara por distintos medios y se conformara el grupo fiel de creyentes a través de la consolidación de la fe: “Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay

diversidad de actividades, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo. Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para el bien de todos. A uno es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de conocimiento según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu. A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas, y a otro, interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como Él quiere” (1a Corintios 12:4-11).

Y el sentido orientador del Espíritu Santo, es el que mantiene a la iglesia de Jesucristo en la espera de su Segunda Venida, para decretar con irrupción el reino de los cielos prolongado por los siglos de los siglos. Y en esa espera nos ha dado la oportunidad de servir y servir y nada más servir, hacia adentro de la iglesia y hacia fuera de ella: “Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo y miembros cada uno en particular. Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas” (1a Corintios 12:27-28).

Pero sobre todas las cosas, Dios envió el mandamiento del amor: “Si yo hablara lenguas humanas y angélicas y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena o címbalo que retiñe. Y si tuviera profecía, y entendiera todos los misterios y todo conocimiento, y

si tuviera toda la fe, de tal manera que trasladara los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiera todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregara mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve” (1aCorintios 13:1-3).

Por eso es que la visión de la Fraternidad está llena de amor, de todo lo que nos une y no de las cosas que nos pueden separar. Por eso millones de hombres y mujeres de negocios se quedan en las reuniones, porque no se les critica por lo que son, se les acepta tal como están en la actualidad. No hay discusiones sobre doctrina, simplemente se adora a Jesucristo como el Señor de nuestras vidas y lo único que hacemos es dar testimonio de Él por lo que ha hecho de bueno en nosotros. Nuestra tarea no está en unir a las iglesias, por el contrario, somos un movimiento netamente laico. Estamos en la vanguardia de la lucha, trabajando con las personas que muchas veces no quieren saber nada de religión o de la iglesia y algunas veces, hasta de cualquier forma asociativa.

Por lo que, nuestro compañerismo es totalmente orientado a los terrenos duros, en donde nadie quiere entrar o puede entrar. Por eso el amor es nuestro sentido de pertenencia a una visión que se definió hace muchos años en la vida de Demos Shakarian. Y debido a esto, en cada reunión de la Fraternidad, hay un estandarte en donde se leen siempre las palabras: Su signo sobre mí es amor.

CAPITULO X

EPILOGO

Muy temprano por la mañana de un domingo, hace unos tres meses y cerrando una actividad de un SAEL, el presidente de la Fraternidad se dirigió hacia mí para ver si podíamos escribir sobre este ministerio. Como siempre, dado mi carácter, visualicé algo terminado inmediatamente, luego examiné la propuesta desde los tiempos que tenía disponible y sobre el argumento que podía tener un libro para el uso de hombres y mujeres de la Fraternidad. En el desayuno, por cosas que uno no entiende hasta el final que han pasado todas ellas, me senté con el presidente y otros líderes, tiempo en el que nuevamente abordamos el tema de escribir algo. Simplemente algo... No he platicado con ese mismo grupo, hasta este momento, sobre lo que en esencia estaban pensando de esa idea que había surgido, supuestamente, tan rápida y talvez fuera de contexto, pero a mi manera de ver las cosas, interesante.

Al regreso, a pesar de mantener una conversación fluida con otro fraterno, venía pensando una y otra vez sobre el sentido del libro, el tiempo que podría dedicarle, los contenidos y el método, pero,

fundamentalmente, mi mente se encerraba en que si en verdad era la persona indicada para hacerlo y, principalmente, si estaba en el momento adecuado, a nivel personal, para escribirlo.

En lo que a mí concierne, considero que lo que uno escribe es la extensión exacta de lo que está pasando en su corazón, de lo que pensamos y lo que estamos haciendo. Por lo que, escribir sobre El Señor, en cualesquiera de sus manifestaciones, es una responsabilidad aún mayor, que pasaba por examinar el estado de mi vida actual. Y la verdad de las cosas es que yo me sentía bien, pero todo, todo, alrededor andaba “patas arriba”, en un buen vocablo salvadoreño. Pasaba por en medio de un torbellino que estaba sacudiendo los cimientos de la empresa y que, por ende, me mantenía totalmente enfocado en resolver una serie de problemas que se derivaban sin terminar, cada día, cada noche, cada semana y cada mes, hasta llegar a cierto nivel de cansancio.

Entonces, la primera duda giraba sobre la pertinencia de escribir sobre algo en el que tenía poco tiempo de participar y, a la vez, si podría concentrarme para oír la voz de Dios en medio de las crisis que estábamos pasando. Y no sé si la respuesta la encontré, pero de repente me obligué a definir los contenidos de lo que podría ser este libro. Aunque no fue fácil trabajar con esas limitaciones. Primero, porque el sentido de transparencia con el que uno desea trabajar un libro de este tipo, se siente en la vida de las personas que lo llegan a leer y uno no puede esconderse, por principios y

valores. En consecuencia, uno no desea que el producto venga a ser defectuoso y por ende, sin sentido. Segundo, porque a Dios no se le puede engañar y Él conoce el interior de nuestra mente, los pensamientos que se originan en nuestro corazón y en consecuencia la clase de acciones en las que estamos comprometidos.

En una de esas tantas reflexiones, me acordé que en cada crisis que yo he tenido, siempre ha salido un libro. Cuando tuve un accidente en 1986, en medio de una operación de apendicitis, un mal entubamiento dio origen a una anoxia cerebral y en consecuencia una parálisis hacia piernas, movimientos defectuosos en los brazos, pérdida de la voz, convulsiones continuas por apareamiento epiléptico y todas las consecuencias de un desorden endocrino. Siete años para medio recuperarme, tiempo en el que salió el libro: “Comunidad de Anticipación”. En el año 2001, muere mi esposa, Margarita, después de veinticuatro años de casados y dos intensos años de dolor por el cáncer de mama, que llevó a metástasis en cervicales, hígado y pulmones. La muerte de Margarita, madre de mis dos primeros hijos: Hugo Antonio y Claudia Margarita, produce una sensación que me lleva a vincular mi amor con una reacción emocional sin precedentes debido a su muerte. A menos de un año de la muerte de Margarita, sale el libro: “Margaret”. Y porqué no entender esta oportunidad de escribir, en este momento tan delicado para las finanzas de la empresa, como un estímulo para pensar y recrear nuevamente las enseñanzas que debía de atesorar por toda la experiencia vivida. Fue así, no por racionalismos o por expresiones matemáticas lógicas, que se empezó a construir este libro.

En un primer momento, pensamos en escribir la historia de la Fraternidad, en otro momento hacer un análisis del impacto de este movimiento en el ethos religioso salvadoreño, en fin, vagaban una y otra idea, pero sin aterrizar. Hasta que se puso presente en la dirección de mi pensamiento, que el sentido de este movimiento es transmitir al Dios vivo a través del impacto que hace en las vidas de las personas, por lo que, de hecho, eran los testimonios la esencia de lo que podría ser el libro. Reflejada esa actividad, comenzamos a pensar sobre la oportunidad que tendríamos con la salida de un libro que pusiera a la Biblia, como Palabra revelada por Dios, en el centro de una reflexión que acompañara cada testimonio. Es más, como Ustedes se habrán dado cuenta, tratamos de escribir los textos completos, para que el lector tenga la facilidad de ver como el Señor habló a través de la Palabra revelada y nos sigue hablando hoy con la misma frecuencia y entonación. Esto hará que en lugar de confrontarse con una articulación sólo teológica, el mismo lector aprecie exactamente lo que Dios habla directamente. Eso no limita, que de vez en cuando se realizan algunas reflexiones que conectan los textos, pero ello ha sido un amarre por demás evidente, dado que, lo que nos interesa es la lectura de la Palabra de Dios.

En el camino fuimos interrelacionando los enfoques, de acuerdo a los temas de los capítulos. No fue fácil acomodarnos a la recolección de los datos de los testimonios, pero nos sentimos muy contentos al ver la colaboración que recibimos de las personas que hicieron posible el libro. Realmente fuimos un equipo en todo. Y

casi automáticamente, íbamos colocando cada testimonio en el lugar que le correspondía de acuerdo al énfasis del tema de cada capítulo. Orábamos por cada uno de los testimonios y le pedíamos a Dios que los usara en la lista interminable de personas que tendrán acceso a ellos a lo largo de los años, en el entendido que los hermanos y las hermanas que hoy aparecen, quedarán comprometidos de por vida con lo que han declarado sobre sus vidas y la aventura de fe que seguirán en cuanto a ser cada vez mejores y correr más “hacia la estatura del varón perfecto”, al estilo de Filipenses.

En lo que a mí respecta, hace un tiempo recibí el mandato de releer los evangelios nuevamente. Y no lo hacía o no lo tomaba tan en serio. Ahora, este libro me ha llevado de la mano para hacerlo y entender perfectamente que la Escritura es completa en cuanto al cuadro de la salvación por medio de la cruz, el triunfo de la resurrección sobre la muerte y la conducción del Espíritu Santo a la comunidad de creyentes hasta que Él venga de nuevo en gloria. Entonces, de por sí, colocar los textos en este libro para mí ha sido grato y edificante. He aprendido la versatilidad que tiene el Espíritu de Dios moviéndose entre sus hijos y de hecho Dios no se equivocaba al mandarme a coordinar un trabajo de este tipo. A la vez, me sentí obligado éticamente a leer lo que tenía a la mano de Demos Shakarian, el libro: “La gente más feliz de la tierra”. Y corresponder con una apertura grande al movimiento del Espíritu de Dios en mi vida, como nunca antes lo había experimentado.

Algunos eventos que se dieron, fueron marcando la pauta de la presencia del Espíritu. Para el caso, nunca trabajé con un guión, todo se fue directo a la máquina y siempre las ideas fluyeron y las articulaciones se iban dando sin límite. Cuando llegamos al capítulo VII: “Quitad la piedra”, la verdad es que no recordaba porque había colocado ese título. La mañana que intentaría escribir, estuvo presente siempre el evangelio de Juan en mi mente y siempre el Evangelio de Juan. En algunos momentos pensaba abandonar esa idea, pero de repente, sale la resurrección de Lázaro y por supuesto, quitad la piedra. Y eso se daba regularmente. Pensaba que me detenía y no era así, mi mente volaba y se extendían los límites con los que pensaba ver el cuadro de ese testimonio a partir de la Escritura y en consecuencia, las reflexiones tomaban una lógica inesperada.

En otro momento, cansado de ver el título que le había puesto al libro: “El testimonio viviente”, opté por cambiarlo. Todo ese día, meditaba sobre un nombre “más atractivo”. Sin embargo, esa noche, llegando a una casa participamos de un estudio de la Biblia. De hecho, no teníamos idea que habría un estudio bíblico y tampoco que nos quedaríamos con Claudia, mi actual esposa, a participar. Es más, asumíamos permanecer por unos minutos, ya que íbamos en camino hacia otro lugar y llegábamos con nuestro pequeño hijo de dos meses, Andrés Josué. En el desarrollo de las reflexiones, el texto en estudio era sobre la confesión de Pedro: “...preguntó a sus discípulos, diciendo: —¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Ellos dijeron: —Unos, Juan el Bautista; otros,

Elías; y otros, Jeremías o algunos de los profetas. El les preguntó: —Y vosotros, ¿Quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: —Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mateo 16:13-16). A partir de allí, interminables ocasiones, en esa noche, salió a relucir en el estudio, la frase “testimonio viviente”, y otra vez más, el nombre quedaba ratificado por mi Dios.

En otro momento quise comenzar el tema del Espíritu Santo, que es el último capítulo, pero Dios me hablaba que no tocara ese tema hasta que leyera totalmente el libro “La gente más feliz de la tierra”. Y así se escribió este libro, cuando hacía caso, avanzaba, cuando tenía dudas, ni siquiera me sentaba a escribir. Es un libro lleno de aventuras de fe, de cambios, de impacto por la misericordia de Dios con una muestra representativa de lo que hace Jesucristo en la vida de tantas personas cada noche o cada mañana o cada mediodía, en las reuniones de la Fraternidad y de la que, al finalizar esta tarea, me siento agradecido con Dios de haber contado conmigo.

Ahora, no tengo ninguna duda de que, Dios está en los testimonios de las personas que han hecho posible vaciar sus vidas en este libro. Personas valientes al estilo de aquellos que llama Dios para arrebatarse el reino de los cielos. Como tampoco tengo ninguna duda, sobre cómo Dios actúa en la vida de cientos, de miles y de millones de hombres y mujeres, que se reúnen una vez a la semana a comer y a contar lo que Dios ha hecho para el bien de sus vidas. Esta noche al cerrar este libro, mi última llamada para definir detalles

fue con Santiago Rivera Lobo. Bastaron unos minutos para hacer conexión y sentir la presencia del Espíritu de Dios. Santiago lloró y mi cuerpo se estremeció totalmente y dije para mí mismo, que hago Señor, me diste el privilegio de juntar pedazos y me doy cuenta que todos los testimonios son parte de un solo paño, sin costuras y sin remiendos, al igual que lo fue tu manto que dejaste al colocarte en la cruz para la remisión de nuestros pecados. Y hoy puedo decir con el gozo de haber llegado, somos “El testimonio viviente”, de que el Espíritu de Dios vive en la Fraternidad de Hombres de Negocios del Evangelio Completo y que somos los hombres y las mujeres más felices de la tierra.

Y quise escribir estas líneas al final, porque son eso, final de un libro, porque lo que enseña, lo que edifica, lo que estimula la vida del creyente, se encuentra, por supuesto, en los testimonios de cada uno de mis hermanos y hermanas frateros. Testimonios que están llenos de amor. Y veo claramente, que el Señor derramará abundantes bendiciones sobre ellos, porque testifican, para que las piedras no hablen por nosotros.

Y este libro no se completa sin presentar integralmente, una oración sencilla que parece cambiar tu vida, en sintonía con todo lo que has leído hasta hoy. Si ya la hiciste repítela, sino, hazla con todo tu corazón y Dios vendrá a morar en tu vida y tu salvación estará asegurada:

Señor Jesús, yo te recibo hoy como mi único y suficiente Salvador personal. Creo que eres Dios y que moriste en la cruz por mis

pecados y que resucitaste al tercer día. Me arrepiento, soy pecador, perdóname Señor. Gracias doy al Padre por enviar al Hijo Jesucristo a salvar mi alma hoy, en tu nombre he orado. Amén

La valentía de un hombre de escribir sobre la vida de otros, nos deja una clara enseñanza fundamentada en la Palabra de Dios y opera de manera impresionante cuando enfrentamos la realidad de tantas vidas transformadas por el poder del Espíritu Santo. Este es un libro lleno de testimonios y ejemplos de lucha y superación, pero sobre todo de arrepentimiento y perdón. Su autor nos trasladará por las más increíbles historias de fe y valentía de hombres y mujeres que estaban destruidos, pero ahora constituyen la prueba viviente del poder de Dios sobre aquellos que le aman.

Hugo A. Magaña Campos.

Muchos dejamos de cumplir con el mandato divino de "ir y hacer discípulos", porque vivimos bajo el engaño de que necesitamos ser expertos predicadores o teólogos para cumplir ese propósito. Lo cierto es que el "testimonio personal", expresado con sencillez y transparencia, es una de las herramientas más poderosas para compartir las Buenas Nuevas. No dudo que las historias de los hombres y mujeres que han experimentado la gracia de Dios en sus vidas, contenidas en el libro de Hugo Magaña, pondrán por obra la "Gran Comisión".

Salvador Castellanos.

